

15.b – DIVERSOS ARTÍCULOS ESCRITOS EN ISLA DE PASCUA

TÍTULO	DIVERSOS ARTÍCULOS ESCRITO EN ISLA DE PASCUA	1
AUTOR	Lorenzo Baeza Vega	
AÑO	1953 – 1955	
LUGAR	Isla de Pascua	
GÉNERO	Artículos	
DESCRIPCIÓN DEL CUADERNO	<p>Entre los documentos dejados por el profesor Baeza se encontraron los siguientes artículos, completos o incompletos, con los que hemos conformado este subcapítulo que presentamos en el siguiente orden:</p> <p>15.b.1. La odisea de los Pakarati</p> <hr/> <p>Original más un anexo 10 páginas</p> <p>Hasta los años cincuenta los nativos no podían salir de Isla de Pascua, Los permisos eran dados según un cuantagotas controlado por las autoridades continentales: la Compañía Exploradora¹, la Iglesia católica² y la Marina³. Los argumentos para justificar este encierro eran, para unos la “lepra”, para otros el temor a que se “corrompieran” en el contacto con los continentales. Situación carcelaria que explicaba el temor de unos y otros a las comparaciones que los nativos podían sacar del contacto con otra sociedad. Es así como, salir de esta cárcel travestida en paraíso era el sueño de los jóvenes isleños.</p>	

¹ Representada por el Administrador de la Compañía Exploradora en la Isla

² Representada por la autoridad del párroco de la Isla

³ Representada por la autoridad del Gobernador Militar en la Isla

En este contexto, a fines de los años cuarenta, algunos miembros de la familia Pakarati se concertaron y prepararon secretamente para huir de la Isla en una barca, las corrientes marinas los llevaron hacia la Polinesia Francesa.

La narración del Prof. Baeza comienza en la página 65 lo que deja suponer la existencia de una versión larga hoy extraviada. La numeración de los restos del artículo encontrado va de la página 65 a 72; ocho (8). El texto está mecanografiado en hojas de formato 0,33 / 0,22

Sobre este tema he agregado, como referencias bibliográficas, el texto de la canción AERE MITI (agua salada)⁴ con la cual se recibió a los miembros de esta familia.

15.b.2 Página arrancada de un diario de viaje

Original
04 páginas

El año 1954 llegó a la Isla el yate norteamericano Windjammer, su tripulación estaba compuesta por su capitán, Peggy Poor periodista norteamericana, y dos miembros de tripulación.

El artículo del Prof. Baeza describe los primeros días de Peggy Poor en Isla de Pascua y sitúa su artículo el jueves 29 de mayo de 1954, día que asiste a una recepción en casa del matrimonio Baeza-Martínez.

15.b.3 Cuatro tripulantes y un gato en medio de un tifón.

Original más dos copias
Dos anexos
17 páginas

Este artículo narra los últimos momentos del yate Windjammer, su posterior naufragio y saqueo en Isla de Pascua. Hecho ocurrido el año 1954. Si bien no hay referencias temporales exactas, los documentos históricos⁵ señalan la llegada, naufragio y saqueo del yate Windjammer de Peggy Poor el año 1954.

Sobre este tema he agregado dos referencias bibliográficas encontradas entre los trabajos del Prof. Baeza:

- Bunster Enrique – *Escala en Isla de Pascua* – Revista Occidente 11/12 – 1954
- Ministerio de Relaciones Exteriores – **Archivo general histórico** – Volumen n 3872 de 08-01-1954 a 31-12-1954

15.b.4 Timoncheco

Original
Tres anexos
6 páginas

A fines del año 1953 el Ministerio de Defensa decidió instalar en Isla de Pascua una base militar y designa como comandante de ésta al capitán Luis Mario Salvago Tubi. El objetivo de esta disposición era integrar a los jóvenes pascuenses al sistema de servicio militar nacional. La experiencia fue dificultosa y de corta duración, tal vez, por la superposición y convivencia de dos cuerpos militares jerarquizados (Marina de Guerra – Ejército) en un territorio tan exiguo.

Sobre este tema he agregado una referencia bibliográfica y dos anexos referentes a la vida social durante la estadía de esta base militar.

- Texto de la canción *En el día del juramento a la bandera*
Canción compuesta por Laura Hil encontrada en el trabajo Cancionero [2.a cuaderno 1]

⁴ Trabajos del Prof. Baeza – Etnografía - Cancionero - 2.a cuaderno 1

⁵ Ver anexo del Ministerio de Relaciones Exteriores

- [1954-02-25] Invitación del Sr. Luis Mario Salvago Tubi a la ceremonia de entrega de medicamentos y especies al hospital de Isla de Pascua.
- [1954-04-26] Invitación de Luis Mario Salvago Tubi a la ceremonia de entrega de armas e inauguración de la base militar situada en Hangaroa, en los locales donde, hasta el año 1953, funcionó la Gobernación Naval.

15.b.5 Cuentos

Texto incompleto que narra la historia de Ure Ha Hoho Vehi 2 páginas

Al igual que el texto “La odisea de los Pakarati” (15.b.1), este trabajo sobre los cuentos presenta una numeración que hace mención a algún texto desaparecido.

El artículo “Cuentos” va de la página 85 a la 86 de esta versión extraviada y presenta el mismo formato que “La odisea de los Pakarati”.

Los cuentos (15.b.5) se clasifican como narración inconclusa de la historia de Ure Ha Hoho Vehi

15.b.6 Jacinto Malipan, entrevista a un misionero

conversación/entrevista con don Sebastián Eglert sobre su experiencia misionera en el sur chileno 53 páginas

El trabajo se compone de cincuenta y tres (53) páginas, color marrón, dactilografiadas en un formato de 0,27 / 019. La página 0 lleva el título y subtítulo.

El tema de esta narración es la historia de un niño mapuche visto por el P. Sebastián Englert, la conversación/entrevista deja entrever su dilatada experiencia del sur chileno, el trabajo misionero y sólido conocimiento del mapudungun de don Sebastián Englert.

El texto se encuentra subdividido en siete capítulos

1. Salvados por la hoguera
2. Ka Mapu arau
3. Koya Q'tue
4. Nometuleufu
5. L'ai ni peñen
6. Monguelaian
7. MapuMapu, Tani Mapu

15.b.7 Tres poemas y una copla

cuatro pequeños juegos 5 páginas

Cinco páginas dactilografiadas de diversos formatos que contienen los siguientes títulos:

- La niña y el mar
- La niña esposa
- Soledad
- Coplas para reír

En la Isla..66

- "kaoho rivariva"- (que les vaya bien.).

Un leve cabeceo hizo a los niños estallar de felicidad. La vela trataba de adelantarse arrastrando en pos de sí la débil embarcación. Minutos más tarde habían dado vuelta la punta noroeste de la Isla y el generoso lugar se hacía presente con toda su abundante fauna. Las reues fueron echadas segundos después que toda la tripulación se hubo persignado. Ya está, ahora es cosa de esperar a que los peses lleguen y se enreden, mientras tanto, el bote se retira a prudente distancia a objeto de ~~laxzar~~ tirar el anzuelo haciendo el menor ruido posible con los remos que han reemplazado a la vela.

El primero en coger un congrio fué uno de los muchachitos que no cabía en sí de felicidad.

- El bote se está alejando y la mar se está poniendo gruesa, advirtió uno de los mayores.

- Efectivamente, acerquémonos a la costa y esperamos al abrigo de la ensenada a que pase la mar gruesa para recoger las redes.

De inmediato se fueron a los remos. Uno de los niños tomó el timón.: Remar fuerte, proa a la costa. Adelante. Los hombres forcejéan, más en vano, la corriente los arrastra hacia el norte. El hermano jefe ordena al muchacho abandonar el timón y entregarlo al padre de éste. y ante la imposibilidad de acercarse a la costa determina seguir rumbo al norte para rodear la isla hasta entrar a la abrigada bahía de Anakena.

Bien, sabia determinación. Era necesario salvarse. Las redes ya no importaban. Se volvería por ellas después.

El viento comenzó entonces a soplar con violencia tal que hicieron imposible y hasta peligrosísimas las maniobras que se intentaron al colocar la vela. Habría que luchar a brazo limpio hasta llegar a la bahía. Ser rema a porfía. Pero el viento, cambiando a cada rato de dirección, los acerca a la costa y luego los ~~se~~ lanza mar a fuera a considerable distancia. Pasa una hora, una y otra. Siempre la misma tenaz porfía: El viento y el bote ¿quién vencerá? . . . La noche se aproxima anticipadamente envuelta en una tarde borrascosa y oscura; y lo que es peor, las fuerzas se van agotando. Ya se rema por remar, a sabiendas de que el viento y la corriente enemigos no podrán ser vencidos.

- Si ~~hizáramos~~ la vela papá, se atreve a sugerir uno de los pokí.

-Imposible hijo, el viento nos arrastraría aún más lejos de la Isla o sencillamente nos volcaría, fué la razonable respuesta. Ya no había más que hacer. No se podía seguir luchando, sin fuerzas contra los elementos enfurecidos. Menos ahora que la noche lo envolvió todo. Lo mejor era acurrucarse en el interior del bote y esperar que la tormenta calmara. Dos quedarían de guardia y luego cuando los otros dos se hubieran repuesto de la fatiga los reemplazarían.

EN LA ISLA...67

Sucedió lo que era de esperar, muy entrada la noche, todos quedaron profundamente ~~aterrados~~ asustados y no sabiendo qué hacer, sacaron fuerzas desde el interior mismo de su ser y dirigiéndose en fervorosa plegaria al más allá, entonaron en coro: "Padre nuestro que estás en los cielos..." Repetieron una y otra vez, fortaleciéndose en cada oración y empuñando los remos con igual bravura.

¿Pero, sería esto aconsejable? ¿Acaso con remar no estarían alejándose cada vez más de la Isla? Así ya horas que no sabían de ella y lo mismo ~~estaban en esos momentos~~ Podían estar en esos momentos en la inmensidad del océano como a pocos metros de las rocosas playas. La oscuridad era tal que si no se reconocían a voces, no había seguridad de que los seis estaban aún a bordo. Si el mar los acercaba a la costa, podrían darse por muertos. Era, entonces, seguro de que las olas los arrojarían sobre las rocas despedazando la embarcación y triturando sus cuerpos para ahogarlos luego en las aguas. Hasta era preferible que estuvieran lejos de la isla.

Después de estas reflexiones había que esperar a que aclarara. Al amanecer, siempre atentos, escudriñando con los ojos, notaron cómo la tempestad se iba calmando. El fuerte oleaje se hizo más suave y la claridad del alba habría permitido ver la isla si ella hubiese estado cerca. Una que otra nube se pasea sobre sus cabezas y dirigiéndose hacia el este cubren al sol que viene sonriendo tras el horizonte de agua.

La tarde anterior, cuando aún no oscurecía, las olas los habían lanzado siempre hacia el poniente y ellos en su porfía ~~avanzaban~~ por alcanzar "Anakena" se habían corrido hacia el norte. Pero, les pareció que la tempestad los había hecho cambiar de rumbo ~~diversas~~ varias veces. Esto significaba que se encontraban totalmente perdidos en el océano, sin saber donde se encontraba la isla natal. Lo más probable era que se encontrara al lado oriente y hacia allá había que navegar. Se arregló la vela y se hizo rumbo al oriente. El sol llegó sobre sus cabezas y siguiendo su marcha los fué dejando atrás, siempre en su afán de descubrir algo que pareciera a tierra. Todo en vano, ni una esperanza. Ya hacía más de 24 horas que se encontraban perdidos y recién se daban cuenta que no habían comido desde la mañana del día anterior antes de embarcar. Sed no sentían, pudieron saciarla a gusto con los cuatro litros que llevaba la calabaza, además, con la lluvia de la noche se había juntado muchísima en el balde que llevaban, lo que les permitió llenar de nuevo la vasija.

El congrio que pescara uno de los niños, yacía abandonado en el interior del bote. Los comestibles, apenas calculados para una tarde, no habían sido tocados y como los estómagos reclamaban, olvidaron el peligro en que se encontraban y los devoraron en casi la mitad. El resto fué cuidadosamente guardado en el interior de una bolsa y colocada ésta bajo el timón de mano, en la popa.

La tarde se hizo pesada y el calor se ponía insoportable. El sol

EN LA ISLA. 68.

comenzó a hacerles señas desde el poniente, tras unas nubes, como despidiéndose de ellos; pero, al parecer, era más bien una invitación.

Nuevamente la noche. ¿Dónde se encontrarían?...

Mi, tras tanto, en la isla comenzó a ver inquietud. "Raquel, una hija de crianza de uno de los pescadores, sentía un cariño entrañable por su padre adoptivo, solo comparable con el inmenso afecto y paternal cariño con que este la había criado, sabía que no era suya". Fue esta niña la primera en concurrir a la iglesia muy de madrugada al día siguiente de la partida. El padre capuchino estaba ya entregado a la oración. En la desolada nave no había más que dos monjas arrojadas en fervorosa oración y centenares de gorriones que cruzaban el sagrado recinto piano destempladamente y escupiendo sus sucias defecaciones sobre las imágenes, sobre la cabeza de los santos y sobre el tocado mismo de las religiosas. Las pintas blanquesinas diseminadas por el piso y sobre los altares indicaban que estos infernales voladores no sabían de respeto ni de adoración.

La niña escuchó el resto de la misa, luego se arrodilló junto en el reclinatorio que separa el recinto del altar y junto a las monjas recibió la sagrada ostia.

Concluida la misa confesó al sacerdote sus temores. Este, acariciándole su lengua barba a ratos y tratando de sostener sus ~~extremidades~~ pantalones con ambas manos que a cada momento amenazaban caer a los talones por debajo de la sotana, trata de consolarla diciéndole que con seguridad habrían alojado en el campo, como era costumbre y que pronto se les vería aparecer con pesca abundante. Sin embargo, algo había que hacer y ambos cayeron de rodillas implorando por el pronto retorno de los seres queridos.

Por la tarde, la insertaumbra fue creciendo. Se recorrieron todas las ensenadas de la isla por si el mar los hubiera arrojado a alguna de ellas, se hizo lo mismo al día siguiente y sólo cuando habían transcurrido cinco días se dió por infructuosa toda búsqueda y sólo se concurren a diario a la iglesia a rogar por los infortunados pescadores.

Cuando nuestros hombres vieron que era imposible encontrar la isla, uno de ellos asumió el mando y resueltamente dijo: "Tenga fe en mí y desde hoy haremos rumbo al oeste. Así podremos llegar a Hiva, que fue la tierra de nuestro Rey y padre Hotu Matú'a. Iremos siguiendo el sol y así estaremos pronto en tierras de Mahiti. Desde hoy, tendremos que aguantar el hambre. El conchigo nos servirá de carneada."

Fue así, como fueron navegando días tras día. Durante las primeras jornadas lograron pescar algo con sus anzuelos, como no había manera de cocinar los alimentos, cuando cogían algún pez se lo repartían y se lo quitaban las espinas, lo masticaban hasta reducir la carne a una pasta. Con ello calmaban la sed y engañaban el estómago. Así pasaron la Pascua y así llegó el año nuevo. Pero, los días se iban haciendo cada vez más duros. Ni un pez, días enteros sin un chubasco que les permitiera recoger algunas gotas con que calmar la sed. En las no-

En LA ISLA..69.

En las noches de luna, el mar solía estar tan en calma que y el viento tan ausente que no era posible avanzar. Algunas veces intentaron tomar los remos, mas, estaban tan debilitados que no era posible hacerlo y había que esperar resignados una brisa amiga. Mientras tanto, se entregaban a la oración. Oraban en voz alta pidiendo fuerzas para soportar el largo viaje y pidiendo lluvia para sus reseca gargantas. Cuando se cansaban de ~~rogar~~, conversaban haciendo muchos proyectos. Trabajarían, ganarían dinero y entonces podrían comprar un yate con que volver a la isla. Los niños no conocían la historia de sus antepasados, pero sí los mayores. Era la ocasión de recordarlo.: Hotu Matu'a era un Rey que había llegado a la Isla con toda su gente. En aquel tiempo la Isla estaba desabitada. No había seres Humanos, ni había plantas, Hotu Matu'a había traído a la isla plantas y animales. Este sadio "Ariki" había repartido las tierras y todos se habían dedicado a la labranza de ellas. Todos fueron ricos y nunca faltó que comer. Poco a poco la población fué aumentando. Muerto el Ariki Hotu Matu'a, vinieron otros Ariki que gobernaron bien. Los habitantes se habían dispersado por la isla formando tribus independientes. Ya no se respetó la persona sagrada del "Ariki" y la maldición vino sobre los habitantes. Los hombres abandonaron el cultivo de los campos y se prepararon para hacer la guerra. Los niños eran adiestrados en el arte de pelear y nadie pensaba ya más que en exterminar a la tribu enemiga. Se asaltaban las casas de noche, se ~~bes~~ prendía fuego y se asesinaba a sus ~~habitantes~~ moradores. Entonces, los alimentos se pusieron muy escasos y los hombres empezaron a comerse unos con otros. Era tal el estado de desesperanza de aquel entonces que se criaba a niños cautivos para alimentarlos y comerlos más tarde en curanto. No fueron estas las únicas calamidades. ~~En~~ Barcos extranjeros comenzaron a visitar la isla. Los blancos casaban a las muchachas y las arrastraban a bordo. Muchas veces, cuando ya no las necesitaban, las lanzaban al mar para ellas volvieran solas nadando hasta la playa. Después vinieron buques del Perú. Aquello había sido espantoso. Cogían a hombres y mujeres a la fuerza y amarrándoles las manos por la espalda se los llevaban al buque. Una vez, se llevaban a 20 hombres y a 11 mujeres. Cuando iban en alta mar, sin que fuera posible ver la isla, el capitán del barco ordenó que dejaran en libertad a los prisioneros. Estos, viendo libre de sus amarras, se lanzaron recueltos al agua. Pretendían hacer a nado el trayecto que el barco había hecho en tres días. Las mujeres fueron sueltas a la fuerza y amarradas nuevamente, pues querían seguir a sus infortunados compañeros. El capitán ordenó que un bote recogiera a los fugitivos, pero estos se negaron a subir y cuando la embarcación se acercaba, ellos se sumergían burlando todo intento de captura. El capitán indignado ordenó entonces que fueran abandonados a su propia suerte.

- ¿Y volvieron a la isla, papá,? pregunta ingenuamente uno de los poki.

- Sí, volvieron sus espíritus y por las noches se les sentía clamando venganza. Pero éramos demasiado impotentes para vengarnos.

EN LA ISLA...70

Al año siguiente volviéron nuevamente los peruanos y nos engañaron. Dieron que venían como amigos a hacernos regalos. Todos los nativos salieron a recibirlos. Se acercaron a ellos que ofrecían muchos regalos. Cuando los nativos se fueron sobre los regalos para cogerlos, sonó un disparo como un trueno y todos los blancos comenzaron a tomar presos a los nativos. Los amarraban y a golpes los hacían caminar hasta el bote donde los dejaban tendidos, amarrados de pies y manos. Lleno el bote lo iban a vaciar al buque y así hasta que terminaron de acarrear a todos los que no lograron escapar.

- ¿Y llevaron a muchos, papá?

- Sí, hijo, llevaron a tantos, a miles, tantos que solo quedaban 111 sobrevivientes en la Isla.

- ¿Y para qué los querían, papá? ¿para comerselos?

- No, los blancos no comen carne humana. Los llevaban para hacerlos trabajar en unas islas donde había mucho guano de pájaros. Ese guano lo llevaban para "Hiva" y lo vendían.

- ¿Y si no trabajaban qué les hacían?

- Sencillamente los azotaban hasta matarlos. Entonces, el gobierno francés reclamó de este crimen que se estaba cometiendo con los pascuenses. Lo mismo hizo Inglaterra. El Perú se comprometió a devolver a los nativos a la isla. Pero no lo pudo hacer debido a que de los varios miles que había robado, solo vivían unos pocos y no más de veinte pudieron volver a sus tierras. Estos venían tan enfermos que contagiaron a la población y siguieron muriendo. Casi desaparecen todos de la isla. Entre los hombres que se robaron los peruanos iban los "arike" de la isla que eran los que sabían leer las tabletas y las inscripciones de los antiguos, como los que quedaron en la isla no sabían leer y los "arike" no volvieron, se perdió la escritura y nunca se supo que decían las tabletas. Si alguien pudiera descifrar la letra antigua sabría la historia del Arike Hotu Matu'a y sabría donde están escondidos los tesoros, porque han de saber Uds. que la isla encierra inmensas riquezas. Los reyes las tenían escondidas para que los enemigos no supieran encontrarlas. Las escondieron en cuevas secretas cuya entrada era luego cuidadosamente tapada para que no fuera descubierta. Después se han encontrado entradas de algunas cuevas y allí se han descubierto las tabletas donde se indica donde están los tesoros. Se han encontrado también agujas, de huesos humanos, herramientas y armas antiguas. Todo esto ha desaparecido de la Isla, se lo han llevado los blancos. Algunos pascuenses tienen todavía tabletas escondidas en cuevas, pero prefieren que se pudran a que los blancos las encuentren porque cuando sale de la isla una tableta cae sobre ella una maldición y los nativos sufren mucho.

Y así, al lento caminar del fragil bote se iban alejando cada vez más hacia el poniente. Enero llegaba a su fin y no se divisaba nada que pudiera indicar proximidad de tierra. Los cuerpos habían llegado a un estado de extenuación que les era penoso hacer todo movimiento.

EN LA ISLA...71

Febrero comenzaba a dar los primeros pasos cuando una mañana ven en lontananza un "pahí" envuelto en una nube de su propio humo. Por fin serían socorridos. No tuvieron fuerzas para gritar. Hacía sido inútil. Levantaron sus cabezas arrastrándose por la borda y tendieron su mano haciendo señas. Eran unas señas débiles, sin entusiasmo. Minutos más tarde, el barco se les acercaba, recoblaban su entusiasmo. Y entregándose a la oración vieron cómo el barco pasaba junto a ellos sin que fueran vistos y se alejaba de nuevo.

Ya no les importaba barco ni naua. Para ellos era lo mismo, si fuera de día o si fuera de noche. Les era igual llegar o no llegar. Tampoco sentían hambre, pese a que eran varios días lo que llevaban sin probar bocado. Cuando llovía, la lluvia se les metía más bien en la boca y ellos apenas lamían sus labios resecos humedecidos por las gotas. Como el manejo del timón diera mucho trabajo, se tendían de espaldas y levantando levemente los pies lograban darle una leve control.

Un día más, dos, tres, no supieron cuantos hasta que una noche sintieron que el bote se detenía bruscamente. Allí quedaron sin importarles si habían llegado a la gloria o al fin del mundo. No sabían si ~~incorporarse~~ incorporarse o quedarse así hasta la eternidad. Mas, un bullicio los saca del letargo. Son voces humanas, no cabe dudas. ¿qué les importaba? ¿a caso tenían fuerzas para pedir socorro?

La gente se fué acercando al bote y ~~exmedidax~~ en cuanto divisaban a los extraños tripulantes, salían dando voces de espanto. Son espíritus que vienen de otro mundo, seguramente traerán desgracia. Había que contárselo al señor cura.

Un momento más y el sacerdote del lugar llegaba a la playa acompañado de todos los nativos, el primero, orando y ~~exmediendax~~ exparciendo agua bendita en todas direcciones. El murmullo de oraciones iba creciendo mientras más se acercaban a la playa, hasta que llegada la procesión al bote mismo, el sacerdote abandona su ritual y dirigiéndose a los nativos les expresa. Hay que prestarles socorro. Son cristianos. Dios nos los ha enviado para poner a prueba nuestro amor al prójimo.

Los cuasi cadáveres fueron sacados del bote y llevados al hospital. Allí se hizo cargo de ellos el médico del lugar. Se les desnudó arrojando luego las ropas, se les vistió de nuevo y se les tendió en cama. Cada media hora se les pasaba un pedacito de algodón empapado en leche por los labios. Al día siguiente se les hizo ingerir leche por cucharadas y así todos los días hasta llegar al séptimo, dándoles algunas gotas más cada vez. Al octavo día los levantaron y comenzaron a alimentarlos en forma normal.

Luego que pudieron hablar y contar la tremenda odisea, se les dió una casita junto a un bosquecillo y allí les iban a dejar de comer. Una semana iba una familia y otra semana otra.

~~La casita era de material ligero y allí~~

En vísitas

LA ISLA...72

Hacía ya seis meses que los cuatro pescadores y los dos niños habían desaparecido. Como se sabía que no llevaban víveres ni recurso alguno que les hiciera posible la travesía del océano, se les dió por muertos y se oficiaron misas por el eterno descanso de sus almas. Raquelita enfermó, primero levemente de "kokongo" (romadizo). Es costumbre que después de la llegada de un barco toda la población enferme de "kokongo". Si antes esta enfermedad causaba preocupaciones, ya no se le temía, pues los nativos habían aprendido a vencerla permanciendo en pie. Raquelita, en cambio, hubo de guardar cama por cuanto se le había declarado un estado gripal de cuidado. A los pocos días se levantó para caer en seguida con una fulminante pulmonía. Durante los primeros días la fiebre la hacía perder el conocimiento y entonces hablaba palabras incoherentes en las que se solía escuchar "mi papacito", "el me llama". Los familiares la rodeaban y trataban de darle ánimo. Luego, pedía confesor; pero quería que él fuera su bien querido "matúa" (padre) el capuchino ~~xxxx~~ con quien tanto había orado por el descanso eterno de su papacito y por sus tíos y por sus desdichados primitos. Confesor imposible. Encontrábase éste ausente en Chile. Así transcurrieron cinco días. Al sexto, por la noche, se incorporó repentinamente en la cama. Miró a su alrededor y sus parientes se le acercaron. La madre le cogió una de sus huesudas manitas, quiso hablarle algo, pero la enfermita no le dió lugar y cogiéndola de cuello dijo en alta voz: "Mi papito no está muerto" "Lo ví, están todos en una casita junto al monte en "Maori", inmediatamente expiró ...

Allá, junto al mar, en una isla lejana del grupo de las "Tautomotu", a la misma hora, un hombre caía de rodillas. Sus hermanos al verlo lo interrogan .

- "Raquelita ha muerto, les dice. Murió mi hija idolatrada... ¡Que Dios la tenga en su santo reino...!

El epílogo de esta verídica historia, lo podemos resumir en pocas líneas;

Repuestos los naufragos de su larga convalecencia, se trasladaron a Mangareva, que es la capital de Tahiti. Desde allí escribieron al sacerdote amigo cuyo viaje a Chile conocían desde antes de alejarse de la isla. La carta no podía equivocarse y presto dió con su destinatario. Este se apresuró a comunicar la noticia por radio a la Isla donde fué recibida la noticia como es de imaginar, pues desde la muerte de Raquelita, un mes antes, se esperaban con ansiedad noticias de esta naturaleza.

El Gobierno chileno pagó los pasajes desde "Mangareva" a Panamá. Desde allí se vinieron hasta Coquimbo pagando el pasaje con su trabajo en una goleta pesquera. En la Serena fueron festejados por la madre. Recogidos luego en un buque de la Armada, se les hospedó en Valparaíso y al año y meses después de la partida llegaban a abrazar a ~~xxxx~~ los suyos en la añorada tierra que los viera nacer.

La peste que azotó a la isla en septiembre de 1953 se llevó al cariñoso padre adoptivo de Raquelita.

Anexo 1
Texto De La Canción Aere Miti
Autor. Laura Hil

58

ARE MITI = AGUA SALADA. (Saludo a los Bakarati cuando llegaron a los Papeete.

Te faarúá nei matou
i a oe e Rapanúí e
te haere nei matou
i ók Tahiti te fenda e
Uarapi au tino
i ta are miti e
he te hamana ora
i a oe e au here e
e taoto ana hoi i au ue
ini a i au roi e
e moro o te poé
aita o púpá e.

te tume matai e

15.a.2 - PAGINAS DE UN DIARIO DE VIAJE

UNA PAGINA ARRANCADA DEL DIARIO DE UN VIAJE

JUEVES 29 DE JULIO. - Por fin hoy logramos arribar a Isla de Pascua. la mañana es hermosísima, pero nuestros ánimos no están para contemplar paisajes. Varias noches en vela conservándonos a flote sobre el mar encrespado habían fatigado nuestros seres al último extremo.

Anclamos frente a Hanga Roa. El Jefe Militar y el Médico residente vienen a recibirnos. Conversamos algunos minutos en inglés y en castellano. Convinimos en que se nos dejaría dormir todo el día para recuperarnos y que al día siguiente estaríamos en tierra.

VIERNES 30.- Estoy recién orientándome. Bajé a tierra y departí con el Jefe Militar y con su familia. Son todos muy agradables. Atrae especialmente la amabilidad de la señora esposa del Jefe Militar.

SABADO, 31.- Hoy sucedieron muchas cosas. Estuve en tierra dese la mañana. Me convertí en una amazona y salí con algunos chilenos a explorar la Isla. Conocí el Rano Kau, cráter de un volcán apagado. Es una olla inmensa de un kilómetro de diámetro en su boca. Para llegar al borde hay que subir por una empinada ladera hasta 400 y tantos metros sobre el nivel del mar. Allí, a lo lejos, se ve desde esta altura mi YATE como un puntito, fácil de confundir con una roca.

Por la tarde salgo de paseo con dos jóvenes, uno el Médico Residente y el otro un Oficial de la Armada de Chile. Ambos muy jóvenes y muy cordiales. Paso a saludar al Padre Sebastián, es el un Misionero que vive desde hacen más de veinte años en la Isla. Es un polígloto y un hombre de Ciencias conocido universalmente. Nació en Alemania hacen casi 60 años. Converso con él en inglés y le hablo de los problemas de mis dos tripulantes. Le hago presente que son hombres jóvenes y que la larga navegación a creado en ellos problemas muy humanos. El sacerdote sonríe, pues creo que me ha comprendido, y me aconseja que los traiga a misa y que ya conversará con ellos...; Qué sabia moral la de este venerable anciano!...

Sospecho que los jóvenes que me acompañan han entendido mi conversación con el Padre Sebastián porque a la salida me insinúan que a mis tripulantes les vendría muy bien una "vaipeti". Extrañada averiguo el significado de esta palabra oída por primera vez. Es un modismo pascuense que significa JUGO DE DURAZNO; se emplea para denominar a las muchachas que pueden amar libremente. Por seguir con la broma les interrogo si son buenas. No, se me contesta enfáticamente. La mejores las tenemos reservadas para nosotros, me agregan. ; Qué simpatía de juventud!...

Para la noche estoy invitada a una fiesta. Es un baile de fantasía organizado por el matrimonio de profesores, recordando el décimoséptimo aniversario de su matrimonio. Acepto gustosísima. Como carezco de disfraz, la encantadora señora del Jefe me engalana con un traje de plumas típico de la era antigua del pueblo de rapanuí. Dejo que mis cabellos caigan libremente sobre mis hombros y nos aprontamos para partir. El Jefe considera que es aún temprano y cree que es necesario entonarse un poco. Entonarse, no entiendo que es entonarse, pero comprendo cuando veo frente a nosotros una botella de vino y dos copas. Escancio la primera; estaba

2
estaba exquisito, Exquisito es otra palabra nueva en mi repertorio de vocablos de la lengua de Cervantes. La aprendí y la comprendí cuando el Médico al verme con traje de plumas me dijo: estás exquisita, y me miró con unos ojos pícaros que lo insinuaban todo. En verdad, el vino chileno es exquisito...

Llegamos por fin a la casa de los festejados. Nos reciben vestidos de novios en los momentos en que el motor generador de luz eléctrica comienza a fallar. Todo estaba a media luz, y las flores rojas, y las guirnaldas rosadas, y todos los concurrentes hacían que el ambiente se sintiera impregnado de romanticismo y de misterio. Llueven los abrazos mientras se desgrana la Marcha Nupcial. Segundos más tarde caíamos en brazos de las parejas al compás de los acordes del piano, cuyas teclas bailaban veloces presionadas por los ágiles e infantiles dedos del hijo de los novios, un varoncito de 13 años que promete mucho.

El primero en sacarme a bailar fué el recién apenas 17 años desposado. Me habla en castellano tan rápido como el vals que nos desliza en torno a la sala. Le pido que lo haga lentamente, entonces lo oigo decir: sus gedejas de oro son muy hermosas, y me acaricia el pelo. Comprendí y no hablamos más. No había necesidad pues ambos estábamos entretenidos en estudiarnos mutuamente. Es él un hombre de 41 años, bajo y muy gordito, tanto que es casi imposible creer que sea él quien baila con tanta soltura; ni que fuese él quien bailara minutos más tarde una cueca conmigo, tan movida que era para agotar a cualquiera. Miro a la novia, la misma estatura, la edad es un secreto de nuestro sexo, la misma sonrisa natural y atrayente y, ¡Dios mío! igualmente gordita. Quien viere a ambos nadie podría creer que lo que celebraban era el décimoséptimo aniversario de matrimonio y sí, una reciente ceremonia de desposados.

Mientras tanto llueven las copas con el exquisito vino chileno. Lo saboreo y lo encuentro cada vez mejor. La fiesta me gusta cada vez más.

Los hombres son todos muy amables. Parece que el vino chileno tiene la virtud de traer a la memoria el inglés escolar y ahora cuando han pasado ya muchos años se me ha elegido a mí para que escuche sus lecciones de idioma extranjero mal estudiadas. Trato de comprender y no puedo pues mientras ellos quieren expresarse en inglés yo estoy pensando en español. Así se los hago presente y todos reímos de buenas ganas.

Dije que había bailado una cueca. No comprendo por qué lo hice. A lo mejor el delicioso vino chileno lleva los compases en sus gotas y se los comunica a los pies. Naturalmente que ya había observado como se bailaba la cueca; el gordito que celebraba su matrimonio sacó a bailar a una hermosa señora, esposa del Jefe de la Base Aérea. Una muchacha muy delgadita con una sonrisa amplia con dientes de perlas hasta muy cerca de unas orejitas pequeñas. Se les dejó solos en medio del salón conservando ambos una prudente distancia y un pañuelo en la mano. A un compás acentuado elevan ambos el brazo derecho haciendo flamear el pañuelo mientras que con los ojos tratan de devorarse. Van girando uno en rededor del otro hasta volver al punto inicial para comenzar desde allí un juego de movimientos de pies, de galanterías con el pañuelo y

~~ella~~ una de arrancar ella y de perseguirla él que dan al cuadro una originalidad y una hermosura nunca vista en las danzas de país alguno de los que he recorrido. A otro compás él inclinándose la acaricia en los pies con el pañuelo y ella pasa a ocupar el lado donde ~~ella~~ él bailaba dejando el lugar a su pareja. Sigue igualmente la danza, siempre llena de picardía y de insinuantes miradas hasta que un ARO ARO, de los concurrentes da por terminado el primer pie. Los bailarines tomados del brazo pasean por el salón y se detienen para beber sendos vasos de ponche. Nosotros los acompañamos y con muchos: vivan los novios, hacemos la fiesta más animada.

Cesan los acordes del piano que esta vez tocaba el médico ~~de~~ de la acordeón tocada por el niño hijo de los novios. La batería también venía tocando a rabiar, pero de lo estruendosa que era no la percibíamos, pues era lo mismo que cantar y bailar bajo el estampido de los truenos que siguen a los relámpagos en las tempestades merinas a que estoy tan acostumbrada.

El murmullo es ahora de voces y de invitación de la dueña de casa para conducirnos al comedor. Allí quedo instalada en medio de la inmensa alegría que invade los corazones de todos los concurrentes. La alegría mía no es menor. La amplia mesa estaba rodeada de comensales que atacaban con infantil algazara los apetitosos bocados y escanciaban, o mejor dicho escanciábamos las copas de una en una.

A los postres se me ofrece un cuchillo y se me confía la tarea de dar el primer corte a la torta de novios que sobresale en varios pisos en medio de la mesa. Tomo un cuchillo y con mucha seguridad trato de hundirlo en la apetecible masa; mas todo en vano: la torta no era más que un tarro vacío embetunado con manjar. Pero la sorpresa no llegó solamente allí. Al levantarlo se encontró en el interior un sobre con billetes chilenos dedicados a cada uno de los asistentes en conmemoración del aniversario del matrimonio. Aplausos y salud... por los novios.

Nuevamente el baile y así hasta que el hijo de los novios nos regaló con unas canciones pascuenses acompañándose de guitarra.

Me ocurrió un pequeño percance que me hizo la noche más agradable aún. Mientras bailaba con un señor alto vestido de pierrot se me rompió una de mis zandalias lo que me obligó a disparar la otra y seguir descalza.

Faltaría poco para que amaneciera cuando llegamos a la casa del Jefe Militar para dormir. Bailando aún en pensamiento me tiré a la cama y comenzó mi cabeza a seguir el vaivén de mi yate. Pero cosa rara, ahora estoy en tierra firme y sigue igualmente el balanceo. ¿Será el exquisito vino chileno? No puedo consiliar el sueño. Mi cabeza gira y gira. ¿Será que estamos en medio de un mar tempestuoso? Me quedo traspuesta.

Siento un murmullo al clarear el día y una voz que me dice: tiene que levantarse y zarpar pues un temporal comienza a azotar la bahía. Entonces era cierto: mi yate me necesitaba y me avisaba en sueños. Salto de la cama, pero la cabeza se me queda atrás. Suspiro, espero que mi ser se reponga y en pocos minutos voy en demanda de mi yate.

15.a.3 - CUATRO TRIPULANTES Y UN GATO EN MEDIO DE UN TIFÓN

Acerca del naufragio y saqueo del Windjammer - isla de pascua 1954

CUATRO TRIPULANTES Y UN GATO EN MEDIO DE UN TIFÓN 4/

Desde algunos días que el pequeño yate "Wind Jammer" venía cambiando de fondeadero para verse libre del mal tiempo que reinaba en la Isla. A su llegada, en una mañana apacible de julio, cuando julio llegaba a su término, el ancla resbaló bulliciosa y fué a reposar al fondo de las azules aguas frente a Hanga Roa. Allí lució su arboladura, y con mucha cortesía saludaba, levantando e inclinando, la proa en reverente venia, a los nativos que se agrupaban en tierra para contemplarlo.

Un día el viento norte amaneció sobre la bahía, llegó cogiendo de los cuernos de una luna nueva. Al llegar a la bahía se lanzó al mar y alborotando las aguas las lanzó sobre el sueño de "Wind Jamer". Sus tres tripulantes debieron apresurarse para ponerlo a salvo. Las maniobras fueron ordenadas con oportunidad y realizadas con presteza, pero el ancla sumergida siguió durmiendo abrazada a un paisaje de corales lleno de fantasía. Se le imploró, se le dió de tirones, mas todo en vano. El viento quiso por su cuenta ayudar en la maniobra y dando un fuerte empujón a una ola la obligó a cargar sobre sus hombros de gigante a la prisionera embarcación. Todo lo que el viento consiguió fué que el ancla se aferrara más aún de los corales, y que la cadena hiciera una herida profunda en la proa. Pretendió el viento repetir la gracia pero ya la capitana y los dos tripulantes, ayudados por Jorge, un nativo, habían cortado la cadena. El Yate con su proa acerada, alcanzó a romper la ola y en veloz carrera contra el viento se puso a salvo tras la muralla inaccesible que forman los acantilados en el extremo sur de la Isla. Allí se echó una nueva ancla y la embarcación pudo sostenerse al abrigo durante algunos días, hasta que el viento en desesperada búsqueda dió con él y comenzó de nuevo a zarandearlo. Nuevos y desesperados esfuerzos para izar el ancla. Todo inútil. Otra ancla perdida y un nuevo escapar.

El viento quería salirse con la suya por eso abandonó la isla algunas horas y encaramándose en las nubes más altas comenzó a soplarlas desde el norte barriendo desde arriba todos los rincones.

Con satánica satisfacción, el temporal vió que su débil presa salía de su madriguera y quedaba a su merced en la inmensa pampa del verde océano. Sobre la herida embarcación iban los dos extranjeros tripulantes y dos avegados nativos; iba con ellos un gato. Era éste un felino travieso y juguetón. La mascota esta conocía todas las maniobras de abordaje y nunca quedó atrás cuando había que izar una vela. Si el tripulante tiraba de un cabo, el gatito tomaba la cuerda con sus manitas de garras retráctiles y simulaba hacer mucha fuerza; si había cambio de guardia en el timón, era él el primero en llegar hasta allí y subiendo de un salto a la espalda del marino manoteaba indicando que había relevo. Así en un correr de un lado a otro alegraba a sus amos hasta que el cansancio y la pereza lo dominaban y entonces dormía horas y horas sin importarle el rumbo ni la suerte

4 tripulantes.. .2

de la embarcación.

Aquella tarde no podía faltar el gato en cubierta. El Segundo de abordo a quien correspondía por ausencia de la Capitana asumir la responsabilidad, vió venir una ola con malas intenciones y corrió hasta el trinquete para asegurar una cuerda. Al llegar allí, la superficie de cubierta se levantó bajo sus pies y haciéndolo retroceder lo suspendió por breves segundos en el aire, los segundos suficientes para que su cuerpo volara sobre la borda y fuera a sumergirse en el agua. Por sobre su cabeza pasó como un bólido algo que le pareció un peñasco y que no era otra cosa sino el gato, igualmente víctima del sacudón. Minutos más tarde, ambos estaban a salvo, lamiéndose el uno y cambiando sus ropas el otro.

El viento siguió soplando implacable con silbidos penetrantes y helados ~~que~~ que llegaban hasta los huesos. Era un lunes 9 que se iba y una isla que se divisaba a la distancia. Las horas vuelan y el cansancio es general.

- Hay que organizar los turnos- dice el capitán.-Navegaremos toda la noche para regresar enseguida si el tiempo lo permite.

Bajo su sabia orden uno se fué al timón y los otros tres bajaron al interior de la cabina y se tendieron a reposar. La fiebre los devoraba. Muy bien vendría un sorbo de agua. Días atrás se habían embarcado 4 peroles de agua, total, unos ~~diez~~ diez litros del precioso elemento ausente de sal. Era agua de esa que cae del cielo como una bendición y que los isleños recogen en el techo de sus casas. Pero ahora, lo repentino del zarpe ni había permitido reabastecerse y los tuestos estaban casi extinguidos. De alimentos tampoco estaban holgados. Apenas habría para un par de días o más si olvidaban comer como les había ocurrido hoy. ¿Y si el temporal duraba algunos días? Eso ni pensarlo. Lo primordial era dar descanso a unos para tener en todo momento gente de refresco para la dura tarea de manejar el timón y las velas. Cada dos horas se iban ~~turnando~~ ^{turnando} cambiando. Así pasó la noche y llegó el día y también pasó la noche de ese nuevo día. La nave se escabullía tratando de engañar al viento huracanado que la perseguía con creciente furia. Todos casi no comían y sus ojos se cerraban apenas en los momentos que eran relevados. El capitán sextante en mano iba haciendo las anotaciones.

- Llevamos ya 59 millas hacia el este, viremos hacia el norte hasta encontrar la Isla.

Se dió un golpe al timón y el viento siguió de largo engañado por la hábil maniobra. El huracán no pudo detener su carrera arrolladora y por mirar a la fugitiva por sobre sus hombros se dió de bruces sobre los peñones de Salas y Gómez. Se levantó rugiendo de dolor y de rabia. Se sacudió, estiró sus piernas y llenando sus pulmones emprendió una loca carrera en persecución de su víctima.

- "Wind Jammer" (contra el viento) decía el huracán dentro de

4 tripulantes...3

aboton
su cólera, tu nombre es un desafío que no puedo permitir. Te aplastaré "Wuin Jammer", te aplastaré enemigo astuto y tenaz. Al decir esto lanzó un fuerte zarpazo a la arboladura del yate y de un tirón arrancó una de las cuerdas.

obengul
- Si cae el palo mayor estamos perdidos- gritó el capitán- hay que atar esos cabos.

El viento contestó con una atroz carcajada al tiempo que trituraba dos nubes con su puño y hacía saltar hecho añicos un relámpago que siguió quejándose en un trueno lejano.

cuerdas
No sé si es posible describir la maniobra; ~~eso~~ que no y pienso que la imaginación más fecunda es escasa para comprender cómo se las arregló un nativo en esa noche obscurísima para trepar por una escalera de cuerdas hasta la parte más alta del palo mayor y atar allí una cuerda quemlos ~~deix~~ abajo amarraron a ~~pepa~~ evitando así que el yate fuera destrozado. Aquel pascuense estuvo encaramado allí en las alturas ayudado de un farol que por haberlo olvidado al bajar quedó allí toda la noche.

- A lo mejor esa luz va a ser vista desde tierra, - dijo el capitán. Distantes estamos, agregó, pero la luz a esa altura puede ser vista. Ya hacen ocho días que no se sabe de nosotros. Mantengámonos en zigzag durante algunas horas anunciando nuestra presencia. Caramba, amigo, siguió hablando al tiempo que se dirigía al pascuense héroe- varias veces estuvo Ud. a muchos metros fuera del barco. Si se hubiera soltado habría caído muy lejos de la embarcación y habríamos tenido que resignarnos seguir sin Ud. Todos ~~debemos~~ reconocer que a su heroísmo ~~debemos~~ la salvación de todos.

ho
Mientras tanto, en tierra se hacían toda clase de comentarios. Unos suponían ~~at-todos~~ muertos, otros, pensaban que habrían huido y estarían refugiados en alguna abrigada bahía de Tahití .

Razón había para tanto comentario. Ocho días que de ellos nada sabíamos. Al siguiente de éste salimos hacia la casa de la familia del Jefe acompañando a la señora de él . Por el camino encontramos uno de los blancos residentes y como era natural comenzamos a conversar sobre las novedades del día. Olvidándonos del Yate escuchamos un interesante relato sobre algo visto la noche anterior. Pero es mejor que él mismo nos cuente :

"Serían más o menos las 9 de la noche cuando se nos ocurrió echar tanax en la casa para matar las moscas que durante el día habían entrado. Tomé la bomba y presionando pulvericé el insecticida por todas partes. Luego cerré la puerta y salí al patio con mi señora a esperar que pasara el desagradable olor . La noche estaba oscura y el viento venía del poniente. De repente me llamó la atención una luz que se divisaba en el horizonte. La quedé mirando y noté una cosa redonda como un plato, mejor dicho como dos platos uno con la boca hacia el otro. Corrió la figura hacia el norte unas 3 millas hasta ponerse muy cerca de la isla, tal vez unos dos kilómetros más allá de la playa. En-

\$4 trip...4

tonces pude apreciar ^{hacer} que el disco giró con una velocidad de más o menos unas ochocientas revoluciones por minuto. (a una mirada mía agregó) Yo como estoy acostumbrado a ver la hélice de los aviones pude calcularlas muy bien. El disco tendría un diámetro- apreciando la distancia a que se encontraba - de unos 120 metros. Luego la luz fué poco a poco cambiando de brillo del rojo fuego al rojo blanco. Se alejó rápidamente, siempre cambiando de dirección cada cierto tiempo"

Pero es mejor que sigamos nuestro camino y volvamos a nuestros pobres navegantes.

Al ver las maniobras, el viento los dejó hacer, seguro de que el intrépido isleño no haría más que precipitar el suicidio colectivo. Pero al verse nuevamente burlado se enfureció de tal manera que cogiendo miles de toneladas de agua con el índice de su siniestra mano las hizo girar sobre sí mismas y dándoles impulso las lanzó tras la fugitiva. La primera tromba perdió la dirección y fué a perderse en el horizonte. Amanecía ya y la lucha era sin piedad. El pequeño yate huía y huía. Quiso la suerte que divisaran la isla y se aproximaran a ella, tanto que para todos fué una esperanza y un consuelo, pues ya eran muchos los parientes y amigos que lloraban a los naufragos. Pero el viento quería salirse con la suya y cortándoles el paso los tiró mar afuera sin que ningún tripulante pudiera bajar ni recibierasen recurso alguno.

Un nuevo peregrinar: 30 millas hacia el oeste, luego 10 hacia el noreste, para cambiar nuevamente el rumbo en interminable zigzag. El viento perdió la paciencia y seguro de ^{lo} que hacía lanzó una carrera sin rumbo un torbellino y se puso a descansar para gozar del efecto.

Era medio día, las nubes parecían correr en retirada. Tres hombres reposaban su cansancio sobre las literas y uno, el que estaba en el timón, dió repentinamente un grito. Fué todo lo que se escuchó. Los tres saltaron de las literas y rodaron por el piso. Solo dos de ellos lograron enderezarse aferrándose fuertemente hasta llegar a cubierta. La rueda del timón estaba sola y su sirviente, un muchachón filipino de 18 escasos años, colgando a dos metros de altura desde algunas cuerdas a las que había logrado aferrarse. El yate estaba sentado con la proa en el aire. Un certero corte a una de las cuerdas echó por tierra una de las velas y el herido barquichuelo fué poco a poco enderezándose hasta tomar la posición normal.

Vuelto el timonero a su puesto y aseguradas las velas, corren dos hombres al interior de la nave a recoger al tercer tripulante que yacía inerte. Luego de animarlo con fricciones lograron revivirlo y curándole las heridas lo dejan reposar sobre la mojada litera. Se dan enseguida a la tarea de achicar el agua hasta dejar al barco fuera de peligro. El viento perezoso no vió que el tiro le había fallado nuevamente, pues fué sólo la cola del ciclón la que azotó a la víctima. Los hombres aprovecharon el sueño del viento y echando a

4 trip...5

andar el motro de emergencia llegaron a la isla en una mañana apacible.

Bajaron los dos isleños. Subió la Capitana y un isleño auxiliar. El barco zarpó nuevamente bordeando la isla y fué a reposar a la tranquila enseñada de La Perous. Se contabilizaron los daños y se presupuestó las reparaciones. En cuatro días de intenso trabajo y unos pocos de convalecencia dejarían al yate nuevamente en condiciones de izar sus velas y zarpar.

En dos o tres días de benéfica calma se adelantó de tal manera en las reparaciones que incluso se hicieron cálculos para el día de la partida. Pero la brisa que todo lo husmea y que todo lo cuenta por gustarle meterse en todas las hendidias, vió la alegría en el rostro de los navegantes. Oyó los comentarios y corrió a contarse al viento que dormía sobre la superficie del mar a muchas millas de la Isla. Mientras se dirigía hacia el viento, la brisa iba rumiando la información a objeto de hacerla más interesante.

El viento maldijo al torbellino por su incapacidad para hundir a ese montón de tablas manejadas por cuatro locos, montó en cólera y dando una bofetada a la informante la lanzó lejos, infló sus pulmones cuanto pudo, corrió en demente carrera hasta la entrada de la pequeña y abrigada bahía. Se hizo anunciar con silbidos estridentes y tendiéndose vientre abajo sopló sobre su víctima haciéndola volar sobre las olas y la lanzó contra unas rocas rompiéndole la columna vertebral. Y no hizo más. Se encaró sobre el Poike y desde allí contempló a las víctimas. El yate que minutos antes era cosa viva, no era ya más que un asinamiento de maderas semihundido. Sus tripulantes, que le daban vida estaban en la playa llorando la derrota. La capitana olvidándose de su sexo abandonó sus joyas y en último instante llegó a tierra con el gato en brazos, al que se le veían sólomente dos ojos de fuego en aquella noche obscurísima.

La noticia llegó al pueblo esa misma mañana, y ¡ho!, ¡mentes primitivas!, ¿cómo pudiesteis recibir pensar que era una fausta nueva? ¿No os daba pena el dolor ajeno?

Se pensó en reflotar el barquichuelo. El Jefe ordenó reforzar las puertas de acceso a los terrenos de la Compañía Ganadera donde yacía el moribundo. Pero el pueblo, capitaneado por algunos audaces llegó a las puertas, abofeteó al portero, rompió los alambres y corrió hasta el árbol caído. Se trató de alejar a la gente implorándoles piedad para el caído, luego se les ahuyentó colocando junto al cadáver a conscriptos pascuenses armados, creo que fué prudente retirarlos, se apeló entonces como último recurso a la persuasión y en largas conferencias se explicó al pueblo la necesidad de cooperar en la labor de salvataje. Se retiró la gente a las cuevas cercanas y allí en primitiva promiscuidad pasó la noche.

4 trip...6

Muchos no durmieron aquella noche pensando en si el valioso tesoro les pertenecía y cuál sería la mejor manera de apoderarse de él. Tres que venían acaudillando a la multitud se aproximaron a una tarra de grasa que ardía por medio de una tira de género iluminando a tiritones el tenebroso resinto. Extrajo uno de ellos unas hojas de cuaderno, sucias y ajadas, que llevaba consigo y colocandolas cerca de la luminosa tarra mostró unos apuntes que dijo haberlos tomado de las "clases de Geometría" que no ha mucho dictaba un blanco ex-residente. Los apuntes estaban parte en rapanuí y parte en castellano. Dijo, sin darles lectura, que se referían a que los caminos eran libres y que el administrador de la Cía no podía impedirles que transitaran por aquellos caminos por donde pasaban las ovejas. Les dijo también que las playas eran igualmente libres y que el yate estaba en la playa así que les pertenecía a todos. Por lo demás, razonaban, una mujer y dos hombres no eran un problema. Ya no podía considerarseles ni como la Capitana ni como los tripulantes del barco.

Amaneció el día. Algunos trasnochadores llegaron con algunos pescados y encendiendo bosta seca se calentó unas piedras para cocer las piezas. Terminaban ya un frugal desayuno cuando un muchacho grita desde lo alto de una roca. Todos dirigen la mirada hacia la dirección en que el mancebo dirige la mano y ven que se aproxima un jeep y tras éste un tractor con un coloso a la rrastra.

Todos cambian una mirada de inteligencia, unas cuantas órdenes en monosílabos y agazapándose tras las piedras corren a la playa hasta donde llegan en los momentos en que el jeep con la Capitana, la esposa del Jefe, los dos tripulantes y otros blancos llegaban frente al yate con algunos nativos empleados fiscales para iniciar el rescate de los bienes muebles personales de los extranjeros visitantes.

La máquina filmadora de los huéspedes captó la escena. A nosotros no nos será posible ver este gráfico documento por eso nos conformaremos con escuchar la versión de un nativo que fué testigo ocular de los hechos:

Porque, conviene que lo digamos bien claro. Entre nuestros hermanos pascuenses hay varios, y ~~muchos~~ ^{de} quienes pudiéramos decir que son la caja de fondo de todas las virtudes. Junto a ellos podemos pasar tranquilos, y en su sano juicio, y en su corazón, de oro podemos confiar sin reticencias.

Nos cruzamos esa tarde en el camino y luego de un amable "yorana" me agregó: "vengo completamente avergonzado. Quisiera no ser pascuense o estar en la China, en el Japón o en el interior de Africa"

-¿Qué ocurre? - interrogo creyendo que se trata de una broma.

-"Nada, me dice, sólo que miscompatriotas en vez de ayudar a los pobres gringos han asaltado el Yate y lo han saqueado. Es cosa

4 trip...7

que no se puede contar!"

- ¿Estaba Ud. Presente?

- "Sí, íbamos llegando esta mañana a La Perouse cuando con los gringos cuando vemos a unos 50 nativos tirarse al agua al mismo tiempo, unos por la derecha del yate y otros por la izquierda. Todos se fueron juntando así, como los dedos de mi mano";

Mientras dice esto va juntando los dedos a medida que va haciendo converger ambas manos hacia el pecho.

- ¿Y qué dijo la gringa?

- La pobre gringa les gritaba diciéndoles que no lo hicieran, que le dieran lugar a retirar sus efectos personales y que luego les regalaría el yate. Ellos estuvieron sordos a los ruegos y se entregaron a la mayor piratería que se habrá conocido. A medida que iban llenando sus bolsas las sacaban a tierra y entregándoselas a los parientes volvía a la embarcación. Cuando ya nada quedaba de interés, salieron a relucir algunos serruchos y comenzaron a trozar las maderas y a repartirse las tablas"

- ¡Que acto más vergonzoso! - me atrevo a expresar.

- Sí, -me dice, lo peor es que desde hoy todos los pascuenses se remos ladrones y sinvergüenzas, no tan solo en Chile sino que en el extranjero. I todo por culpa de unos pocos".

- ¿Cómo unos pocos? Ud. me dijo que eran más de cincuenta. Sí, eran mucho más con los familiares que no se tiraron al agua y que esperaban las bolsas llenas en la playa. Pero, ¡Hay una cosa; - agrega bajando el tono de la voz como si se tratara de una confidencia.- los culpables fueron unos pocos que indujeron a los demás a cometer con ellos estos actos de piratería."

Cambiamos una mirada y sin decirnos hasta luego seguimos cada cual nuestro respectivo camino, ambos cabeza inclinada con los ojos vueltos hacia el suelo, avergonzados de estos desmanes y sin siquiera atrevernos a mostrarle los ojos al cielo.



ESCALA EN ISLA DE PASCUA

Por ENRIQUE BUNSTER

Cuarenta y tres días después de su salida de Tahití, el **Serva la Bari** avistó Rapa Nui al amanecer del 17 de Octubre. Durante varias horas porfió a vela y motor contra un viento que parecía empeñado en no dejarlo acercarse a la isla. Es el **Serva** un yate de acero de ciento noventa toneladas, de casco negro y mástiles blancos, que primitivamente sirvió como barco piloto en el Mar del Norte. Viajaban a su bordo ocho hombres y tres mujeres. El segundo motorista, Gerard Garnier, es un tahitiano descendiente de chilenos que venía a conocer la patria de sus abuelos. La tenida usual de la tripulación era el **pareu** de Polinesia, y el buque parecía un museo flotante de **souvenirs** de las islas, desde las obras de arte autóctono hasta los pesos fuertes que nuestros antepasados hicieron correr allí en el siglo XIX. En sacos y canastos traíamos semillas de pandáneos, cocoteros y árboles del pan destinados a plantarse en Vaitea y Mataveri.

Los pascuenses no nos esperaban, pero nosotros habíamos tenido en Bora-Bora, noticias de la isla, donde un yate norteamericano había encaillado y había sido saqueado por los indígenas.

Todo es relativo. Yendo desde Chile, Pascua parece tropical y exótica; viniendo de Tahití, resulta fría, poco fértil y destituida de carácter polinésico. Con sus colinas redondeadas y sus playas sin palmeras ni corales, se me aparecía como un fundo chileno trasladado al centro del océano.

La costa occidental es lo más hermoso que puede mostrarnos. Hanga-roa no es sino una enorme arboleda de acacias, higueras y miro tahitis, entre cuyo verdor asoman las casitas de muros blancos y las pircas de piedra volcánica que limitan los huertos, calles y caminos. En los roqueríos golpeaba un mar perezoso, en los cerros flotaba el humo de los fuegos con que rozan los pastos viejos.

No bien había caído el ancla, llegó a abordarnos la lancha del Capitán Salazar, Gobernador de la posesión y el único marino del mundo encargado de administrar una crianza de ovejas. El hombre que conducía la embarcación era nada menos que Leonardo Pakarati, uno de los seis isleños que en 1947 cruzaron de Pascua a las Tuamotú en un bote a vela, resistiendo treinta y siete días sin agua ni víveres. Leonardo es un tipo recio, simpático, de modales sobrios. Junto con saludarlo le dije que en Papeete había visto y fotografiado su **María Pascua**, abandonada y podrida en la playa.

—La construimos aquí, —contestó Pakarati—, con raulí y velas de tocuyo. Medía nueve metros y tenía dos mástiles y bauprés.

Hablaba de aquello sin jactancia, ignorando que desde los tiempos de Bligh no se había hecho una travesía tan dramática.

—¿Realmente les cogió el temporal, o es que huían ustedes de la isla? — le pregunté.

—Si hubiéramos querido fugarnos, —contestó—, yo no habría llevado a mis hijos Diego y Mario, de trece y once años. En todo caso, habríamos embarcado víveres. Todo lo que teníamos eran dos litros de leche, dos kilos de carne y veinte sopaipillas...

17/x/54

Casón
Salazar

Recordé la memorable odisea de dos mil millas: el hambre, la sed y el terror de los seis tripulantes; la abnegación de los que cedían su alimentos a los niños; su lucha a muerte contra vientos huracanados y el arribo a Reao convertidos en espectros cuya presencia hizo huir despavorida a la gente del lugar.

Pregunté a Leonardo si su rumbo había sido obligado o prefijado.

—Buscamos las Tuamotú desde que vimos que era imposible volver a Pascua, —respondió—. Navegábamos con un compás de bote y observando las estrellas. En los últimos días estábamos tan agotados que apenas podíamos mover la caña del timón.

—Lo que ustedes lograron —le dije— fue demostrar que la capacidad marinera de los polinesios se mantiene latente... ¿Te atreverías tú a repetir el viaje?

—Todos nosotros lo haríamos. Con víveres suficientes podemos ir a Tahití sin perdernos... Lo que nos falta es la embarcación. Para impedir que nos vayamos, se nos tiene prohibido construir botes de alta mar.

Fui presentado al Capitán Salazar. Es un hombre afable, de uniforme kaki, que nos ofrecía su lancha por todo el tiempo que durase nuestra escala. Aparte de esto iba a proporcionarnos un socorro de petróleo y hasta unos toneles de agua, de la que él estaba tan necesitado como nosotros. Cuando nuestra jefa de cocina, Mónica Hurtado, le preguntó qué provisiones de boca podríamos obtener, el Gobernador respondió:

—No tenemos nada. La isla ha soportado una sequía de ocho meses y un ventarrón de treinta días. Sólo hay carne de cordero.

—¿Y pescado?

—Es muy difícil conseguirlo.

—¿Y langostas?

—Rara vez se pesca alguna.

Mientras bebíamos una copa en el salón, nos dio las primeras informaciones acerca de la pérdida del **Windjammer**. Era éste un viejo buque de regata a cuyo bordo viajaban su dueña, Peggy Poor, y dos marinos profesionales. El mal tiempo llegó con ellos y sólo calmó cuando hubo destruido el barco en las rocas de la caleta La Pérouse. Desde ese día Peggy vivía en casa del Gobernador y esperaba el arribo de un buque de la Armada para trasladarse al continente.

El pillaje de los restos naufragos había sido un acto bochornoso. Sobre medio centenar de individuos, incluso algunos que abandonaron su reclusión en el leproscario, invadieron el **Windjammer** para saquearlo a la luz del día y en presencia de sus propios tripulantes. Todo lo que éstos no alcanzaron a salvar, fue robado con prodigiosa diligencia. Desde la playa, Peggy Poor filmó la escena con película en colores y al día siguiente denunció el hecho por radio al Presidente de la República y al Embajador de los Estados Unidos.

Justo cuando el Capitán Salazar terminaba su narración, sintióse afuera una agarabía de voces. Eran los isleños que acababan de abordarnos en sus botes.

Al subir a cubierta me detuve a contemplarlos con sorpresa. Son más grandes y fuertes que sus parientes tahitianos y tienen la piel más clara y mejor dentadura. Su indumentaria es una completa anarquía: veíanse casacas viejas de marina, cucalones, overoles, gorras militares y bototos de conscripto. Una cosa los uniformaba, y eran los saquitos de lana en que traían sus etsatuillas de palo de rosa para combalachar por nuestros efectos personales. Costaba imaginárselos en el acto violento de que eran acusados. Con todo, debíamos ser precavidos y vigilar la cabullería y las escotillas de acceso a los camarotes.

De preferencia querían **camita** y **potaró** (camisas y pantalones), y alguno más evolucionado pedía ropa **nairo** de señora. Su idea de los precios es inconcebible: uno ofrecía pollos en cincuenta pesos, otro ofertaba diez dólares por una camisa remendada.

A los pocos minutos ví que cinco mocetones se paseaban impávidos con otros tantos de mis cocos de semilla, que traía estibados en el bote de desembarco. Les dije en tono persuasivo:

—Quédense con ellos. Los traje para dárselos. **Pero no se los coman.** Plántenlos, y cada cocotero les dará después de cuarenta a sesenta cocos por año.

Y les dí instrucciones sobre cómo debían hacerlo, basado en lo que había aprendido en las plantaciones de Tahití. Todos contestaban: —“Sí, sí; lo haremos como dices”. Pero muy pronto iba a sorprender a uno de ellos, sentado en su bote, perforando el fruto para beberse el agua contenida en la nuez.

Antes de que fuera tarde, tomé los cocos que aún me quedaban y los puse en manos del agrónomo de la Estación Experimental.

A las 2 de la tarde desembarcamos en el muelle de Hangaroa, que no es otra cosa que un hacinamiento de piedras sobre el cual hay que pisar con cuidado para no accidentarse. Allí estaba la población aglomerada, vistiendo sus ropas de día Domingo. Todo el mundo nos daba la mano, pero no había caras bonitas que mirar, porque la belleza femenina es una de las falsas leyendas de Oceanía. Detrás del embarcadero está la “plaza”, que es una explanada desierta, sin árboles, ni pasto, ni asientos, y cuyo único adorno es un **moai** en cuyo pedestal se lee: **Plaza de Hotu Matúa.**

Ibamos a excursionar hacia el interior en el **sip** (jeep) del gobernador. Entre los invitados contábase el teniente Meneses, médico naval que estaba a cargo de la leprosería. Le anuncié que traía para él informaciones estadísticas y recortes de literatura técnica relacionada con el leprosario de Tahití y con una nueva droga, la sulfona, que allí está dando extraordinarios resultados. Con sorpresa le oí contestar el **taote** (el doctor) que en Pascua se empleaba una droga todavía más moderna y eficaz, la cual, por añadidura, no producía los trastornos intestinales que provoca la sulfona. Me hizo saber que la enfermedad estaba en el hecho controlada y que su virtual desaparecimiento es sólo cuestión de tiempo.

El “sip”, conducido por el gobernador, cruzó la aldea siguiendo la ancha avenida Policarpo Toro, adornada con otro enhiesto **moai**. Detrás de las pircas y bambúes desfilaban los huertos con sus plataneros raquíuticos, de hojas desflecadas por el viento. El estilo de las casitas combina el continental con el polinésico. El elemento relacionador es la pequeña veranda o galería techada del frontis. Lo singular es que, no estando las piezas comunicadas entre sí, tiene cada una su salida independiente, de donde resulta que la casa pascuense exhibe hasta cuatro puertas de calle. En los jardines escasean el pasto y las flores, pero imperan las higueras como el frutal más generoso de la isla. En el parque de los Pakarati destacan cuatro cocoteros que son la afirmación de que este árbol podrá un día embellecer a Rapa Nui.

El camino a Anakena nos llevaba a través de una pampa semejante a la de Tierra del Fuego. La sola diferencia son las piedras que cubren el suelo como vestigio de la espantosa erupción prehistórica de los volcanes. Gorriónes, tiuques y perdices huían a nuestro paso. También las ovejas, pero no como esperábamos verlas. Las cuarenta mil cabezas famosas no forman un rebaño, sino que vagan dispersas, en grupos de a tres o cuatro, a lo

ancho de ese desierto. Cualquiera cosa parece Pascua menos una estancia ganadera.

A mitad de camino aparece como un oasis el establecimiento de Vaitea, donde noventa personas estaban haciendo la esquila. El capitán Salazar reveló que la lana producía una entrada bruta anual de veinticuatro millones de pesos y dijo que el negocio arrojaba utilidades apreciables.

—¿Ha mejorado, —le pregunté— la condición económica del personal?

—Se han subido los sueldos —contestó— un ovejero aprendiz gana ahora mil pesos mensuales, más la carne que se le da gratuita. Por otra parte, se han mantenido los precios de la pulpería: los zapatos, por ejemplo, siguen vendiéndose a 250 pesos. Un cordero cuesta doce pesos.

Le pregunté si la gente estaba mejor predispuesta con el nuevo patrón. Me respondió que sí, y para probarlo dijo que antes desaparecían tres mil ovejas por año y ahora sólo desaparecen mil...

Funciona también en Vaitea la flamante Estación Experimental, cuyo agrónomo, señor Carreño, se ocupa de la reforestación de la isla. Me informó el gobernador que en un año se habían plantado treinta y cuatro mil árboles, preferentemente eucaliptus, y que el ritmo de trabajo iría en aumento.

—Al crearse grandes masas boscosas —dijo— se podrá tal vez, con el tiempo, atraer las lluvias y la humedad que hoy faltan. Esto sin contar con que los bosques amortiguan la violencia de los vientos.

—¿Qué más espera hacerse por la solución del problema del agua? ¿Es o no posible aprovechar la del Rano Kao?

—Técnicamente, puede hacerse. El agua depositada en el cráter debería subir trescientos metros, mediante bombeo, y luego bajar cuatrocientos, para en seguida ser llevada a Hangaroa... Pero las instalaciones requeridas son de un costo tal que sólo se justificarían si fuesen a servir a una población de cincuenta mil almas... Por el momento, lo más viable parece que sería resacar (dulcificar) agua de mar como un recurso para los tiempos de sequía.

—¿Qué se hace en cuanto al hermoejamento general de la isla?

—Estamos restaurando un **ahu** (monumento funerario), sobre el cual se colocarán los **moai** con sus sombreros rojizos, tal como estuvieron en la antigüedad. Es un trabajo muy largo y difícil, pero esperamos terminarlo a satisfacción. Otra iniciativa ha sido la preservación del toromiro, el árbol exclusivo de Pascua, de cuya madera se hacían las estatuillas y del cual quedaba un solo ejemplar. Con sus semillas se ha hecho un vivero, y de éste se obtendrán los arbolitos destinados a las plantaciones.

Llegamos a Anakena como siempre se llega allí: con exclamaciones de maravilla. Entre dos bajas colinas se abre una ensenada donde el mar juega con olas casi imperceptibles. La playa es una herradura de arena intocada, blanca, de ligerísimo matiz rosado. Aquí fue donde desembarcó el rey Hotu Matúa con sus canoas, y ahí detrás están las ruinas de la casa de piedras en que habitó... Pero no hay un arbusto ni una planta en este lugar abandonado, que podría ser, con el adorno de los cocoteros, la mayor atracción paisajística del Ombligo del Mundo.

El trayecto de regreso nos permitió visitar el volcán Rano Raraku, los **moai** y su cantera y la caleta de Hutuiti, donde están las ruinas del gigantesco **ahu** de Tongariki. Era ya de noche cuando llegamos a Mataveri, residencia del gobernador, donde éste nos había invitado a cenar.

Fue en esta ocasión que tuve oportunidad de conocer a la naufraga Peggy Poor. Sin embargo, debí esperar hasta el día siguiente para escuchar de sus labios la lamentable historia del **Windjammer**.

Afonso Carreño

Peggy Poor

Vino a bordo a tomar el té. Peggy es una mujer de treinta años, naturalmente divorciada, muy rubia y bastante atractiva. Fue corresponsal de guerra en casi todos los frentes y a esto debe su conocimiento del francés, italiano y castellano. Nos contó que el **Windjammer** había sido de su padre y que a su bordo viajó ella cuando niña. El barquito pasó después por muchas manos, hasta que Peggy lo compró por último para realizar lo que llamaba "un viaje de recuerdos". Dijo que después del accidente tuvo tiempo de salvar algo de su ropa, la filmadora y unos motores eléctricos. Perdió sus joyas, la ropa de las camas, los víveres y todo los demás.

—¿Es que no pudo usted pedir socorro al producirse el saqueo?

—Lo pedí, pero... no hay policía. Acudieron el gobernador y otros funcionarios.

—¿Con armas?

—Sí, con armas. Les rogué que las usaran, pero se negaron. Les supliqué disparasen al aire y se me contestó que también esto podía resultar contraproducente. Sólo pudieron ser testigos del asalto.

—En buenas cuentas —le dije— fue una sublevación contra el jefe de la isla.

—No se puede decir otra cosa.

—¿Nada se ha recuperado?

—Ni un pañuelo.

—¿No se detuvo a nadie?

—A uno o dos, pero escaparon del calabozo.

Mientras Peggy hablaba, un grupo de isleños la observaban por el tragaluz del salón. A toda hora les teníamos a bordo. Para estudiar su carácter bastaba salir a cubierta y escucharlos. Al revés de los tahitianos, son astutos y codiciosos. Uno que había ofrecido gallinas a cincuenta pesos, se presentó con un pollo flaco que pretendía vender en ochocientos, porque le habían dicho que este era su precio en Papeete. Otros nos hacían "regalos", pero en el momento de aceptárselos nos preguntaban si no teníamos alguna **camita** o **pataró**. Como el ardid daba resultado, pronto hubo allí un cargamento de productos lugareños: plátanos del largo de un dedo, tomates como nueces, piñas de Liliput.

El pascuense es una especie de deportista de la mentira. Habiéndoles hecho oír en el gramófono una canción de Samoa, un mocetón cogió su guitarra y repitió a la perfección la pieza que acababa de escuchar. Maravillado, lo felicité por su oído excepcional y le obsequié un paquete de cigarrillos. Me aseguró que aprendía al instante cualquiera música nacional o extranjera. Poco después supe que la canción de Samoa era conocida en Pascua desde hacía muchos años. Otro sujeto me contó los sufrimientos que había soportado durante la odisea de sus primos Pakarati. Al terminar su narración, uno de sus conterráneos me sopló al oído: "No es Pakarati y no estuvo nunca a bordo de la **María Pascua**".

Dediqué mi último día en la isla a visitar la aldea de piedra de Orango, los petroglifos y la cosa más impresionante que pueda verse en el Pacífico: el cráter del Rano Kao, con su laguno de mil metros de diámetro.

Volví de esta excursión cuando fui abordado por dos personas que había conocido en casa del gobernador. Eran don Lorenzo Baeza y su esposa, profesores de la escuela pública de Hangarao. Me ocupó ahora de ellos con el placer de quien viene de hacer un hallazgo: el de dos maestros de vocación que realizan una obra sin paralelo. Se me permitió revelar que Baeza aceptó ser rebajado en el escalafón, y perdiendo parte de su sueldo, para poder ser destinado a la humilde escuelita isleña.

—Quiero mostrarle, —me dijo— algo de lo que estamos haciendo con mi mujer y mi hijo.

Lorenzo
Baeza

Baeza es un hombre gordo y jovial, propenso a la risa. Me condujo a su casa prefabricada. Al entrar al living ví un piano, una guitarra, un violín y un acordeón.

—¿Tiene usted una orquesta?

—Tengo un hijo-orquesta. Y me presentó a Enrique, un joven de quince años. Se dedica a recoger las canciones autóctonas, muchas de las cuales estaban a punto de perderse. Como sólo toca de oído, mi señora escribe en el pentagrama, y de esta manera vamos registrando la música pascuense, que más tarde se hará grabar en el continente.

Y Enrique Baeza ejecutó al piano, con talento admirable, algunas muestras de ese arte por él preservado.

—Aquí donde usted me ve, —dijo don Lorenzo— también soy escritor.

4) Y me leyó un par de capítulos de su libro en gestación sobre la vida cotidiana de la isla. Es todo un humorista, que empieza por reírse de sí mismo. Pascua, eterno tema trágico, es para él un mundillo feliz y gracioso. Hasta cuando habla del leprosario busca el lado cómico y termina por hacerme reír a carcajadas.

—Estoy haciendo otro librito, —me dijo.

5) Y me mostró un Silabario en lengua rapa nui, ilustrado con los exquisitos dibujos de la esposa del gobernador.

6) Me enseñó en seguida la tercera de sus obras: el diccionario pascuense-castellano. Pero aún tenía algo más que mostrar: la colección de **kai-kai** reunida en un año de paciente trabajo. El **kai-kai** es el juego manual de hilos que antiguamente floreció en la isla y había caído casi en el olvido.

—Es un juego triple —me explicó el profesor— porque simultáneamente con hacer las figuras con los hilos, el jugador va danzando y recitando unos versos alusivos. He encontrado sesenta, con sus recitaciones respectivas en lengua rapa nui.

Me hizo ver la colección, con las complicadas figuras fijadas en cartones, y dijo:

—Ahora el **kai-kai** se ha puesto otra vez de moda: no hay un isleño que no lo practique a diario. Pienso que incluso en el continente me será fácil popularizarlo.

De intento había dejado para el final la más importante de mis visitas: la del aeródromo de Mataverí. Quería dedicarle toda mi atención, pues era portador de un documento que puede ser la llave del porvenir de Pascua.

Durante mi estada en Tahití, las autoridades aeronáuticas locales habíanme honrado con el encargo de informarles sobre las posibilidades de Rapa Nui como escala aérea transpacífica. Está resuelta la creación de una línea francesa que uniría el Asia, Oceanía y América del Sur, y para organizarla sólo falta saber si podría utilizarse la ya comenzada cancha pascuense. El documento de que hablo es una carta extraoficial firmada por M. Pierre Challier, delegado jefe de la Aeronáutica Civil en los Establecimientos Franceses de Oceanía. Aunque está dirigida a mí, es en el fondo una consulta al gobierno de Chile, y a ese destino la he hecho llegar. Necesita el servicio en proyecto que la pista de Mataverí tenga un largo de 2.800 metros por 50 de ancho y resistencia suficiente para aviones cuatrimotores de cien toneladas de peso. **Contando con esta escala, la línea podría estrenarse a mediados de 1955, esto es, dentro de seis o siete meses.**

Al entrar al campo de Mataverí no advertí señal alguna de trabajo. No se veía gentes ni maquinarias. De una casita de tablas salió un suboficial de la Fuerza Aérea, el cual dijo estar a cargo de las estaciones de radio y meteorología que funcionan en esa barraca. Me informó que, aparte

de esta actividad de rutina, nada más se hacía allí desde el año anterior.

—¿Por qué no se construye la pista? — le pregunté.

—Porque hay que empezar por allanar el suelo con un **bull-dozer**, —contestó— y esta máquina no puede ser desembarcada por ninguna de las coletas de la isla, que son de escaso fondo para las barcas que la traerían.

—¿No podría el **bull-dozer** desembarcarse desarmado?

—Tal vez. Pero la dificultad mayor es otra: el transporte de grandes partidas de cemento, e incluso de arena, que también debería traerse desde el continente, y hasta de agua, que tampoco la tenemos.

—¿Qué solución ve usted?

—El macadam —me dijo—. Con él puede reemplazarse el cemento y hacerse una pista igualmente firme para aviones pesados.

Posteriormente he sabido que este trabajo puede emprenderlo la Dirección de Obras Públicas con un costo de cincuenta a sesenta millones de pesos. Suma insignificante si pensamos en los beneficios que reportaría a la isla y al país, trayendo a éste una corriente de turismo y comercio y a Pascua un toque mágico de prosperidad.

Ignoro qué irá a hacerse, pero como tengo el hábito inocente de darlo todo por hecho, me alejé imaginando que un avión gigantesco planeaba sobre MATAVERÍ con cuarenta pasajeros que iban a visitar los **ahu** restaurados, las plantaciones de toromiro y la playa blanca de Anakena, sombreada por los penachos de los cocoteros...

E. B.



“LA SOLIDARIA”

Compañía de Seguros de Vida y de Protección al Niño

recuerda a sus asegurados, accionistas y colaboradores que desde su fundación mantiene servicio médico.

Santiago, Moneda 1137, 6º piso.

Ministerio de Relaciones Exteriores – Archivo general Histórico
 Referencia al naufragio del Windjammer en Isla de Pascua en 1954

REPUBLICA DE CHILE MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES ARCHIVO GENERAL HISTORICO		Fondo Histórico
Identificación		
Volumen:	Nº 3872 Letra:	
Fechas Límite:	De: 08 - 01 - 1954 A: 31 - 12 - 1954	
Acceso:	Abierto	
Idioma:	Español, Inglés	
Resumen Catálogo:	Ministerio de RR.EE. de Chile. Oficios secretos, confidenciales y ordinarios intercambiados con el Ministerio de Defensa. Subsecretaría de Marina, Instituto Geográfico Militar, Dirección de Deportes del Estado, Fuerza Aérea, Ejército y Armada de Chile	
Características		
Tipo:	Carpeta	Nº de Fojas:
Letra:	Mecanografiado Impreso	Nº Fotos Incluidas:
Recortes de Diario: (fotocopiados o no)		Nº Fotos separadas: 2 (en Archivo Fotografico)
Otros Documentos	Cantidad total:	Puestos en Planera:
Mapas:		
Planos:		
Estado de Conservación		
Estado Papel:	Bueno	
Descriptores		
1. Descripción o Resumen:	<p>Lista de oficiales de Fuerzas Armadas en Ushuaia. Informaciones sobre Navarino. Actividades en la Antártida. Antecedentes visitas petroleros de la armada "Maipo" y "Rancagua" a EE.UU. Itinerario de viaje y dotación del Buque Escuela "Presidente Pinto" y suspensión del viaje de irstrucción. Copia notas entregadas por el Representante Civil en la Base Inglesa de Isla Decepción, Caleta Balleneros, al Comandante de la Fragata "Covadonga" y declaraciones del Comandante de la Covadonga. Antecedentes sobre países que reclaman derechos en la Antártica. Resultados de exámenes de postulación para ingreso alumnos extranjeros a la Escuela Naval y escuela de Ingeniería Naval. Actividades de la flotilla que opera en aguas del territorio antártico chileno. Enajenación de barcasas de la armada adquiridas en 1946 en EE.UU. Cuestiones pendientes en zona Canal Beagle. Solicitud de envío de correspondencia para los agregados navales por la valija diplomática. Asunto construcciones en Puerto Luisa de Isla Navarino. Errores en mapa Sopena en región Antártica y Beagle. Naufragio yate "Windjammer" en Isla de Pascua, y reclamos Comandante Peggy Poor e investigación sumaria. Firma alemana desea instalar astillero en Chile. Informe de abogado J. Daniel sobre el problema de la plataforma continental. Asunto abastecimiento de agua para personal del Faro Dungeness. Decreto destinando hacienda Isla Lennox al Ministerio de Defensa y creación alcaldías de Mar en Isla Lennox y Puerto Luisa. Actividades de naves argentinas en aguas territoriales chilenas. Instrucciones para el delegado de Chile a la "Conferencia Internacional para considerar algunas medidas para evitar la contaminación de las aguas del mar por los hidrocarburos en Londres". Informe del Instituto Geográfico Militar sobre comisión geográfica en Coyaique. Curriculum con fotografía del Comadante en Jefe del Ejército, Enrique Franco Hidalgo y del Jefe del Estado del Ejército, Luis Vidal Varas</p>	
2. Descriptores Onomásticos:	<p>Vargas Mardones, Celso. Subsecretario de RR.EE. de Chile/ Barros Ortiz, Tobías. Ministro de RR.EE. de Chile/ Vasallo Rojas, Carlos. Subsecretario de RR.EE. de Chile/ Adunate León, Carlos. Ministro de RR.EE. de Chile/ Rodríguez A., Mario. Dirección Política del Ministerio de RR.EE. de Chile/ Parra Urzúa, Abdón. Ministro de Defensa/ Lagreze Echavarría, Enrique. Vicealmirante, Comandante en Jefe de la Armada de Chile/ del Solar Grove, Raúl. Comandante de la Fragata</p>	

TIMOCHENCO.

Amueñin

Había cierto nerviosismo en el ambiente aquella mañana. Los niños jugaban con mucho alboroto frente en la calle, frente al local de la Escuela. Se jugaba y se comentaba en voz alta. Sólo unos pocos podíamos interpretar sus voces, algunos más bien adivinábamos el motivo principal de su extranjera conversación por ciertas palabras que llegaban con xixix nitidez a nuestros oídos. La palabra "vaehau" saltó sonora muchas veces de boca en boca. yxixxiñ Bien pronto se comprendió que eran los 37 componentes de la base militar los que venían en sendos caballos y xque con mucha arrogancia lucían sus polyx-rixiexxiñifexxiñ apostura envueltos en las nubes de polvo que levantaban las patas de los caballos. Veía al frente, con su uniforme de campaña, el comandante de la Compañía, por el centro de la calle y trás de él, los demás soldados en dos filas paralelas tan abiertas como se los permitía la amplia calzada. Los caballos venían cabisbajos dando a menudo bufidos como queriendo destaparse las fosas nazales. Los jinetes sonreían a los niños que en alegrex alboroto se agrupaban acercándose demasiado a las columnas. Terminó de pasar la fila doble y tras ella corrieron algunos muchachos felices de servir de cortejo. Pero ya la hora se nos había pasado y la aguda campanilla llamó con voz chillona a los que se iban alejando.

Era éste el regreso de la unidad militar, que había salido de maniobras hacía algunos días. Era algo nunca visto en la Isla. Pese a que la salida se había hecho casi sin aviso, fueron muchos los parientes y familiares de los concriptos los que fueron tras ellos para contemplar desde la distancia los ejercicios guerreros de sus hijos. Antiguamente se hacían tales ejercicios en la Isla. Fué en la era antigua cuando la guerra era el oficio de mayor importancia en la Isla. En efecto, e se xiñexxiñxiñxiñ instruía a los hijos en el arte de la guerra o existía el peligro que la tribu fuera convertida en curanto por los enemigos. Se les daba primero una largas cañas de azúcar y con ellas comenzaban los prime rox combates, Luego estas cañas eran cambiadas por otras más duras a las que se les colocaba pequeñas "matá". En aquel entonces, había grandes fiestas

TIMO..2

y desde unas colinas, padres y hermanas contemplaban a los guerretos que combatían hasta fatigarse. Por la noche se les agasajaba con succulentos vocados cocidos en curanto. La más de las veces de carne humana. Ahora era diferente. Las "fichas de matá" ya no eran usadas. Ahora los conscriptos usaban fusiles auténticos auténticos y era un gusto verlos disparar. Si parece que toda la isla se estremece.

Días antes, tras la ~~XXXXXXXXXX~~ pequeña unidad iba un regimiento de mujeres y curiosos que fueron acortando poco a poco la distancia hasta confundirse bajo los frondosos eucaliptos de Vaitea.

Desde allí, muy de madrugada, se excursionaba hacia los cuatro vientos y se espantaban las perdices con las nutridas descargas a fogueo. y por la noche, rendidos los cuerpos, sonaba el toque de silencio

Texto de la canción compuesta por Laura Hil para el día del
Juramento a la Bandera de los primeros concriptos pascuenses el año 1954

59

EN EL DÍA DEL JURAMENTO DE LA BANDERA.

Canción compuesta por Laura Hil con motivo de jurarse por primera vez la Bandera Nacional (Música de HIMENE ARTURO PRAT).

Fastupu te Kape
i te oro'a rahi
i te jura hanga
Bandera Chile nei
i te jura hanga
Bandera Chile nei
concrito ro'o tu'i
i Rapanui rahi

ka hao e
ka hao ania mea
a vai to ua kura
ko te miritare
rua hi e
hati mai e
hati hati pu
te enemí peruana
ana pasa mai

kote haka tururo
matou i te reka
ki te cancha fútbol
poro vahehau
tan tan te pupuhi
ametralladora
nehenehe te anga
o te teniente
tapaka mai tatou
are are a.

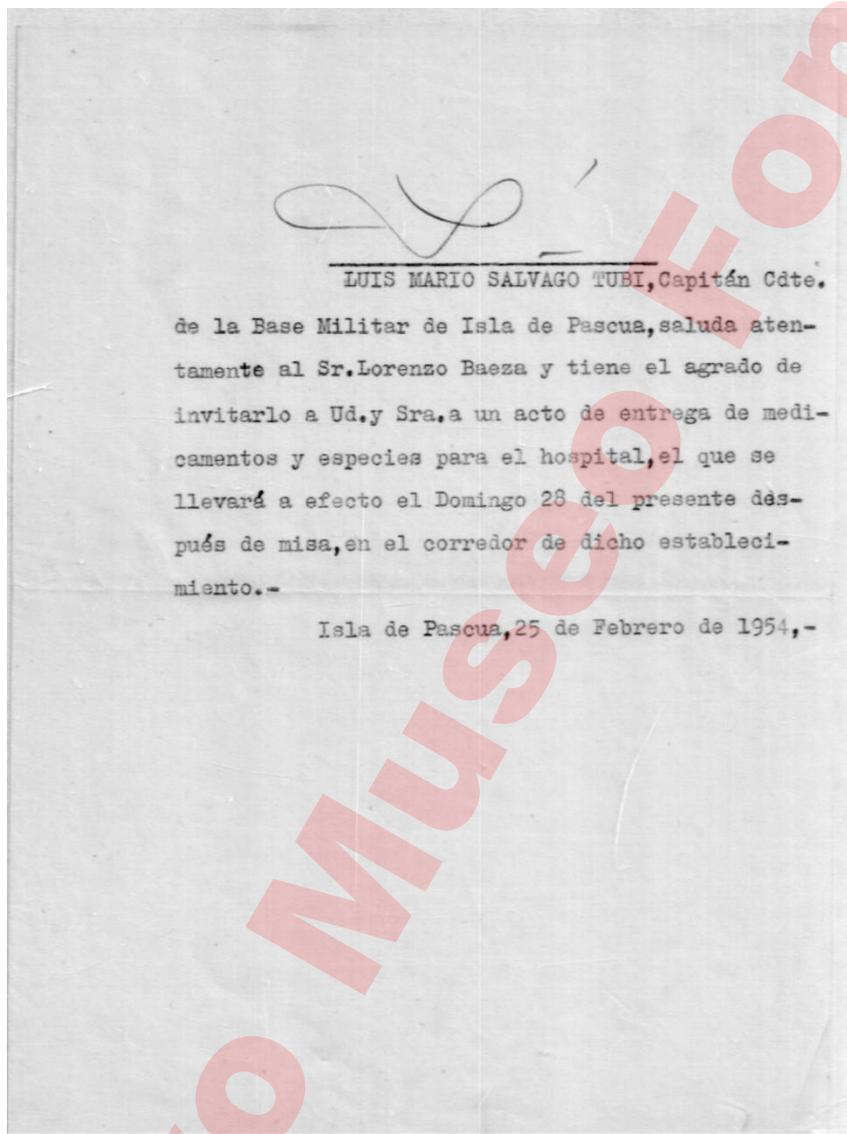
i te base miritare
i a na ana pa;
i te base miritare
i a na ana pa.
Nehenehe ke te anga
o te miritare

e kua a Matu'a e
ka kai te koro
ki te jura anga rima
o te nga apoki;
i te jura anga rima
o te nga poki.
te mione moni nei
o te nga nga au aué poki. (?)

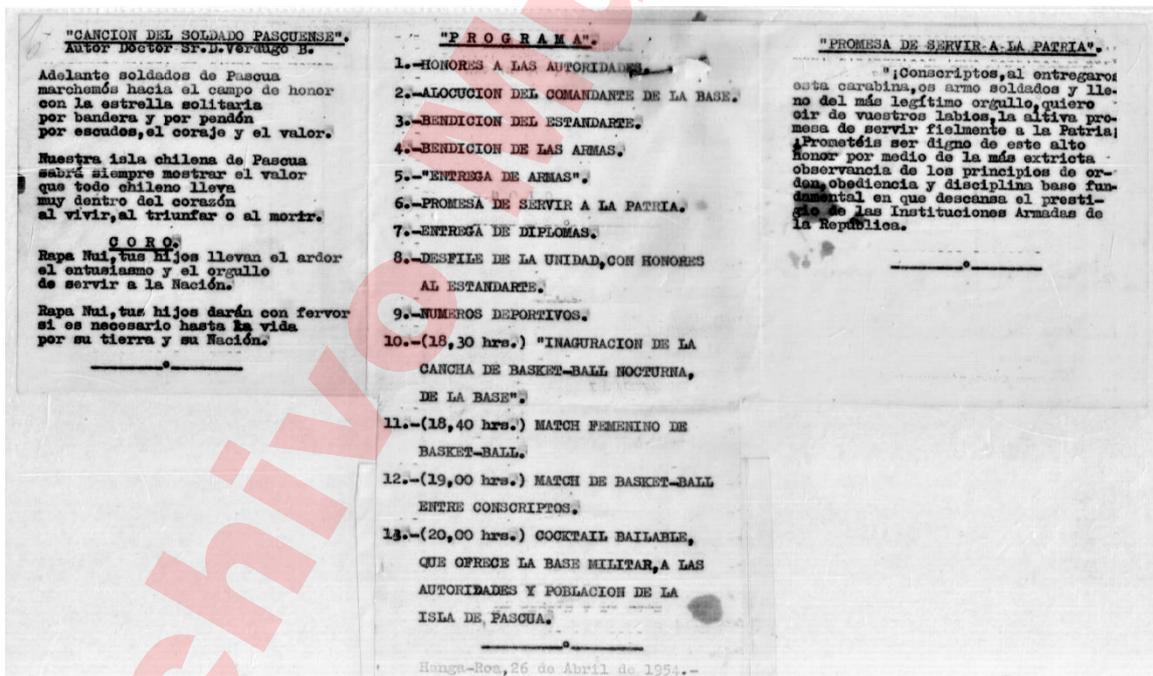
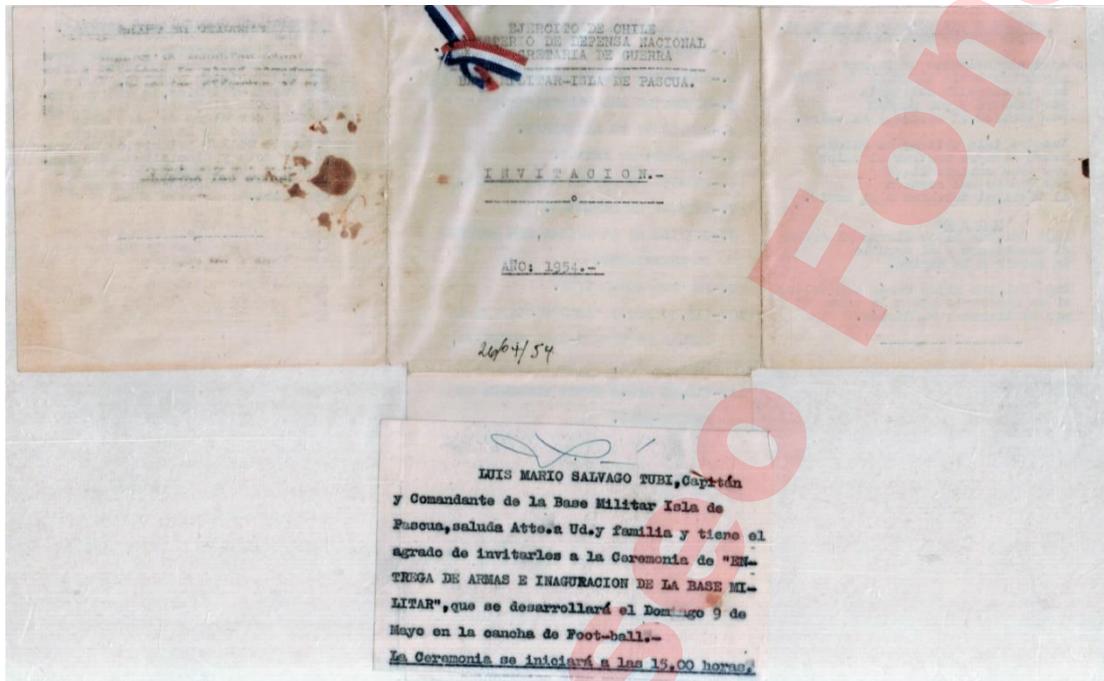
(1)
(2)
(3)
(4)
(5)

17 (16)

Invitación a acto de entrega de medicamentos y especies al Hospital De Isla de Pascua



Invitación a la ceremonia de entrega de armas e inauguración de la base militar de Isla de Pascua



16.a.5 – LOS CUENTOS HISTORIA DE URE HA HOHO VEHI

EN LA ISLA...85

66 LOS CUENTOS

La gente grande recuerda algunos cuentos antiguos que han oído a sus abuelos. Los niños actuales casi desconocen los cuentos antiguos y muchos mayores ya los han olvidado.

Escudriñando en una u otra forma logré que se me narrara algunos. El relato, como es natural, fué en un pesado castellano y de él debí extraer la esencia de ellos. Veamos uno de ellos. Comienza así.

Había una vez un hombre llamado Ure. Vivía con su mujer en un lugar cercano a Hanga Roa llamado "hanga". Tenían un hijo llamado Ure ha hoho vehi". Era éste un adolescente muy hermoso. Sus padres estaban temerosos de que a su hijo único ~~xxx~~ le pudiera suceder algo. ~~xxido xxx~~ Muchas veces el joven sentía algo a su alrededor que le infundía miedo. ~~Kakaxxxx~~ Oía que unas voces lo llamaban y muchas veces estuvo a punto de desfallecer. Entonces gritaba y sus padres corrían a socorrerlo. Pero éstos nada veían y entonces pensaban que seguramente sería algún "tatane" (espíritu maligno) el que andaba alrededor del muchacho con el propósito de hacerle daño.

En aquel tiempo la isla estaba poblada de "tatanes". Andaban de día y de noche haciendo cuanto mal podían. Se metían en las gentes y los impulsaban^a a pelear unos con otros en sangrientas guerras. Sembraban la discordia entre hermanos, hacían que los hijos desobedecieran a sus padres. En fin, eran autores de todas las calamidades que sufría la isla.

Había, también, espíritus buenos y protectores de las gentes. Eran estos, muy pocos. Solo ciertas familias o ciertas regiones tenían espíritus buenos que los favorecieran y los defendieran de los "tatanes"

Un día, Ure y su mujer salieron de su casa dejando al muchacho solo. Como era de madrugada no quisieron despertarlo pues ellos tenían la seguridad de que regresarían pronto.

Apenas avandonaron la casa, les salió al encuentro un viente-cillo que los envolvió en un tobellino y siguió camino arriba.

Los viejos se asustaron y tuvieron intenciones de regresar por su hijo, pues algo ~~lex~~ podría ocurrir estando ellos ausentes. Pero, como volverían pronto siguieron su camino.

Grande fué el dolor cuando a su regreso no encontraron a su hijo. Lo llamaron, lo buscaron por todas partes hasta que se convencieron de que no estaba en ninguna parte.

Qué había sucedido. Dos "varúa" (hechiceras) llamadas Kuha y Erati, estaban enamoradas de "Ure ha hoho vehi" y siempre que encontraban al niño solo trataban de robárselo. Era entonces cuando el niño sentía algo extraño a su alrededor que le causaba miedo y gritaban a sus padres llegaban éstos en su ayuda.

Esta vez estaba solo y dormido. Era imposible defenderse. Sólo despertó en el interior de la cueva de las "varúa". Estas lo habían

EN LA ISLA..86.

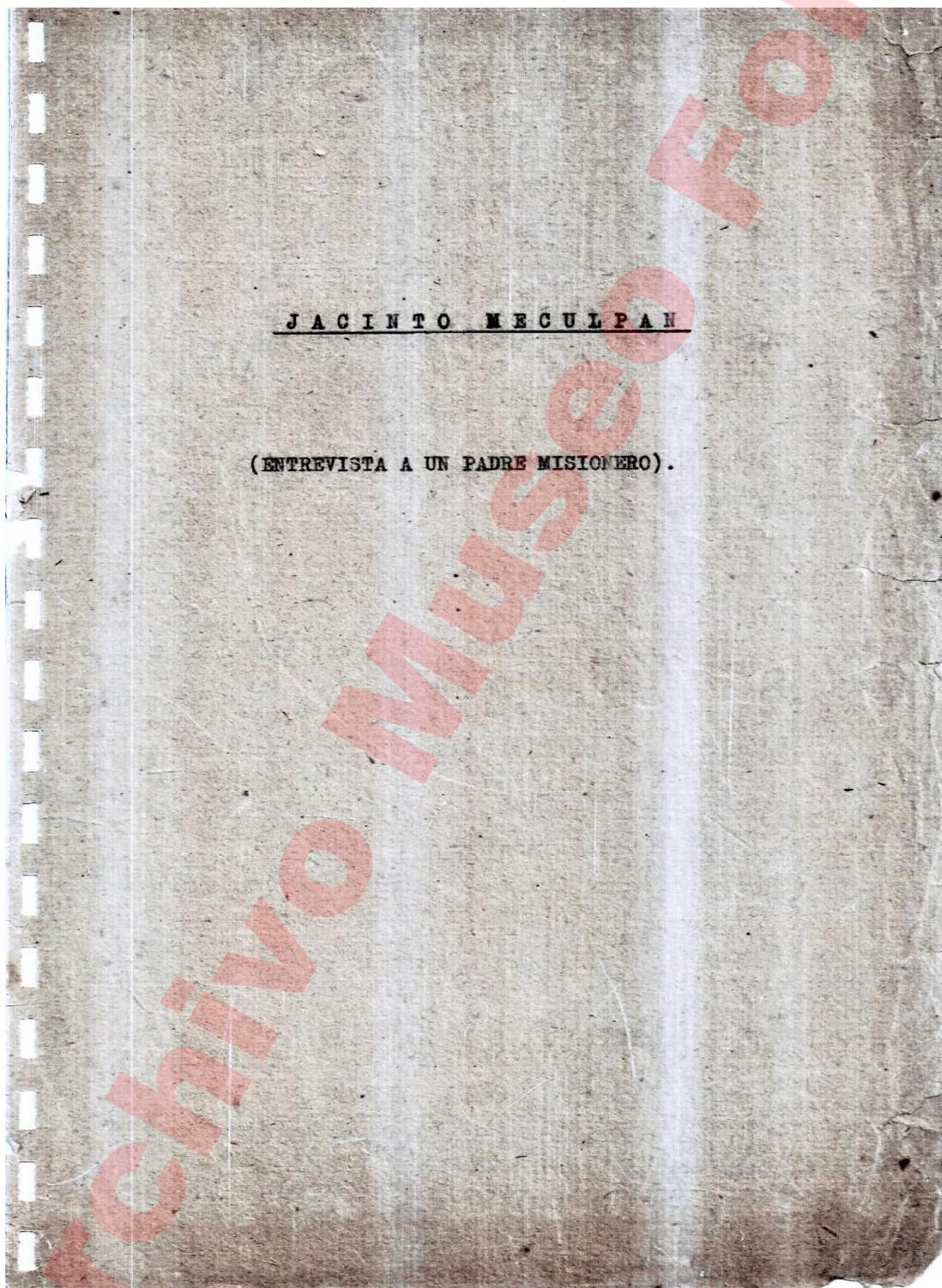
COLOCADO en un nicho que había en el interior de la cueva inaccesible. De modo que le era imposible escapar. Miró hacia el exterior y vió que sus dos raptoras eran jóvenes y hermosas. Conversaban animosamente entre ellas. Pero las palabras no alcanzaron a llegar a los oídos del cautivo, pues el mar resonaba en la boca misma de la cueva. Luego las hermosas raptoras desaparecieron y lo dejaron en completa soledad. Escapar significaba caer a un precipicio enorme sobre las rocas donde las olas se deshacen.

Lloró mucho y se puso ronco llamando a sus padres. Todo imposible. La voz era apagada por el incesante golpear de las olas. Repentinamente recordó que sus padres invocaban siempre a "Pikea ure", cuando deseaban un bien. Era esta una viejecilla que se presentaba a veces en forma de mujer y que repentinamente se transformaba en una jaiiva y se sumergía en el agua.

Nobian había invocado su nombre, cuando vió entrar a la cueva a una "pikea" (jaiiva) que fué poco a poco creciendo y transformándose en una anciana.

La viejita traía bajo su brazo un "kete" (Cartera hecha con fibras de manute). Se paró frente al muchacho y le dijo que dejara de llorar que había mucho tiempo para planear la fuga, pues las "varúa" se habían ido al continente en un arco irir en busca de "ío ío" (alimento de los tatanes que convierten en tatane a quien lo ingere) La viejita había escuchado la conversación y sabían que pretendían hacerlo comer "ío ío" para que el muchacho se convirtiera en un igual a ellas y poder casarse luego ambas con él. Estirándole el "kete" le dijo que comiera de eso que era curanto de gallina. Que cuando llegaran las "Varúa" él arrojara a un lado el alimento que ellas les darían y comiera carne de pollo.

15.a.6 – JACINTO MECULPAN
Entrevista a un padre misionero



JACINTO MECULPAN

(ENTREVISTA A UN PADRE MISIONERO).

SALVADOS DE LA HOGUERA

La pequeña Isla de Pascua, lamida por el Océano Pacífico por sus tres costados, y explorada ~~por~~ en toda su extensión territorial, parece un peñón inmenso del que nada podría esperarse. Juan Fernández, la pequeña Juan ^Fernandez seguirá por mucho tiempo siendo el centro de soñados tesoros y es posible que para el iluso cada piedra sea ~~una~~ esperanza de una ruta que pudiera indicarle el camino que señalaran los piratas al esconder sus fabulosos y esquivos tesoros. A lo mejor, nunca los piratas enterraron nada en Juan Fernández, salvo las fictimas de sus fechorías que fusilaron allí o dejaron abandonadas como ocurrió con Belskins que más tarde se convirtió en el personaje universal de los amantes de la literatura que ~~retrata~~ retrata el espíritu ~~del~~ aventurero del hombre.

Pero, en Isla de Pascua es diferente. Cuando fué descubierta en 1775 por Roggeveen, encontró aquí un pueblo del que se sabía emigrado de Hiva, un continente desaparecido, por cataclismos que obligaron a los antepasados de los pascuenses a abandonar. Cómo llegaron los primeros habitantes ~~de~~ a Isla de Pascua, es cosa que no se sabe. Hasta ahora sabemos que fué un pueblo pobre que venía huyendo de un cataclismo y que no traía más que una raza de hombres fornidos e inteligentes, que con ellos venían unas cuantas semillas, que más tarde prosperaron hasta lograr una edad de oro en su civilización. Sabemos también de su decadencia, de las exploraciones extranjeras en busca de escalvos, algunas, de novedades atonómicas otros, de fortuna los más. Nunca se ha sabido ~~del~~ ayazgo de un tesoro en el que pudieran contar se perlas, ~~una~~ plata o doblones de oro.

Al parecer, digo, es esta Isla un terreno tan explorado que difícilmente un investigador pudiera encontrar algo de interés humano:

Sin embargo, Si nos detenemos a examinar una piedra y pensamos un momento en el origen de ella podríamos llegar a la conclusión de que ella es de tan insignificante valor que solo merece que la disparemos sobre nuestros hombros sin volver a reparar en ella. Mas que ~~distinta~~ la realidad. Esa piedra que tuvimos en nuestras manos y que cayó a la vera del camino podría

decir, su aprendiera a hablar, 1.000 años más tarde, yo fui acariciada un día por la mano de un hombre de la antigua civilización del siglo 20. quien luego de examinarme me disparó lejos por no haber encontrado nada interesante en mí. Sin embargo, si él hubiese sabido interpretarme le habría contado mil historias de la humanidad. Le habría dicho que 500 años atrás yo había hecho la felicidad de un niño. En efecto, hacen de esto 1.500. Un niño había sido abandonado en medio de la soledad del campo. La tarde era fría, como las tardes de agosto, Los padres de la criatura salieron a pascar y recomendaron al niño que no se moviera del lugar. El niño esperó y esperó. Cuando el sol se ocultaba tras un cielo rojo, el niño lloró, lloró amargamente. Yo le hice señas con un destello de una de mis caras y el niño dirigiéndose a mí me tomó entre sus manos y rió de contento. Jugamos el resto de la tarde hasta que regresaron los padres. Entonces el niño me dió la última mirada y yo le hice un guiño reflejando la luz del sol moribundo como despedida.

Estas reflexiones venían a mi memoria al contemplar en el velador de mi cama una piedra casi circular con un orificio en el centro que sirve de sistén a una vela de ojos llorones y mejillas legañosas. ¿Quién es esa piedra, y de dónde nació, quién le dió cultura y pulimiento, ¿cómo llegó hasta el velador de mi alcoba? de mi alcoba ubicada en una casa construída no ha mucho en un lugar pintoresco junto a la bahía de Anga Roa, en el lado sur poniente de la solitaria isla de Pascua.

La historia de esta piedra la conozco en parte. Llegó de mano en mano hasta la casa de un apartado campesino. Solo se sabía de ella que era una piedra antigua. Los niños jugaron con ella y la lanzaron por allá como cosa inservible. Al reconocerla la recogí y dándole la importancia que tiene, la ubiqué en el escritorio de mi casa junto a mis libros más queridas. Meses más tarde vine a Santiago y en el Museo Prehistórico encontré a muchas hermanas de ellas lujosamente vestidas y comodamente alojadas en valiosas estanterías de relucientes vidrios. Junto a ella estaba la historia de cada una de aquellas piedras, su procedencia y el papel que desempeñaron junto al hombre primitivo. Los hombres de ciencia habían podido penetrar en sus misterios y por ellas se conoció la historia de la humanidad. Desde entonces mi piedra, la quise más que nunca y siempre que la tuve en mis manos me trajo

JACINTO...3

a la memoria la vida del glorioso pueblo que ensalzara Ercilla en su inmortal "LA ARAUCANA" y que haciendo méritos a la fama que le diera el poeta sostuvo una guerra sin tregua durante 350 años y solo se dió por vencido cuando absorbió la civilización europea y se intoxicó de ella.

El que ahora esta piedra esté sirviendo de palmatoria es un mero accidente. Aquí en Isla de Pascua todos debemos desempeñarnos en lo que sea menester. No existe la especialización de modo que es perdonable que esta ~~preciosa~~ aristocrática piedra esté sirviendo en empleo tan modesto y que para ello haya tenido que recorrer en el interior de cajones miles de kilómetros a través del océano.

~~XXXXXXXXXX~~

La amplia calle que naciendo en la Plaza de Hotu matúa se interna en la isla por la suave pendiente hasta morir en la puerta de la iglesia, está también sembrada de piedras. Su calzada de tierra natural no ha perdido la aspereza ~~de~~ ni su aspecto primitivo. Es una calle fea e infeliz. Si los hombres o el diario tragín le pulen la cara o si el viento la endonozca barriendo sus asperezas con su esponja unas veces suaves, otras, el agua se encarga de destruirla y de dejar en descubierto las ásperas piedras.

Al llega a la Iglesia, la calle cambia de dirección y de aspecto. Por un lado es un bosquecillo de mirotahitis, por el otro una plataforma desde la que se puede ver alejarse el horizonte.

La iglesia es como el corazón mismo del pueblo y la calle que le da acceso dos enormes brazos que se estiran como queriendo estrechar al pueblo entero.

Tras la iglesia, como sirviendole de telón de fondo por el lado norte está la casa del sacerdote amigo que desde hacen más de 20 guía las almas de los pecadores que por haberseles llamado al juicio final emprenden el viaje eterno.

Al entrar me recibe en la puerta y sin soltar mi diestra me conduce hasta la silla que queda junto a su escritorio. El se sienta frente a mi dominando con la vista el exterior por la ventana que queda a mi espalda. Mis ojos se retiran del azul de los suyos y resbalan sobre el lomo de los alineados libros que

JACINTO...4

en posición de firmes yacen alineados en una tosca estantería. Más allá, más libros. Los hay en alemán, en inglés, en tahitiano, en fin en todos los idiomas. Incluyendo, como es natural el castellano y el latín, idiomas todos de su políglota mente.

¿Qué de tesoros ocultos habrá en esos burdos escaparates! Descontemos el conocimiento de la Isla que es justamente allí donde se guardan los mejores informes.

La conversación recae sobre las cosas. Sobre Babiera, su patria, sobre la congregación de los Misióneros capuchinos, que en 1848 llegaron a Chile desde Italia a catequizar a los Araucanos y que en 1895 llegaron desde Babiera por no haber en Italia misioneros disponibles. Mientras él se acaricia su luenga barba, le hablo de mi piedra. De esa piedra chilena que llegó conmigo a Isla de Pascua y le pido que me hable de su permanencia ~~entre~~ entre los mapuches. Entonces viene a su memoria todo el dolor y tragedia de ese pueblo humilde que languidece en reducciones ~~hinóspitas~~ hinóspitas añorando las glorias de sus antepasados.

- A propósito de los mapuches me dice: durante mi permanencia en el corazón de esas tierras hermosas hice unos apuntes en los que iba compilando datos sobre la vida y costumbres de los mapuches que conocí, eran las costumbres de aquel tiempo. Hoy no podría decirse lo mismo, pues el mapuche se ha asimilado a las costumbres chilenas y ha abandonado aún hasta sus típicas vestimentas.

- Dónde están esos apuntes? le dijo picado por la curiosidad.

- Los tengo archivados, me dice- No valen nada. Si los guardo es más bien por la satisfacción que en aquel tiempo me produjo poder escribir mis impresiones sobre ese pueblo de hombres buenos y de hombres malos como todos, en idioma castellano, que como usted sabe no es mi ~~lengua~~ lengua materna.

Como insisto, sus sesenta años se levantan del sillón en que reposan y acercándose a la estantería extrae de un rincón un paquete porveriento atado con un trozo de cáñamo y apuntando con el dedo una inscripción manuscrita me dice:

- Este es. Veinte años hace que le di el último vistazo y le coloqué esta inscripción para reconocerlo.

La inscripción a quella era más bien un epitafio. o la

6.-

nas, humedecidos por el rocío nocturno y rielan en relumbre tembloroso sobre las olas espumosas del río Llancañil cuyo rugido atronador retumba desde el estrecho fondo del valle, como único, eterno y salvaje ruido de la soledad cordillerana.

El río impetuoso, cuyas aguas se estrellan con desbordantes fuerzas contra macizos peñascos, tiene su lecho en la profundidad lejana de la cañada. Esta viene bajando de norte a sur, formando una línea paralela al cercano límite chileno-argentino. Estrechada entre los boscosos flancos de la agreste sierra, la cañada es en gran parte tan angosta que apenas deja lugar para un sendero de cuyo borde caen abruptos precipicios al fondo del río.

Aquí en Coloco, lugar que debe su nombre al arroyo que desciende de las rocas "colo", describe el cordón que está inmediato al límite argentino, una pronunciada curva hacia el este, de modo que el valle se ensancha en forma de ensenada y ofrece, a media altura, una pequeña planicie triangular.

El cordón opuesto que sube ~~del~~ otro lado del río, no remata en crestas de peñascos; sino está cubierto, hasta la misma altura de onduladas cumbres, de tupidas e impenetrables selvas vírgenes, de coihues y nires, robles y laureles. En las cimas más elevadas se destacan sobre el cielo las esbeltas siluetas de las araucarias cuyas copas chatas de parasol se mecen garbosamente en los vientos de lo alto.

Hacia sólo unos veinte años que en este rincón solitario de la floresta virgen se ha ^{bió}refugiado una familia indígena venida desde su reducción radicada más al interior del país.

Por aquel tiempo, ya había cuatro rucas negruzcas, viviendas de ceñudo aspecto, hechas de toscos palos a pique y techos de canoa.

La más antigua y espaciosa de éstas es la ruca de Manuel Llanquileo.

Al calorcillo tibio y acariciador de un sereno día primaveral de octubre ha seguido, en estas horas del anochecer, la exhalación fresca y húmeda de brumas que invitan a acercarse al fuego.

En el medio de la ruca están puestas en el suelo unas toscas piedras, en forma de una baja muralla ovalada que encierra el hogar. Manuel Llanquileo las colocó así cuando llegó a formar casa

JACINTO...7

mar casa y desde entonces no han sido movidas. Sobre ellas está tendido, de un extremo a otro, un trozo largo y grueso de duro ~~nire~~ nire. Debajo arden astillas menudas. Sus llamas inquietas recorren, crepitantes, el grueso palo con movimientos temblorosos. Lamiéndolo con sus lengüitas, de ignea rojez o de alba incandescencia.

El fuego refulge con resplandores de color rojo oscuro sobre el hollín que cuelga, como una hilera de flecos de lana negra, del techo de canoa y alumbra con reflejos de rojo más claro las caras de los moradores de la ruca que están sentados en torno al hogar, en su acostumbrada actitud taciturna.

Sentado anchamente sobre una baja banquilla, labrada cerrilmente de una sola pieza de roble pellín, está Manuel Llanquiqueo. ~~xxxx~~ Con sus gruesos dedos sostiene un mate de calabaza. Está chupando el mate amargo con una bombilla de plata que le hiciera un platero mapuche. Sus chatos pies descañan y se calientan en la ceniza del hogar. Lleva pantalones rotos, amarrados por la cintura con una faja de lana con arabescos rojos y blancos; es el llamado "traruwe". Su camisa sucia y abierta, sin botones, deja ver un formido pecho, cubierto virilmente de largos y tupidos pelos. Los cabellos grises de su cabeza forman enmarañados mechones. El vivo reflejo del fuego ilumina su cara que es ~~xxxxx~~ de anchas quijadas y llena como una prieta. Los labios inferiores están torcidos desmesuradamente hacia abajo y tiene el aspecto de una salchicha frita recién reventada en la sartén. Manuel es hombre gordo, la figura típica del hoigazán que se siente en su dignidad de dueño de casa, con autoridad y derechos indisputables de ser servido por las mujeres de la casa y de gozar de la pereza y del interminable matear. En su cara hay una ^msepierna sonrisa que, ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ al parecer estúpida y bonachona, revela ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ una rica dosis de astucia y socarnería.

Interrumpiendo de pronto su actitud taciturna con un sonoro "wétre nei" (hace frío) pasa el mate a Isabel, una de sus hijas y escupe, al mismo tiempo, con certera trayectoria hacia la puerta.

"wétre nei", repite como un eco Margarita, la mujer mayor de Manuel y con su voz tímida y quejumbrosa de india añade: "quien sabe si habrá helada esta noche" Su expresión semejó el llanto de las gualas en los solitarios lados cordilleranos. Ella

JACINTO...8

está sentada al lado de Manuel ,pero en el suelo sobre una matra. Tiene alrededor de 55 años, es obesa y de cara redonda. Lleva una "ipélla" o capa grande de color negro con listax azul en el borde, amarrado por el cuello con una espina larga. Sobre el pecho luce un gran "tupu", disco de plata de superficie convexa y provisto de una aguja que permite clavarlo como prendedor. Sobre las rodillas de Margarita está sentado un chico de seis a siete años. Es un niño sucio, cubierto con una camisa rasgada y pantalones rotos, amarrados con una "traruwe" angosto y de variados colores. Es el chico Gregorio, ágil muchacho que tiene ya el oficio de cuidador de ovejas.

Se hielará la siembra prosigue Marta, la segunda mujer de Manuel Llanquiqueo, de unos 40 años de edad. Está sentada enfrente a Manuel en el suelo, sobre una piel de oveja. En sus brazos tiene una niña de tres años, criatura de cara pálida y cabeza tiñosa. Esta niña y Gregorio son hijos de Marta. La cara de la niña es de facciones alargadas y finas; sus ojos tienen una mirada velada y melancólica; los dedos de sus manos terminan en ~~zerrretiz~~ ovaladas puntas.

De repente se oye un ruido sordo y retumbante en el corral; balidos lastimeros de ovejas y carreras en tropel de un lado a otro.

- Se asustaron las ovejas-dice la obesa Margarita.

En un rincón oscuro de la ruca suena la voz cavernosa de la vieja Quinturay:

- "Miaukei wekufú" (El diablo anda por aquí).

Su alma ingénuo y temerosa de anciana indígena sospecha tras de todo peligro o susto la ~~prx~~ influencia maléfica del "wekunú", que hace sus terribles rondas en figura de agoreros pájaros nocturnos acercándose a las habitaciones humanas para lanzar sus aciagos flechazos a algunos de los moradores o para chupar la sangre de las ovejas del corral.

Quinturay es el amable sobrenombre de Antonia Lefiu, mujer de ochenta años, madre de Manuel Llanquiqueo. Es flaca como un esqueleto, de carnes secas y brazos huesudos. Su cara enjuta está surcada de profundas y mugrientas arrugas; es como un pergamino antiguo, ajado y amarillento en el cual está escrito, con letras apenas descifrables, la historia de casi un siglo de vida indígena. Ella vivió los tiempos gloriosos en que los indios de estas regiones sureñas ubicadas entre el Cautín y el Valdivia, vivían sin roce con los "winkas" (extranjeros) en una vida de independencia con todas

jacinto...9

las costumbres de la raza; con aquellas costumbres que hoy se extinguen poco a poco. Ella recuerda que en sus años de infancia los hombres salían a las regiones limítrofes de la Argentina', desde donde traían piños de animales robados. Fué testigo de luchas de su raza por la existencia; de las opresiones que ejercían los "winkas" inescrupulosos; de las usurpaciones violentas de sus campos; del avance de la cultura ajena; del efecto pernicioso del "winka-pülku" (vino), y de la reducción del indígena a títulos de merced. Quinturay es una sobreviviente de la antigua y soberana indiada, como esos palos mortuorios llamados "chel-mañell", que se ven ya muy raras veces en el campo, sobre antiguas tumbas, últimos testigos de una vida salvaje que coemnzaba en el "küpülwe" (cuna araucana) y terminaba en el solemne "awün" o sea con las danzas y vueltas a caballo que se ejecutaban con chivateos y salvajes gritos en los entierros en honor a los difuntos.

Cubierta de un chamal, está sentada entre un montón de papas y un saco de cuero, el llamado "kutana". Tiene sobre sus rodillas, tendido horizontalmente, el "küpülwe". Es la cuna del niño menor de Marta, de unos ocho meses de edad. El niño es enfermizo; Después de lloriquear largo rato, se ha dormido, mecido pacientemente por las rodillas de la anciana.

Las otras mujeres de la casa son Isabel y Clorinda, ambas hijas de Margarita.

Isabel, la menor, con sus veintidos años, no presnetta más de diecisiete. Es una niña de cuerpo diminuto, de estatura pequeña, de ojos oblicuos con mirada ~~honestada~~ bondadosa ingenuidad infantil. Lleva el cuello erguido con tiesura, envuelto en el "trarü-pel", collar alto de tejido de lana, cubierto de cupulitas de plata. El único acontecimiento memorable de su vida hasta el momento había sido un viaje a las tierras de Hüttag, reducción de los antepasados de Manuel Llanquiqueo.

En esa ocasión ~~había~~ ^{salio} por primera vez de este estrecho valle de la Cordillera y volvió contando grandes novedades: un pueblo de "winkas" con calles largas, con mucha gente, con mujeres vestidas enteramente distintas, con casa grandes y con tiendas llenas de trapos. Oyó hablar en aquel viaje del tren. Lo conocían ya algunos mapuches que habían oído decir que el tren seguiría hacia el Sur, hasta Puerto Montt. Isabel hacía esfuerzos

jacinto... 10.

esfuerzos para imaginarse una casa grande, en la que van muchos "winkas", rodando sobre dos fierros largos. Otra variación de su vida la tenía todos los veranos cuando acompañada de su madre y de Glorinda se iban a Halalafkén para hacer queso.

Glorinda, su hermana mayor, es mujer más corpulenta, de cara redonda, con una marcada expresión de cansancio y resignada tristeza en sus grandes ojos, efecto de la primera tragedia de su vida de mujer indígena. Es viuda joven, tendrá 24 años. Estuvo casada durante unos meses con Vicente Nanco que vivía en Remeco, al sur de Coloco. En mayo de ese año volvía Vicente, acompañado de otro mapuche, del molique de Curaco. Tras varios días de incensantes lluvias torrenciales había ahondado mucho el impetuoso arroyo de Huirinlil que cruza el camino entre Curaco y Remeco. El agua se lanzaba en atronadoras cascadas desde lo alto de las montañas y se precipitaba, con estruendo ensordecedor, contra los peñascos que están en medio del lócho. El compañero de Vicente sentía temor y trataba de persuadirlo de que volviesen prudentemente a una casa vecina. Pero Vicente, locamente envalentonado por el exceso de alcohol, dió con tozudez vehementes espionadas a su caballo, como si buscara la muerte. La bestia flaca y sin fuerzas resbaló sobre las piedras y arrastrado por la brutal fuerza de las embravecidas aguas, chocó violentamente contra un peñasco. Los gritos angustiosos del compañero que llamaba a Vicente se perdieron en el salvaje bramido del enfurecido elemento. Llevado por la corriente, el infeliz se estrelló contra una piedra y desapareció en las hervosas aguas.

Después de varios días de desesperada búsqueda encontraron los habitantes de Coloco y de Remeco su cadáver entre unos palos sumergidos en la orilla del río Llancañil en el que desagua el arroyo Huirinlil.

Glorinda

Para Gloria se había extinguido una luz de su vida, pues Vicente era un buen hombre. Pobre y floje sí, pero de buen apacible carácter. No tenía otro defecto que la inclinación a la embriaguez con ocasión de sus viajes mensuales a Curaco. Pocas semanas después de la tragedia, Glorinda, presa de un mudo dolor, dió a luz, antes de tiempo, una criatura débil

Jacinto.. .11

constitución que pocos días más tarde fué sepultada al lado de Vicente en el solitario cementerio de Coloco.

Clorinda está sentada delante de la olla que se ha puesto en el fuego para coger piñones. Tiene en la mano un gran cucharón de palo. De vez en cuando saca un piñón para probarlo y vuelve a tapar la olla, diciendo: "Petu Afúlai" (Todavía no están cocidos).

Otra vez se oye un ruido.

Es el galope retumbante de caballos que así todos ponen en alarma. Pues en el fondo de sus almas está vibrando desde el mediodía la esperanza de un acontecimiento grato en su monótona y lánguida vida.

- "Akui Jacinto" (llega Jacinto) exclama Clorinda y se levanta. Por un momento, su cansado rostro se ilumina con el brillo de repentina alegría. De pie, con el vistoso "frarllonco" y la capa larga de la "ikúlla" que cae elegantemente de los hombros hasta los tobillos, presenta una magnífica figura, iluminada por el rojo resplandor del fuego.

Todos se fijan con atención en el ruido del galope. Los flacuchentos perros han salido, por un hueco de la puerta, a correr ladrando al encuentro del caballo.

Jacinto Neculpán, sobrino en segundo grado del viejo Manuel, debería llegar hoy. Domingo, hijo de Manuel, que vive en otra ruca de Coloco lo había visto ayer en Curaco, lugar que dista de aquí unas seis horas a caballo. Trajo la noticia que hoy llegaría Jacinto y que venía a establecerse definitivamente en Coloco.

Todos lo esperaban con explicable ansias, pues su llegada ha de ser una sensación agradable, de novedad en la monotonía de sus vidas. Isabel le ofrecerá luego el mate; pues llegará con sed. Clorinda le servirá un plato de humeantes piñones y le preparará un asado ("kankan-ilo") del trozo de carne de cordero que cuelga del gancho de un poste de la ruca.

Pero Jacinto no llega.

Los que vienen son dos jinetes de Curaco y pasan de largo. Las herraduras de sus caballos chocan con metálico ruido contra las piedras del camino. Son dos carabineros de Llancañil,

Jacinto...12.-

lugar de Avanzada de Aduana que está unas cinco leguas más al norte de aquí, cerca del nacimiento del río Llancahuel.

Manuel conoce el paso ligero de sus caballos herrados y dice: "Karabinero rupaino" (pasaron los carabineros).

La conversación adquiere ahora más animación. "¿Por qué no habrá llegado Jacinto? El tema lo comentan con diferentes suposiciones y en las voces finas, siempre lastimeras de las mujeres hay un timbre de marcada desilusión. Las esperanzas de un grato acontecimiento han sido defraudadas.

Hasta la anciana Quinturay exclama en son de quejido y temor a la vez: "Fochr, akulai" (¡Ay! no ha llegado) ¿Qué le habrá pasado?

Se han perdido ya en la lejanía los ladridos de los perros y ha vuelto a reinar el silencio de la noche.

Clorinda se sienta de nuevo delante de la olla. El momentáneo brillo de alegría se ha extinguido en su rostro, para dar lugar a la acostumbrada expresión de tristeza.

Ha pasado un día más en la ruca de Manuel Llanquiqueo, uno de esos días siempre iguales, sin agitación, sin novedad, sin un sacudimiento grato; un día más de esa vida lánguida y solitaria, semejante a la dormida quietud de pequeños y desconocidos lagos en las alturas de la cordillera.

Cerca de Coloco, en una pequeña hondonada tras la enhiesta cumbre de un cerro, existe uno de esos lagos ignorados que no figuran en ningún mapa. Es el lago Halalafkén, engastado como una joya de color cobalto entre soñolientas selvas vírgenes.

Sólo de tarde en tarde pasa en los meses de verano algún viajero indígena cerca de la orilla por el estrecho sendero, en busca de animales que pastan en los coironales. Al golpe retumbante de los caballos se asustan por un momento las tristes gualas y lanzan alarmados gritos quejumbrosos, pero tan pronto como se pierde el sordo ruido en las espesuras del bosque, vuelve el dormido lago y las bandadas de gualas a su habitual quietud.

Con el "¡ay, no ha llegado!" de la anciana Quinturay se ha apagado la conversación, como el fuego que muere en un tronco carbonizado.

JACINTO...13.

Pero Jacinto ya no llegará.

Manuel masca ruidosamente los piñones que va extrayendo de un platá que Clorinda le colocara por delante. Las cáscaras son escupidas lejos para satisfacción de los perros de la ruca, que, siempre hambrientos, husmean ávidamente en la esperanza de encontrar un pequeño resto del harinoso fruto.

Los demás contentulios también reciben su plato. Al chico Gregorio se le echa un puñado sobre el suelo.

Mientras los demás dan fin a los últimos piñones, Manuel hace roncar otra vez el mate al, tiempo que lo acaricia como diciendoles buenas noches.

La noche avanza. El sueño desciende sobre la ruca.

"Gracias mai" - dice Manuel al devolver el mate y bosteza fuertemente..

El fuego está casi extinguido.

"Umautui pichiche" (se ha dormido la chica), dice Marta. Clorinda extiende pieles de ovejas y acuesta a los chicos tapándolos con frazadas de lana. A todos les prepara cama a lo largo de las paredes y pone para los grandes, en la cabecera, un palo ixrga redondeado que cubierto de un cuero sirve de almohada. Isabel, entretanto, entierra en la ceniza los restos de ascuas para desenterrarlos mañana de nuevo y encender, soplando, el fuego.

Pronto se oye en el silencio de la ruca sólo el acompasado y silbador ronquido del viejo Manuel, mientras afuera, en la noche fría y despejada de primavera, continúa la salvaje canción del río impetuoso en la profundidad del valle y el susurro confidencial del viento en el follaje de los árboles, bajo el ensueño mágico de la sonriente y clarísima luna llena.

- Dejemos, venerable amigo, que Manuel Llanquiqueo duerma con inocente ronquido- me atrevo a interrumpir-. Dejemos, agregó que las jovencitas de la casa sueñen con el deseado Jacinto y por favor, mientras el silencio bullicioso de la naturaleza todo lo envuelve, salgamos a excursionar bajo la plateada luna hacia la incontaminada soledad de las cumbres rocosas donde se mecen las Araucarias, ya que a los piñones se refirió a Ud. al hablar de la merienda de esta familia.

JACINTO. . 14.

Uno de los principales alimentos que brinda la naturaleza al indio de la cordillera son los piñones- relata mi informante. Los piñones son más valiosos que el "kollof" y que los mariscos para los "Wafkenche", tribus que habitan a orillas del mar. El piño montañés, la llamada Araucaria, que se aleja más de los hombres y que allá en las alturas recibe las primeras caricias del sol naciente y los últimos fulgores del astro agonizante, es el árbol con filantrópica generosidad esparce en otoño sobre el suelo las piñas, frutos que en forma de cabezas encierran, como en un estuche, los piñones. Los mapuches van en los meses de Abril y mayo, en caravanas, a los pinales trepando por escarpadas huellas con sus pequeños, pero resistentes caballos. Debajo de los corpulentos ramajes se hace la cosecha que exige un trabajo de paciente menudencia. Hombres, mujeres y niños, hincados en el suelo, descabezan con ambas manos los piñones cuyas puntas inferiores están embutidas en la masa fibrosa de la piña y los echan en sacos. En el fuego se asienta la olla para hervir agua de alguna cercana vertiente. De vez en cuando se interrumpe el trabajo para matear gratamente y para comer unos puñados de piñones cocidos. Cuando al cabo de varios días están llenos los sacos, seis, ocho, o según la necesidad de la familia, los amarran en la montura de los caballos y los bajan por la huella, contentos de llevar a casa las provisiones del invierno.

- ¿Cómo conservan los piñones?

- Parte de la cosecha la guardan en tierra húmeda para preservarlos de la putrefacción y a otra parte le sacan las cáscaras para desmenuzarlos, secarlos al sol y guardarlos a manera de chuchoca.

Y en así diciendo, el anciano sacerdote guarda silencio y cerrando los ojos trata de reponerse buscando en sus recuerdos el argumento de un nuevo capítulo, que quiere fugarse de su mente por culpa de mis interrupciones.

Aprovecho a mi vez para meditar y al verlo con los ojos cerrados en actitud de orar pienso en que poco chilenos son muchos chilenos nacidos en Chile. Este, en cambio, que nació en Alemania y ya grande se cobijó al abrigo de nuestra patria, ha venido dejando una huella profunda, ancha y expedita por las que hemos caminado muchos en busca de la verdad

JACINTO...15.

Helo aquí dándonos a conocer la vida y las costumbres después del pueblo de Ercilla tal como él lo ~~era~~ redescubriera 400 años después que el gran soldado poeta lo inmortalizara en La Araucana. Al meditar, ¿ahora la tierra natal? o ¿es sólo Chile y los mapuches que nos preocupan lo que bulle en su mente? Interrumpirlo sería un sacrilegio, es por ello que aguardo con religioso silencio mientras viene a mi memoria un episodio familiar de no ha muchos días. Estábamos en los postres de un ~~familiar~~ almuerzo todos los míos más él. Mi hijo tomó una acordeón y lo obsequió con algunas canciones del folklore pascuenses. Entonces el lo interrumpe y le dice: "Sabes Erica? . El niño sin contestar soltó al aire los primeros compases de esa hermoso y popular canción alemana. El sacerdote cerró los ojos y estuvo ausente de la isla durante algunos minutos. Tan ausente como ahora que seguramente anda en busca de escenas en los contrafuertes de la cordillera anquina donde se consume poco a poco la indómita raza araucana.

Esta vez es él quien me sorprende meditando y me saca de mi ensimismamiento al decirme:

- Ya está. El próximo capítulo lo llamaremos "KA MAPU ANUAU"

JACINTO... 16

" KA MAPU ANUAU "

El boldo es árbol de melancólica mirada. Su ramaje no se lanza a las alturas, con ese atrevimiento de los robles y de los coihues que quieren desafiar los vientos más recios. El boldo es humilde, queda cerca de la tierra y dentro de la fronda tupida y globosa de sus hojas oscuras y aromáticas parece vivir con un alma retraída y encimismada. Más resalta aún este carácter del boldo cuando se nos presenta solo, como boldo oscuro y solitario, en medio de la parda tersura de un campo limpio y barbechado.

Esta melancolía de un solitario boldo, unida con blanda lasitud e infantil ingenuidad, se expresa en los ojos grandes, negros, brillantes del joven mapuche que va trotando en su pequeño caballo bajo por el estrecho y angosto camino de Curaco a Llancafl.

La tez ~~xxxxxxxx~~ es de color amarillento pálido. Los negros cabellos tienen un brillo azuleso y llegan, bajo las alas caídas de su viejo sombrero color café, casi hasta la mitad de su angosta frente.

Es Jacinto Neculpán, esperado desde ayer en la ruca de Manuel Llanquiqueo.

Se había quedado en Curaco, en compañía de su amigo Diego Pichún con quien se había venido, en el verano pasado, desde la región de Chubut, en la Argentina.

Entre recuerdos del pasado y proyectos ~~del~~ para el porvenir se prolonga tan gratamente la conversación. Diego lo convidó el día anterior por la tarde a tomar en el boliche de Curaco. Al lado de un modesto almacén que provee las esvasas necesidades del campesino hay una de esas cantinas del campo, desmantelada y penetrada de olor nauseabundo a alcohol. No se ven más objetos que algunas hileras de botellas de aguardiente y de cerveza, copas sucias, un barril abierto de vino tinto y un mostrador pegajoso con lustrosas manchas de licor. Para los mapuches de la región es este local un escenario de sus expansiones emocionales en medio de la aridez de su monótona vida diaria.

Con Jacinto y Diego se juntaron varios otros mapuches ~~del xxxxxgiénx~~

Jacinto 11.17

y se embriagaron en la horas perezosas de la tibia tarde de primavera. Jacinto no tiene el vicio de la embriaguez, pero le falta la energía para rechazar las invitaciones de compañeros en tales ocasiones.

Cuando estaban ebrios empezaron a hacerse manifestaciones de empalagosa sentimentalidad. Se abrazaban y cantaban en monótona melodía mapuche mientras las lágrimas rodaban de sus ojos vidriosos.

Jacinto sentía nostalgia de su tierra, recordaba la muerte de su madre y cantaba entre sollozos, y llantos y eruptos de borracho, una canción que había oído en su infancia:

Nielan nuke, nielax chau
nielan peñi, kuñifalngen .
Fuchi antü. l'ali, ngelai
Ngumayeasteu,
Kumifalngen, kumifalngen,
Amuanchi mai, amuanchi mai
ká mapu amuan
ká mapu amuan.

No tengo madre, no tengo padre
No tengo hermano, soy pobre
El día que me muera, no hay
quien lllore por mí.
Soy pobre, soy pobre,
Me voy pues, me voy, pues,
A tierra lejana me iré.
A tierra lejana me iré.

Al anochecer salía, por fin, el bullicioso y charlatán grupo de ebrios de la maloliente cantina. Después de llorar y gritar un largo rato desataron del bañón sus pacientes caballos para volver a sus tristes rucas. Poco a poco se perdieron los últimos lamentos y gritos en la lejanía del valle.

Jacinto durmió en la miserable choza de Pidúan. Al amanecer ensilló su caballo, comió un trozo de asado al palo, llorando aquí "churrasco", por influencia argentina, y siguió via je a Goloco.

El camino conduce primero a un largo vado del torrentoso río Llancañil. Al otro lado del río sube por una empinada cuesta a una altura en que hay algunas rucas indígenas. Los antiguos bosques de esa parte han quedado medio destruidos por el fuego. Entre los árboles que los roces dejaron

JACINTO...18.-

en pie y los troncos carbonizados y tumbados, se ven algunas pequeñas extensiones de siembras de los indígenas.

A una distancia de dos leguas de Curaco, el camino conduce por densos bosques, sólo de cuando en cuando en cuando interrumpidos por campos abiertos. Altos olivillos levantan sus troncos vestidos de suave musgo. Laureles de hojas brillantes perfuman la selva con agradable aroma. Enormes bokis trepadores, llamados "paulun" cuelgan de los árboles como sogas de campanarios. En toda la selva reina un silencio que tiene la solemnidad de penumbrosas catedrales góticas; pues son pocos los pájaros que pueblan las selvas de la Cordillera. Sólo de vez en cuando se oye el latir de alas de alguna torcaza que cruza el bosque en vuelo silencioso o el bronco alarido de un chucún. La luz del sol entra escasamente por entre el follaje y forma pequeñitos redondos que juegan sobre el musgo, al moverse las ramas en el viento.

A pesar del calor agradable del sol primaveral, se siente fresca humedad en el bosque; es la exhalación de numerosas vertientes chispeantes que se lanzan en espumosas cascadas de lo alto de las montañas, saltando de peñasco en peñasco cruzando a cada rato el camino para precipitarse hacia el fondo del río.

El alma de Jacinto está embargada de tristeza. Para él el día de hoy significa el día de hoy un cambio completo de vida, un desarraigo doloroso de su vida natal, desarraigo muy doloroso para el alma mapuche que siente un profundo apego al suelo de su reducción, asilo y último reducto de las antiguas costumbres de la raza.

Como veintidos años atrás, su tío Manuel vivía aún en las tierras de Huitag, comunidad de los Llanquiqueo y Neculpán, ubicadas más hacia el centro del país y al suroeste de esta región de la cordillera.

Un hacendado chileno, a quien llamamos Joel Mesa, había comprado un pedazo de terreno de esa reducción al antiguo casique Pascual Llanquiqueo Danguihuala. Eran sesenta hectáreas colindante con el fundo "La Esperanza". La reducción Huitag está situada al sur del antiguo departamento de Imperial. Por eso los indígenas de esa parte tenían derecho de enajenación con ciertas cláusulas establecidas en un decreto gubernativo en el que se

JACINTO...19

ordenaba que todas las compras de terrenos hecha a indígenas debía verificarse con intervención del Intendente de Arauco y del Gobernador de indígenas del territorio respectivo que el intendente comisionare especialmente para cada caso. La venta del terreno se hizo entre Pascual Llanquiqueo y Joel Mesa sólo ante un tinterillo con mutua promesa de respetar el contrato, en vida de que de parte de los demás comuneros no había oposición contra la venta. Mesa había pagado a Llanquiqueo seis-cientos litros de chicha de manzana, más trescientos pesos en dinero que se repartió entre los comuneros.

Después de la muerte de Manuel Llanquiqueo, varios de los indígenas de la reducción de Huitag reclamaron el pedazo de suelo como ilegítimamente enajenado. El más porfiado en exigir la devolución era Manuel Llanquiqueo, sobrino del viejo cacique Pascual. Después de varios comparendos ante el Intendente de la Provincia se llegó, al parecer, al común acuerdo de que los indios aceptasen una pequeña suma como indemnización y respetasen el convenio. Pero antes de recibir esa suma, tuvieron ella nuevamente un consejo entre sí y tomaron la resolución de recuperar el terreno por la fuerza.

Un día los indios armados de hachas, se lanzaron al campo para agredir al inquilino de Mesa. Con éste se juntaron varios otros mozos y trabajadores del fundo quienes, con la lealtad propia del huaso chileno en defensa de su patrón, entraron en pelea sangrienta contra los indígenas que pronto se retiraron con cobardía. De un hachazo que recibió Manuel Llanquiqueo en ese encuentro data la cicatriz que lleva en la frente. La machi de Huitag, le hizo curaciones y durante repetidas noches se oía en la oscura ruca su monótono cantar y el ruido sordo, subterráneo del "kuntrún".

Cuando Manuel se había levantado del lecho y encontrándose una noche ausente, los inquilinos de Mesa le incendiaron la ruca.

La escena medrosa de la ruca en llamas que por unos momentos iluminó con rojo resplandor aquella noche y el llanto de las mujeres desesperadas están en este momento presentes en la memoria de Jacinto, mientras tira de las bridas para aligerar el paso de su cabalgadura. Recuerda que era entonces un niño que alarmado por los gritos salió de su ruca a presenciar la tragedia.

JACINTO...20

En aquella noche nació la idea de abandonar el querido terruño. Cuando a la mañana siguiente volvió Manuel del pueblo vecino se resolvió ir en busca de un rincón apartado de la Cordillera donde poder vivir lejos de las "winkas" siguiendo el ejemplo del viejo José Carinao que habita desde hace poco con sus hijos en la región de Llançalil.

José Carinao era de una reducción vecina de Huitag y había abandonado sus tierras de Yecomávida por un incidente semejante. Irse a la montaña virgen, era en ese tiempo un acontecimiento que todos consideraban arriesgado porque el mapuche tenía antiguamente recelo y temor a la montaña virgen. "Wekufú miaukei mawuida meu" (el demonio anda en las montañas) decían los viejos. Los Carinao que habían viajado mucho por Argentina y se habían despreñido de ideas antiguas, se sobrepusieron a esos temores. Sus animales prosperaron en el valle de Llançalil y como llegaron de vez en cuando buenas noticias de ellos se desvaneció poco a poco entre los indios el arraigado y casi religioso prejuicio contra la selva.

Manuel Llanquiqueo hizo primero solo un viaje a Curaco para consultar al casique Eliseo Marillanca, conocido con el apodo de Lloftun. El casique le señaló Coloco como lugar apropiado para radicarse. Pronto fué con toda su familia y sus animales a Curaco para hospedarse en casa de Lloftun. Acomañado de dos hijos del Casique levantó una ruca de palos a pique y techo de canoa en Coloco y se trasladó allí con toda su familia. Hoy día vive allí como en una reducción de indígenas. Dos hijos suyos, hijos de su mujer mayor y un yerno, Juan Llancafilu, han establecido allí también sus chozas.

Con anuencia de Manuel Llanquiqueo que tiene en Coloco la autoridad de "lango" (casique), va ahora Jacinto a establecerse dejando tras de sí un triste pasado.

Tenía apenas ocho años cuando murió su padre, Alonso Neculpán Nollfunqueo. Jacinto estaba en el colegio Misional de Panguipulli estudiando las primeras letras del silabario y aproximándose a las primeras nociones del habla castellana cuando uno de sus primos fué a Panguipulli para llevarlo al entierro de su padre. Era su padre un araucano primitivo de esos indios leales y honrados; era un hombre serio, parco en palabras, sin

JACINTO...21

dobleces, incapaz de cometer una felonía. Distaba, en resumen, mucho de ser un indio falso y taimado. Podríamos agregar que era macizo como un roble. En una fiesta de chueca había centenares de indios de esa región. Era una fiesta solemne en que los jóvenes más diestros jugaban cubiertas sus caras con una máscara de cueros de ovejas a la usanza antigua. Al término de una borrachera, dos indios se fueron a las manos. Como uno de ellos sacó un cuchillo para herir a su agresor, Alonso Neculpán se metió entre los dos para quitar el cuchillo al hebrío furioso. Pero éste le atravesó las espaldas de una mortal puñalada.

La pobre viuda Francisca Llanquiqueo, madre de Jacinto, fué muy desgraciada. No tenía más que unas escualidas ovejas y por carecer de bueyes sólo obtenía algunas cosechas a medias con un colono chileno. De sus hijos murieron todos, menos Jacinto y Rosa que casó con Fernando Huete, comunero de Huatag.

Cuando Jacinto llegó a la edad de 20 años, hizo un viaje a la Argentina para ganar nacionales. Su madre abandonó la vieja ruca y fué a vivir con su yerno y con su hija.

En Argentina se empleó Jacinto en varias estancias como "postero" con la obligación de recorrer diariamente los alambrados. Juntó algunos centenares de nacionales y estaba ya a punto de volver a su tierra cuando un contratiempo aplastó su vida como una sombra negra. Estaba empleado en la región del Chubut cuando desaparecieron algunos animales de la estancia. Sobre él recayeron las sospechas de estar implicado en el robo. No supo defender su inocencia y fué por seis meses al calabozo. Los rudos policías argentinos, hombres desalmados de caras curtidas por los ardientes vientos de la árida pampa, además de azotarlo, le quitaron también el dinero que tenía guardado en su cinturón de cuero. Cuando al salir de la prisión reclamó su pequeña fortuna ante el juez, éste se burló de él y el policía de la sala lo empujó a la calle.

Había quedado pobre. Como indio tímido y despreciado no se atrevió a hacer un nuevo reclamo. Despejado de sus ahorros no pudo volver a su tierra, como lo habría deseado hacer y se empleó en otra estancia. Allí conoció a Diego Pichún.

JACINTO NECULPAN...22

Por fin volvió al cabo de cinco años de ausencia. En ese tiempo pasó por esas regiones un comprador chileno de animales para internar una gran "tropa" por el boquete de Fromen que está a un día de distancia de Curaco. Jacinto y Diego se contrataron como arrieros y llegaron en el mes de enero de este año a Chile arreando las manadas de novillos en un viaje de cuarenta días desde Chubut.

Cuando llegó a su tierra, su madre estaba ciega y gravemente enferma. La llegada del hijo fué para la moribunda la última llamada de alegría. Poco después la sepultaron en el cementerio indígena de Huitag junto a unas pocas cruces dentro de rejas de rústicos palos cubiertos de grises líquenes.

Al volver del entierro de su madre, Jacinto exclamó: "ka mapu amuau" (A tierra lejana me iré.)

Haciendo estos tristes recuerdos de su vida de indígena, sale Jacinto ahora del húmedo y penumbroso bosque para entrar en una pequeña pampa saturada de risueña luz de la tarde. La vegetación no es exuberante, porque el suelo es tan arenoso que parece haber sido en épocas anteriores lecho del río. Sobre el ralo pasto se levantan algunos arbusto de pelú. Sus cónulas de color amarillo claro son las primeras creaciones de la cartígia primavera que de unas pinceladas alegres y frescas endonesa al solitario paisaje. Una bandada de tréguiles se levanta de la pampa y emprende el vuelo llenando el valle de chillonas voces.

Jacinto se desmonta para aflojar por un momento la montura y levantándola orear el lomo del cansado caballo. Aprieta nuevamente. La bestia lanza un fuerte bufido y sacude su cuerpo. Como todos los mapuches que han viajado por Argentina, viste Jacinto a manera de gaucho: Su silla de montar es el asiento ancho de bastos; los estribos son de palos redondeados. En vez de botas lleva alpargatas; sus pantalones de bombacha están amarrados por el típico cinturón de cuero provisto de catteras y ebilla de plata. Lleva una chaqueta de borlón amarillo y al cuello un pañuelo negro de seda.

Ya no le falta mucho para llegar a casa de su tío. En una hora más ya estará en Coloco. Atravesará nuevamente un bosque por el estrecho sendero que pasa entre millares y millares de cañas de colihue y al fin, saliendo del bisque divisará la planicie de Coloco.

JACINTO...23

La tarde está declinando. El sol ha trasmontado el horizonte y sus últimos fulgores asparcen aún reflejos de rosa en las alturas. El día primaveral parece despedirse con una sonrisa de las cumbres más elevadas de la montaña, mientras que en los pliegues laterales de la sierra, en aquellas arrugas de la anciana faz de la tierra, se han anidado ya las negras sombras crepusculares.

Jacinto siente una sensación de alivio al acercarse a Coloco. A su alma vuelve ahora esa misma visión de futura prosperidad que lo ha inducido a abandonar su tierra natal. Una de esas visiones o ilusiones que pueden ser luces o espejismos, realidades o fantasmagorías.

En las estancias argentinas y durante el arreo por los polvorientos caminos, ha visto Jacinto riquezas de animales y en él ha nacido el sueño de una futura crianza en la cordillera. ¿Por qué no habría de ser posible prosperar como los "winkas"? ¿Por qué quedar en la pobreza abyecta de la mayoría de los indígenas que viven en el interior del país, en sus reducciones, en vez de ir en busca de nuevas tierras en la montaña y engordar animales con sus abundantes pastos?

Al mismo tiempo se siente acariciado por la visión de un futuro hogar. Manuel Llanquiqueo tiene dos hijas, Isabel y Clorinda. Jacinto desea casarse. Los afectos amorosos de su alma de mapuche no van determinadamente hacia una de ellas. Se casará con la que el tío Manuel le entregue como futura mujer.

Los ojos grandes, oscuros, tristes, de Jacinto adquieren, al reflejo de estas visiones un brillo de alegría. Es como si un cálido y risueño rayo del sol vespertino iluminara al triste y solitario boldo con una benéfica ilusión de promisión y de esperanza.

Ya no apura a la bestia. Está tan cerca que acelerar el paso sería caer de lleno en la realidad sin dar punto final a sus optimistas proyectos.

Ladran los perros. En la ruca de Manuel hay un nervioso ir y venir. Esta vez ya no fué en vano...

jacinto

24 .-

ooo
o o o

-¿Con cual de las hijas de Manuel Llanquiqueo formará su hogar Jacinto Neculpán? , ¿Se me ocurre que con la primera que salga a recibirlo. Me atrevo a interrumpir y guardo respetuoso silencio mientras espero la respuesta.

Ya el sol se ha ocultado tras el horizonte y la escasa luz que entra por las estrechas ventanas permite sólo una charla sin apuntes. El sacerdote amigo cambia de postura en el acogedor sillón y mirando la puesta de sol a través de los desnudos vidrios me dice:

- A lo mejor se casa con las dos, pues es de suponer que ambas muchachas han corrido a un tiempo para recibir a Jacinto que para ellas es sin duda un príncipe anhelado. Pero dejemos por ahora las frías y húmedas selvas de Coloco para ~~dar~~ gozar de este paisaje maravilloso ~~que nos regala~~ conque nos regala la vista el crepúsculo pascuense.

Entonces, ambos salimos al pórtico de la casa y en muda ~~excepción~~ contemplar vamos describiendo mentalmente los maravillosos y fantásticos castillos encantados que pinta el sol con sus últimos rayos al cruzar con ellos las espumosas nubes.

Hay algunas que se pintan de manchas rojas, como el alba vestido de un niño sobre el que se ha derramado la tinta conque subraya los títulos de sus lecciones. Otras se ruborizan como las mejillas de la adolescente que acaba de oír la primera palabra de amor. Mas allá se ven algunas empujadas por el viento que semejan mujeres ^{viejas} vestidas a la antigua, que van huyendo de la escoba que quiso castigar una intriga. ¿Acaso aquellas nos son ovejas gigantes que pacen en el cielo? ¿I esas otras no son iguales a los "moai" del Rano Rarako?

Ambos seguimos contemplando el cielo como si estuviéramos orando . I esta muda contemplación al infinito, ¿no es acaso una oración?

Las primeras estrellas hieren la retina de nuestros extasiados ojos, cambiamos una mirada de inteligencia y sólo entonces comprendo que la clarividencia de su mente había ido más allá del pintarrajeado crepúsculo y que ya tenía esbozado

Jacinto...25

el capítulo siguiente:

- Ya es tarde, me dice. La incomparable belleza de este cielo ha traído a mi memoria un "coyagtán" que presencié en aquellas regiones de Coloco que vienen siéndonos familiares pues sospecho que mis relatos le están interesando más de lo conveniente.

- Confieso que sí, - le expreso- pues creo mi deber hurgar en sus recuerdos cuanto sea necesario para dar forma a sus interesantes relatos que estoy seguro merecerán el aplauso y la gratitud del público lector.

Estirándole la mano en un fraternal hasta mañana evito un inmerecido elogio y corro bajo la luna en demanda de los tipos de mi máquina.

JACINTO...26.

K O Y A Q T U N

Había pasado una semana desde la llegada de Jacinto a Coloco. Dos días antes se había despeñado en la montaña una vaquilla de Manuel Quilaqueo. Era un animal gordo de tres años. A pesar de la mucha nieve que cubre toda esta región durante los rigurosos meses de invierno, los animales no se enflaquecen hasta reducirse a miserables esqueletos como acontece en otras reducciones indígenas del centro del país donde se acaba el pasto. Aquí en la nevadas cañadas de la cordillera, los tupidos quilantrales de la selva proporcionan a los animales suficiente alimento.

La vaquilla se había resbalado de un peñasco y había caído sobre puntiagudas e inflexibles cañas de coligue, de manera que quedó lastimosamente herida cual si hubiera sido traspasada por afiladas lanzas. De lejos se oyó el rúgido feroz del animal y los hijos de Manuel, Domingo y Alfonso, fueron con Jacinto a ultimarle con una piadosa puñalada al corazón y lo trajeron al galpón que está al lado de la ruca.

La muerte accidentada de un animal produce en los ánimos de la gente y aún del mismo dueño una sensación agrídulce de pérdida grata. Por varios días habrá abundancia de carne, cazuelas, y churrascos, y concurrencia de todos los vecinos; pues el acontecimiento lamentado exteriormente, pero celebrado con regocijo interior, se propaga con asombrosa rapidez de ruca en ruca.

Esta mañana ha llegado José Carrinao de Llancalil, el padre de los numerosos Carrinao de esa región. Es una figura mareada de viejo mapuche. Está sentado en la ruca de Manuel sobre una banquilla labrada toscamente, el "huancu". Clorinda ha puesto sobre el "huancu" una piel de oveja y una manta de hermosos colores para ablandar el asiento. El respetado anciano de Llancalil, casado anteriormente con tres mujeres, de las cuales han muerto dos, viste la antigua "chiripa" y una manta de color amarillo de michai. Su frente está amarrada con un viejo pañuelo azul. Dentro de este rebozo suben enredados mechones de cabellos grises. A la manera de los antiguos suele aso-

JACINTO..27

learse tendido en el suelo en los cálidos días de verano. Su rostro enjuto, de pómulos prominentes y facciones marciales, tiene un color cobrizo, mezclado de matices azulados como hojas secas de lingue. Sus ojos son oblicuos, como la raza mongólica, pequeños y vivos. Del bigote y de la barba le quedan muy pocos pelos raños duros y recios como cerdas; pues según la antigua costumbre de los hombres valientes y aguerridos de la raza se arrancaban los pelos.

El mate amargo circuló entre los hombres de boca en boca. Está Manuel, el "Ngn-ruka", sentado ancha y cómodamente, como siempre, con la sonrisa picaresca en su rostro, están Jacinto, Domingo y Alonso.

Domingo es el hijo mayor de Margarita. Es un joven de unos 35 años, de rostro tostado y mirada dura y fija. En la conversación suele tomar parte haciendo frecuentes preguntas en tono áspero, seco y exéptico. Da la impresión de indio desconfiado e incrédulo que repite las mismas preguntas como quien pone todo en duda y no se deja convencer tan fácilmente. La contextura de su cuerpo es fuerte y recia como los gñiars de la Cordillera alta; duros, nudosos, torcidos.

Alonso, hijo menor de Margarita es más rudo de aspecto; pero de genio más suave. Mientras en el rostro terso de Domingo no se asoma nunca una sonrisa, Alonso ha heredado de su padre un aspecto más accesible y jovial y habla con voz más blanda.

Ambos andan mejor vestidos que los viejos y llevan botas largas. Domingo ha hecho el servicio militar en la guarnición de una ciudad del sur y ascendido al grado de cabo.

Ellos viven en rucas cercanas que se encuentran a pocas cuadras de allí, en la orilla del camino que conduce a Llançalil.

La conversación versa sobre los animales. José Carinao habla de la pronta marcación y de los muchos animales que posee con sus hijos en los prados de Llançalil. Calcula el precio que los animales tendrán probablemente en las próximas ferias de un pueblo que está a una distancia de dos días de viaje al noroeste de Llançalil. Se trae a la memoria las deudas contraídas con los dueños de moliches y se discute principalmente si es preferible vender los animales a los compradores que pasan por la región o en la feria misma.

José Carinao habla mucho y Manuel repite con frecuencia:
- "Felei mai" y "Fei lle mai", asistiendo a las pala-

Jacinto... 27/17

bras de Carinao.

Viene llegando, durante la conversación, Manuel Pairefilu, yerno de Manuel Llanquiqueo, con su mujer y sus niñitos. Ella lleva en el "kupülwe", amarrada con una correa en su frente a su guagua. Manuel conduce de la mano a dos niñitos de 3 y 5 años. Vienen ellos envueltos sus cuerpecitos en un paño de lana, a manera de chamal, amarrado por la cintura con una angosta faja colorada, el "traruwe". Sus caritas son mofletudas y sucias; los cabellos negros están más bien tusados. La mirada huraña y displicente de los ojos revela al niño mapuche de mentalidad recelosa y agena al contacto con personas fuera de su ruca. y su estrecho mundo de salvaje soledad entre la montaña virgen y el río impetuoso.

Manuel Pairefilu es hombre de unos 40 años, de cara amarillenta y ojos bondadosos. Viste un traje azul y lleva botas que llegan hasta las rodillas y, por el cuello, el muy argentino paño negro de eseda. Ha viajado algunos años atrás, por la pampa argentina. Las facciones de su rostro son más refinadas y no revelan tanto al mapuche. En él hay mezcla de sangre, porque de parte de su madre, es descendiente de un antiguo cautivo. Su abuela materna era hija de una familia chileno-argentina. En un viaje que hizo esa familia por la costa de Arauco, ella fué robada, siendo aún niña, por los indios y escondida cautelosamente por muchos años. Sus padres, angustiados terriblemente por la ignota suerte de su hija que apenas tenía diez años, hicieron durante largo tiempo todo lo posible por averiguar su paradero y rescatarla de la esclavitud. La niña había sido llevada a un rincón apartada e inexplorado de la cordillera, por donde en aquellos tiempos no entraban todavía chilenos por ser secciones pobladas de indios salvajes e indómitos. Por varios años, la niña fué llevada también a la Argentina donde vivía, bien custodiada, en el territorio del antiguo "longko chaiwehe". Poco a poco se fué acostumbrando a la vida indígena y olvidó casi por completo su idioma materno. Más tarde la raptó el casique Herapill de una región al sur de Huitag. Se había transformado en una mujer indígena en cuanto al idioma y a las costumbres y conservaba sólo un recuerdo vago de su infancia. Cuando al cabo de muchos años

Jacinto 28/49

pasaron los primeros chilenos por esas regiones, la anciana cautiva llamada "Keshe-pellú", contaba con lágrimas en los ojos que no vestía siempre como ahora, sino que en su lejana infancia vivía como los "Wingkas", en una casa de "ricos" cuyos nombres ya no recordaba más.

Manuel Paineofilu, nieto de la cautiva, yerno de Manuel Llanquiqueo es de carácter amable y servicial. Es el hombre de confianza de los carabineros de la región. Vive en un pequeño alto, cerca de la ruca de su suegro, pero algo retirado del camino. Ha estudiado tres años en un colegio misional de los Capuchinos y tiene mejor letra entre los jóvenes de Coloco que saben manejar la pluma. En su ruca hay un tintero y demás útiles de escribir, en una repisa sobre la cama. El lee a los demás las pocas cartas que llegan de tarde en tarde al boliche de Curaoco para alguno de ellos y redacta también las cartas de contestación, como el más letrado o perito en esta materia. Para comenzar y terminar las cartas dispone de algunas frases de cortesía y no omite nunca poner "urgente" en el sobre, al lado de la dirección, pues supone que con esta advertencia el correo pondrá especial cuidado de hacer llegar lo más pronto posible la carta al destinatario. Como hombre entendido en letras goza de cierta autoridad entre los indígenas de la región.

Manuel Paineofilu y su mujer Juana Llanquiqueo saludan a todos pasándoles la mano con un "Marimari" para lagunos y un "Kuifi" para otros; estos últimos contestan con el hiperbólico: "Fuichá kuifi mai" (hace mucho tiempo pues).

En seguida va Juana Llanquiqueo a la rueda que forman las otras mujeres al lado de la casa en torno a un sauce. Algunas de ellas están ocupadas en preparar la comida. Es pintoresco el grupo de mujeres con sus colores alegres, sentadas en el suelo luciendo sus cabezas y sus pechos adornados con las "trarilongkos", trapelakuchas, tupus y con cintas de color verde encendido.

Aquí está Quinturay, la anciana de manos temblorosas y secas. A la luz del día podemos mirar mejor su figura de momia, con los ralos y desgredados cabellos de su cabeza, su cara surcada de profundas arrugas, sus brazos de esqueleto, su boca abierta, desdentada y sus ojos grises, apagados y sin brillo.

Jacinto... 29/40

Está Margarita, la gorda, Aurelia, la mujer de Domingo, Marta la de la cara fina alargada. Ella prepara la cazuela en una manzuda olla de fierro y la condimenta sacando una mezcla de sal y ají del "trngtrong" (ubre de cava que sirve de bolsa). Glorinda está de rodillas moliendo sobre el "kudi" un poco de trigo tostado con el "ñumkudi" en la mano haciendo de vez en cuando una pausa y mirando lejos con sus ojos grandes, oscuros y melancólicos. Los cabellos negros de su cabeza le caen de una crencha larga y recta por encima de las orejas hasta las espaldas y terminan en dos trenzas envueltas en "ngetrowes". Isabel, llamada "Safel" con ese modo de acomodar a pronunciación indígena las voces castellanas, está pelando las papas que tiene delante de sí en un gran plato labrado de madera pellín.

Al lado de ella está sentada, con una guagua en sus rodillas Rosa Carinao. En su rostro hay una marcada expresión de cansancio. Hace unos 3 años ella sufrió mucho corporal y espiritualmente. Su cara lleva los reflejos de la viruela. Esa enfermedad le trajo una gran amargura. Primero enfermó ella misma, después cayeron enfermos sus dos niños. Vivía entonces con un joven de la reducción de Yecornawida, cerca de Huitag. Su padre, Andrés Carinao es pariente del viejo José Carinao Llancañil. Por enfermedad de los niños su marido con sus amigos acusaron a Rosa de brujería, porque la machi de Remeco que habían traído para curar a los niños enfermos, declaró que Rosa era bruja. Como ella lo negó, esos hombres desalmados la sacaron de la casa y la llevaron a la montaña. Allí la desnudaron y azotaron con lazos de cuero torcido para que confesase en donde estaba el veneno. Se preparaban ya para ahorcarla cuando en su angustia confesó ser bruja y haber metido veneno en la casa. La llevaron a la ruca para que buscase el veneno. Naturalmente no pudo encontrar nada. Se reunieron varios indios de la región de Yecomahuída y Huitag y reducciones vecinas y resolvieron quemarla viva a Rosa. Durante los preparativos para hacer la hoguera la dejaron sola amarrada en un árbol; ella logró deshacer las amarras y se fugó. Después de vagar dos días por la montaña, sin abrigo ni pan, llegó destrozada a casa de un pariente que la recibió. Poco después sus verdugos la descubrieron. En una noche la sacaron nuevamente de la casa del pariente, le ataron un lazo en el cuello y la llevaron casi arrastrándola a la casa propia. Querían obligarla a comer de la carne de uno de sus hijos

Jacinto...30/31

que entretanto había muerto. Pero un hermano de ella que había estado ausente, supo a tiempo y llegó con la policía. El marido de Rosa se fugó probablemente a la Argentina y hasta el día de hoy no se ha sabido más de ella. Sus compañeros fueron condenados y estuvieron un tiempo en la cárcel.

La conversación entre los hombres ha cambiado mientras tanto de tema. Hace muchos años que el viejo Carinao no ha visto a Jacinto por eso lo interroga sobre sus viajes y al entrar Manuel Llancafilu como último de los vecinos, cree Carinao haber llegado el momento propicio para elevar la simple conversación al carácter oficial de un Koyactun.

- "Koyactuaiyu inái" (Celebremos los dos un parlamento)- exclama en voz alta apostrofando a Jacinto.

- "kumei inai" (está bien) - contesta el interpelado.

Ambos se levantan así lo exige el ceremonial. Todos emudecen; también las mujeres se callan con respeto casi religioso; pues el koyoctun o ioepin- es una alocución solemne o modo de parlamentar que constituye para el mapuche una de las tradicionales grandezas de la raza. El arte de parlamentar en buenos términos es para él algo tan genuinamente mapuche como el luciente "trarulonbko" en la frente de la mujer.

- "Feyeike inái" (así es pues)- empieza el viejo Carinao, con esa frase habitual de introducción, con postura grave y voz levantada.

- Celebremos un "koyactun, como lo hacían nuestros antepasados, cuando tenían sus reuniones, sea que se trataba de cosas buenas o de desgracias. Has llegado pues aquí; muchos años estuviste lejos; anduviste por todas las tierras, conociste a muchos hombres en otras tierras. Es bueno que el hombre vaya por muchas tierras para conocer la costumbre de otra gente. Así pues, digo en este día de hoy en que nos hemos reunido aquí.

Según la costumbre oficial del parlamento mapuche, alza la voz con un potente grito al pronunciar las últimas palabras.

- "Felei inai" (así es pues)- replica Jacinto con visible orgullo y satisfacción- Hace dos años que he dejado mi tierra de Huitag, donde vivían mis antepasados. Tú los conocías, a mi abuelo paterno, a mi abuela materna, a mis tíos, a mi finado padre, a mi finada madre. Hace mucho tiempo que mis antepasados vivían en esas tierras. Es bueno para el hombre que conozca tierras lejanas. Por eso he montado mi caballo y he ido a la tierra del otro lado para recorrer tierras.

Jacinto...3182

Al finalizar su alocución alza también la voz.

- En todas partes suceden cosas malas-replica el viejo contendor- Cuando yo era joven, pasé también a la tierra argentina. Así era la costumbre de nuestros antepasados. He conocido a los antiguos longkos finados, al finado longko Aneatur, al finado longko Namuncura, al finado longko Chaiwetie; ellos mandaban en la tierra argentina y tenían muchos mocetones. Anduve casi un año con mi finado longko Paineapan; hemos sufrido hambre y sed; casi nos hemos muerto. Por la voluntad del Dominador de los hombres no más hemos vuelto a estas tierras. Pues si él quiere, tenemos la vida y por él tenemos el sustento de la vida. Si él no quiere, no tenemos vida. Así es pues la vida del hombre en la tierra.

-En verdad es así. Es por Dios no más que vivimos. El domina sobre nosotros, porque el nos ha criado. Si el quiere salimos de las desgracias. Tú conoces la suerte del hombre que viaja por tierras lejanas. Así he sufrido también por hambre y por sed, por el sol y el frío. Hombres malos hay en todas partes también; ellos tienen pensamientos malos. Hombres malos me han hecho daño. Nunca he hecho mal a otros hombres; somos hombres buenos y no robamos los animales de otros; sin embargo otros me han insultado, me han llevado a la cárcel y maltratado.

-Al fin has vuelto a estas tierras. Es bueno así. En las tierras lejanas siente pena nuestro corazón. Cuando yo andaba, hace mucho tiempo, en el otro lado, el finado longko Ancatur me dijo: "Quédate aquí con nosotros; aquí tenemos caballos y tenemos muchas ovejas; hay carne para alimentarnos; algún día iremos a Wenusai (Buenos Aires) a hablar con el señor Gobierno, para que dé más campo. Ya vienen los huincas a quitarnos la tierra que era de nuestros finados antepasados; pero si el señor Gobierno quiere sacará a los huincas y tendremos todas estas tierras" Así dijo Ancatur, así me dijo a mí. Pero mi corazón recordaba con pena a mis padres y así he vuelto a mis tierras.

-Así he recordado también, cuando estaba lejos de mis tierras, a mi finada madre. Mi finado padre había muerto ya, tú lo conociste, pues tú eres anciano y has conocido a mucha gente, has conocido a nuestros antepasados, a los finados longkos de Huitag, de Carelmapu de Cudáleifu, de Charwa-

JACINTO...32,33

mapu; a todos los conocías.

Carinao meneó la cabeza con visible orgullo, asintiendo a Jacinto. Este sin detenerse agrega:

--Í así conocías también a mi finado padre. Era hombre bueno que vivía tranquilo en su tierra. Cuando yo era joven, él murió. Desgracia le tocó; desgracia hay en todas partes. Salí de mi tierra y dejé sola a mi madre. Cuando volví, ella estaba enferma de muerte. Murió pues mi buena madre. Muy ligero pasan los años de nuestra vida y así tenemos que morir todos, cuando nos llegue el día.

-Mucha desgracia te ha tocado- contestó Carinao- Ha muerto tu padre, ha muerto tu madre; los conocía. Ahora es bueno que tú hayas venido a estas tierras donde vivimos tranquilamente nosotros. Yo estoy con mis hijos en Hancalil; muchos hijos tengo; todos están bien; tienen buenas tierras y muchos animales. Todos viven tranquilamente con sus mujeres, tienen hijos y tienen el sustento de la vida. No hay hambre; ricos no somos, pobres somos, pero no sufrimos hambre; tenemos siempre que comer. Y así vive aquí en Coloco el viejo Manuel Llanquiqueo; tiene sus mujeres, tiene hijos, tiene animales, tiene el sustento de la vida. Quédate pues aquí, trabaja aquí; todavía hay tierras donde trabajar, porque los huincas no han venido aquí, a quitarnos estas tierras. Si Dios quiere, estarás bien aquí, tendrás tierras, tendrás casa, tendrás animales, tendrás vacas, tendrás gallinas, tendrás mujer, tendrás hijos. Así pues digo en este día de nuestra junta.

- Así es pues, así decía mi corazón. Cuando había muerto mi madre, decía yo: Iré a la Cordillera, iré lejos, allá viviré bien, si Dios quiere. Pues si Dios quiere, estamos bien en todas partes y no hay desgracia. Así pues digo hoy en este día de nuestra junta. Un poco de plata he traído de la Argentina; aquí quiero trabajar, tendré de qué vivir, si Dios quiere. Limpiaré un poco de campo; entonces tendré casa, tendré animales, tendré mujer y tendré hijos. Así estaré bien, esto es pues lo que digo en este día de hoy en que nos hemos visto nuevamente.

Como al final de cada párrafo alza la voz al pronunciar

Jacinto.... 32.24

esta últimas palabras.

Ambos se sientan; pues ha terminado, con estas cuatro alocuciones y réplicas obligatorias la primera parte del koyoc-tun.

El silencio que sigue está saturado de solemnidad. Las mujeres sienten en este momento admiración y orgullo por los hombres, pues mientras ellas llevan una vida resignadamente limitada al servicio de sus maridos y de sus hijos, los hombres hacen viajes, sufren en tierras lejanas y llegan a conocer a los longkos y a la gente de otras partes. Haber conocido a los longkos renombrados y antiguos de otras tierras y haber viajado lejos son en sentir del alma mapuche, dos grandezas del hombre,

Pronto el silencio es interrumpido por el sonido de platos y cucharas. La cazuela ya está en su punto. Marta destapa la olla grande y del caldo en ebullición sube una densa nube de oloroso vapor. Con el gran cucharón de palo reparte el caldo con apreciables presas de carne que Corina e Isabel llevan a la ruca para ponerlos frente a los hombres.

Primero se atiende a los hombres, después comerán las mujeres con los niños.

En la tarde continuará el koyactun sobre otros tópicos, en la misma forma solemne de la mañana y con un enorme asado al palo preparado por las mujeres se dará por terminado el torneo.

- I nosotros también daremos por terminado este capítulo, me agrega el jovial y elocuente misionero.

Jacinto ...34/35

N& N O M E T U L E U F U

No habían transcurrido aún 24 horas cuando me dejo caer a su oficina. Esta allí. Antes de llegar pude verlo por la ancha puerta abierta que daba paso a un esplendoroso día de septiembre que urgaba en todos los rincones de la pieza depositando por doquier oleadas de perfumado aroma desprendido de las flores de los numerosos mirotahiti (1) que presencian el desfile de las gentes desde sus arraigadas posiciones en las aceras.

Al asomarme a la puerta me hace señas con una de sus manos invitándome a pasar. Entró y sin decir nada espero en silencio a que termine su oración, lo que hace enseguida cerrando el breviario mientras el pulgar derecho recorre en cruz su semblante sereno en el consabido "en el nombre del padre, del hijo, del espíritu santo..."

Un tanto embarazado me siento en el lugar que acostumbro y tratando de romper el místico ambiente se me ocurre decir al tiempo que mis ojos se clavan sobre un título:

- Vea usted, Padre, Yo he estudiado muchísimo castellano y ~~ahí~~ he aprendido que existen los verbos regulares, los irregulares, los transitivos y muchos otros, pero no recuerdo que exista ninguno que se llame verbo divino y He ahí ese libro sobre su escritorio que lleva impreso con letras doradas el título de ese verbo que no conozco.

- ¡ Ah! , ¡ Ah! - me responde- ¿No conoce Ud. el verbo divino?, pues yo he de enseñárselo y creo que está Ud. en predisposición para recibirlo. Podríamos empesar con una buena confesión, después todo sería fácil.

Golpe contra golpe. ¿Qué debo hacer para no ser derrotado? Me he metido con el ingenio de un sabio. ¡Pobre de mí! Pero, su misma sonrisa viene en mi ayuda. I le digo entonces:

- Sí, tendremos una buena confesión, con la pequeña diferencia de que el confesor seré yo y Ud. quien ha de seguir contándome cuanto sepa de nuestros hermanos los araucanos a través de Jacinto Neculpán.

Jacinto...35/36

I sin darle lugar a reponerse lo interrogo:

- ¿Cómo se llama el lugar donde vivió Jacinto Neculpán?

- Donde vive, pues es posible que asté aún allí arrugado y melancólico como fué hasta sus últimos días la vieja Quinturai. Si vive debe tener poco más edad que yo, es decir, es joven aún...

Carraspea el bondadoso anciano y cerrando los ojos agrega: Me imagino estarlo viendo. Al fin parece despedirse el invierno. En las llovias torrenciales que duraban semanas enteras se ha agotado la abundancia de sus aguas que en los meses pasados ^{Enhondaron} ahondaron como nunca el río. Las tempestades se habían desencadenado con tremenda furia haciendo estremecerse las rucas. Varios de los palos chamuscados que levantan sus desnudos brazos como ruinas de árboles antes frondosos, cayeron desarraigados por la irrasible fuerza del vendabal. Algunos animales fueron aplastados por tales palos cuando se desplomaban con gran estruendo. Pero así como el mar, después de haber producido el naufragio de un buque destrozando con salvaje prepotencia el velamen y aniquilando implacablemente indefensas vidas en una noche de terror, aparece al amanecer el día sonriente y apacible. ¡como si no hubiera pasado nada! Así llegan también en los rigores del invierno unos días amables de sol con sonrisas que invitan al olvido de todo lo duro y cruel que ha sido.

Estamos a principios de septiembre. Es un día anticipado de primavera. Sobre las piedras blancas que están diseminadas por la orilla del río Llançalil, saltan agilmente las lagartijas. Atraídas por el calor agradable del día han salido de sus escondrijos, luciendo sus tenidas de escamas verdes y azulejas. Se cimbran deliciosamente unos momentos sobre sus extremidades y se bañan al sol. Luego, locas de alegría de vivir, saltan velozmente una tras otra, correteándose como niños alegres.

En la orilla del río Llançalil, al otro lado del campo de Manuel Llanquiqueo, una mujer está batiendo ropa.

Es Clorinda que, inclinada sobre el agua, moja pieza por pieza; la bate y pone después en el "kúlko" (1) (canasto grande) para tenderla después al sol. De vez en cuando levanta la vista y descansa un momento. Sus ojos grandes, oscuros, tienen la misma expresión melancólica y cansada de antes.

Jacinto...3631

Dos niños chicos están jugando cerca de ella con piedrecillas, en la arena. Son dos niños de caras morenas, ojos grandes y oscuros, cabellos negros y largos; son dos Jacintos en miniatura, vestidos con un pequeño chamal que está ceñido con un angosto "trarawe"(1); no son hijos de Clorinda, sino de su hermana Isabel que está en la ruca, preparando la comida de la tarde.

Han pasado diez años de vida indígena sobre el valle de Coloco; fueron diez inviernos crudos de tempestades, lluvias y nieve y diez veranos de calor. Eso i nada más. Día tras día se han deslizado los años casi imperceptiblemente, como ola tras ola del río que ruga como antaño en la profundidad de la cañada.

Poco ha cambiado durante diez años el pequeño mundo de Coloco

La vida indígena, en su aislamiento del demás mundo, se parece a la vida de las hormigas. Para ellas, dentro del gran mundo desconocido, existe un solo mundo: es el pequeño montículo de tierra, su habitación, y un reducido alrededor que consiste en hojas de árboles, musgos, raíces y algunas rocas que se levantan como gigantescas montañas. Dentro de este círculo está encerrado el mundo de las hormigas.

Para el indígena existe el mundo de su reducción, dentro de la tierra, en su imaginación; vecinadas a este mundo conocido están algunas otras reducciones; las que están a distancia de uno o más días de viaje a caballo son "ka mapu" (1) (tierras lejanas) y más allá están los pueblos y las ciudades de los huincas y en lontananza de vagas dimensiones se pierden delante de su vista la imaginación nebulosa de otros países y mares.

En el mundo de Coloco encontramos hoy, como diez años atrás las mismas rucas, ennegrecidas por el diaro humo de la fogata. Adentro no se ha renovado nada, con excepción de algunas "matras" (1) que han tejido las mujeres; están los mismos "huancus" para sentarse, los mismos utensilios de menaje; el mismo "trongtrong" (1) (ubre de vaca arreglado como bolsa para guardar la sal) cuelga de un gancho del poste interior; en el mismo "yapac" (1) (bolsa del cuero entero de un animal nuevo) se guarda la harina tostada. Se enciende todos los días la misma fogata, se hacen las mismas comidas de poca variación, se cuecen piñones y se toma el mate en las noches, días tras días, sin ninguna variación.

No ha habido acontecimiento de mayor importancia en el transcurso de los diez años. Aun vive la anciana Quinturay, en la ruca de Manuel. Los niños que nacieron en la reducción a esqueleto

Jacinto...37/38

de Manuel Llanquiqueo, reducida a esqueleto. Solo han muerto algunas guaguas en las casas de los hijos de Manuel y de su yerno. Manuel está robusto todavía y hace de vez en cuando su viaje a Curaco, como lo suelen hacer todos los hombres de la región, aún los más viejos, para volver embriagados.

La única verdadera novedad para quien no hubiese pasado en estos diez años por el valle de Llancañil, es la casa de Jacinto en Nemetuleufu; pues así se llama el campo que habita y trabaja frente a Manuel Llanquiqueo y sus hijos.

Parecía que desde la orilla del río subía una montaña abrupta, pero Jacinto limió abajo y apareció una pequeña faja plana. Primero abrió una brecha en el tupido bosque. Vivía en los primeros meses en casa de su suegro Manuel e iba todos los días al otro lado del río a cortar arbustos y quilantos, voltear árboles grandes y quemar en el verano siguiente.

Después de haber quemado más o menos una cuadra, empezó a hacer allí una ruca. En este trabajo le ayudaron Domingo y Manuel Paineofilu. Se hizo una casa habitación y una cocina de palos a pique y techo de canoa. Fue trabajo de unos pocos días y al término de la obra se hizo fiesta.

Durante los siguientes años hizo más limpia entre el río y la falda de la montaña. En esta época de nuestros relatos tenía como diez cuadras limpias. Sólo algunos pocos árboles quedaron en este terrero donde ahora crece exuberante pasto. Con orgullo contempla Jacinto este campo que le ha costado diez años de lento y constante trabajo; diez años que resonó el hacha en este tupido bosque donde antes sonaba solamente el golpeo del rere o pájaro carpintero.

Nometuleufu esobra de su vida. Ahora pacen muchos animales en la montaña, cornudos bueyes que ayudan en el trabajo de la limpia y gordas vacas, pues Clorinda ha recibido de su padre en dote algunos animales y estos se han multiplicado. Parece cumplirse la visión de Jacinto al llegar, diez años atrás a Coloco, la visión de prosperidad, visión de muchos y gordos animales, de vacas paridas que se encierran en las tardes en el corral y se apartan de los terneros para ser ordeñadas en la mañana del día siguiente.

Sólo un deseo de Jacinto no se ha cumplido: el deseo de tener muchos hijos. En el primer año tuvo Clorinda un hijo,

Jacinto...38/39

que bautizaron cuando pasó un Padre Misionero por esta región, con el nombre de Manuel. El viejo Llanquiqueo fué padrino de su nieto que llevaba desde que nació las facciones de su madre. Pasaron los años y Clorinda no tuvo más hijo. Por eso, pasados ya unos seis años, surgió en el alma de Jacinto el deseo de tener otra mujer al lado de Clorinda. Ella, sumisa a su marido y avergonzada de su esteridad, y comprendiendo la necesidad de tener más prole, asintió al deseo de Jacinto. Isabel, la hermana de Clorinda no se había casado todavía. A Jacinto le pareció la mejor solución invitar a Isabel para vivir con él y asistir a su hermana. De esta manera la bigamia sería menos dolorosa para Clorinda ya que no se trataba de una mujer extraña que quería introducir en el hogar, sino de una hermana y compañera. Isabel, mujer bondadosa de experiencia de niña, no quería aceptar la invitación hasta saber que Clorinda estaba conforme con estas condiciones. Hubo también, antes de realizar el proyecto, una larga conversación entre Jacinto y Manuel, en presencia de sus hijos, de Manuel Paineofilu y las mujeres. La conversación duró largas horas. Primero los hombres se mostraron contrarios al proyecto. Domingo quería que a Isabel se le dejara la libertad de casarse como legítima mujer con otro hombre. Manuel Paineofilu alegó, en su modo suave y razonable, que la bigamia no era decorosa ya para los mapuches de hoy día. Jacinto explicaba siempre la necesidad que tenía Clorinda de tener una compañera. Después de muchas discusiones, el viejo Manuel determinó que al estar conforme Clorinda con el proyecto, se dejara todo a la libre decisión de Isabel. El resultado fué que Isabel, para la que habría sido difícil encontrar marido en esta soledad abandonada de Coloco, fuese a vivir con Jacinto y Clorinda en Nometuleufu. Ella amaba a su hermana y conocía a Jacinto como hombre bueno que nunca maltrataba con latigazos a su mujer. Isabel prefirió ser compañera de su hermana a quedar sola en casa de su padre como la desdichada Rosa Carinao que vive en casa de su tío.

Generalmente el mapuche bigamo tiene dos rucas para que en cada una de ellas vivan sus mujeres y no haya lugar a celos y disgustos entre ellas. Clorinda e Isabel vivieron en la misma ruca de Nometuleufu como hermanas. Clorinda estuvo desde el principio en tal forma de acuerdo con la cohabitación bigama de su marido que declaró que quería considerar a los futuros hijos de Isabel como hijos propios.

JACINTO...39.4

Cuando el chico Manuel había llegado a la edad de siete a ocho años, lo llevó Jacinto al pueblo como alumno del Internado de Indígenas que mantienen allí los Padres Misioneros Capuchinos con el fin de educar la juventud araucana. Todos los años pasa por este valle de Coloco uno de los Padres en gira misional. Se aloja en casa de Manuel Paineofilu que es el más servicial de todos los mapuches de la región; dice la misa, predica en idioma araucano, bautiza y bendice los matrimonios religiosos. Cuando Jacinto presentó el primer hijo de Isabel para el bautismo, el Padre Misionero hizo en tono de benévolo reproche, una observación a Jacinto sobre la bigamia, haciéndole ver que este modo de vivir desdecía con su carácter de cristiano y su educación que había recibido, aunque por poco tiempo en el colegio misional. Cabizbajo y con humilde ademán oía Jacinto las advertencias del Misionero a quien llaman todos con afecto "Padrecito", y le contestó: "Cierto Padrecito, yo sé que no es bueno tener dos mujeres. Nuestros antiguos tenían la costumbre de tener dos o más mujeres. Nosotros somos cristianos y no debemos seguir las costumbres de los antiguos. Pero tenga paciencia, yo tengo en mi casa a Isabel, hermana de mi mujer Clorinda, no para tener más mujeres, sino para tener más hijos."

Este es el segundo año que Manuelito está en el Internado. No ha pasado aún del silabario al libro primero; pues a los niños mapuches que vienen de la soledad de sus reducciones, les cuesta más trabajo apropiarse las primeras nociones que a los niños de colonos chilenos. Durante el primer tiempo sufren mucho de nostalgia.

Nunca Manuelito había salido de su casa. Antes, cuando era más chico todavía, lloraba siempre que Jacinto le decía que lo llevaría al colegio para que aprendiera a leer y a sacar cuentas, y se escondía debajo de la "ikella" (1) de su madre que lo consolaba con esas palabras melindrosas que usan las mujeres indígenas para con sus hijitos.

Pero al fin llegó el triste día en que tuvo que salir a caballo con su padre para emprender, con un atado de ropa detrás de la montura, el viaje al lejano pueblo.

Después de una semana llegó Jacinto de vuelta arreando el caballo de Manuelito. Clorinda setía una larga y profunda pena por la ausencia de su hijo adorado. Una pena grande sufría también Manuelito en el colegio. Para él, la vida austera y reglamentada del

Jacinto.. 40.4

Internado era algo enteramente nuevo, se sintió como pájaro encerrado en una jaula; mucho extrañaba la ternura de su madre. Al principio no entendía palabra en castellano. Se hallaba solo, tristemente solo dentro de esa caterva de niños alegres y bulliciosos que en parte eran hijos de colonos chilenos y en parte mapuchitos que habían pasado ya algunos años en el Internado. Los niños indígenas que viven internos con niños chilenos, se avergüenzan de hablar delante de estos en su idioma mapuche. Por eso los que llegan por primera vez tienen conversaciones solamente conversaciones cuando en un rincón apartado se encuentra un grupo de mapuchitos a distancia de niños chilenos. Solo entonces tienen el consuelo de conversar entre sí en el lenguaje de su "Muke" (1) (madre). Durante las primeras semanas el pobre Manuelito se encontraba solo en las horas de recreo, arrimado a una de las columnas del corredor, mirando con sus ojos grandes y tristes a los otros niños del colegio que se divertían, saltando rayas o jugando con las bochitas.

Al cabo de varias semanas aprendió también, poco a poco, a hablar las frases más comunes en castellano, los términos más corrientes de niños y empezó a jugar con los otros. No faltaba entre los niños, poseedores envidiados de grandes cantidades de bochas. Manuelito logró juntar algunas con las que empezó a entrar en juegos. Acostumbrado estaba en el colegio cultivando amistades con sus compañeros de clase pero conservaba siempre una conducta seria y retraída propia de los niños mapuches de esa edad. La felicidad más grande del niño era aquella que sentía en septiembre y en diciembre cuando Jacinto llegaba a traerle caballo para llevarlo a la casa para las vacaciones. Clorinda buscaba entonces el pollito más gordo para hacerle una sabrosa cazuela.

En este momento, cuando Clorinda termina de lavar su ropa, piensa, como siempre, en su querido hijo. Sus pensamientos de ternura maternal viajan lejos hacia el colegio que está a casi tres días de viaje. Ya está cerca septiembre. En unas dos o tres semanas más ensillará Jacinto su caballo y el caballo que traerá a Manuelito. Se alegra Clorinda al pensar en esos días que vienen cerca ya. Acaba de lavar la ropa y llevará el canasto para poner pieza por pieza sobre el pasto a secarlas al sol.

En este momento, al coger ya el canasto, oye un grito del otro lado del río. Ahí está Gregorio, el hijo de Marta que entra en el río para pasar a este lado. Clorinda lo mira entrar en la

Jacinto ...41, 42

impetuosa corriente con temor, pues el río lleva mucha agua y está hondo; es peligroso pasar el vado. Pero el caballo tiene un paso seguro y lento y está acostumbrado a vadear corrientes. Está en medio del río y el agua le llega hasta la montura.

¿Por qué pasará Gregorio a este lado?

Hace algunos días ha salido para Curado y, posiblemente, ha llegado hasta el pueblo. ¿Traerá noticias de Manuelito?

Gregorio es un muchacho de unos diez y seis años gordo y robusto, de aspecto amable, cara morena, dientes blanquesinos que muestra al sonreírse. Se sonríe casi siempre,

Hoy viene con una mirada seria y triste. ¿Qué noticias traerá?

Ya sale del agua. El caballo sacude con violencia el mojado cuerpo para secarse y relincha. Gregorio pasa la mano a Clorinda sin desmontar y le dice: "Papay" (1) y ella lo saluda cariñosamente con un "chau" (1) (padre), como suelen las mujeres saludar a veces a los jóvenes y hasta a sus propios hijos hombres.

Al lado de la casa se desmonta y entra por la baja puerta. Clorinda ha dejado el canasto con ropa y ha entrado con los dos chicos de Isabel a la ruca. Gregorio saluda a Isabel con un "kuifi" (1) ella contesta (1) "Fuchá kuifi mai".

Jacinto no está; ha salido para la montaña a buscar una vaca que anda perdida, hace algunos días ya.

Después de una breve pausa, Clorinda, que tiene un presentimiento triste, pregunta: ¿Melái dengü? (hay lago?)

A lo que Gregorio contesta: Hay noticias malas. Manuelito está enfermo.

Gregorio había alcanzado hasta el pueblo y fué al colegio para ver a Manuelito. Había muchos niños enfermos. Uno de los que están más grave es Manuelito. El Director del Colegio le ha encargado avisar a los padres de la enfermedad, para que vengan.

Manuelito mismo le ha rogado también que vuelva inmediatamente a Coloco y pase a Nometuleufu para que vengan sus padres a estar con él y llevarlo, tan pronto él pueda viajar.

Una profunda y violenta impresión de tristeza y dolor se apoderó de Clorinda al recibir la noticia de la grave enfermedad de su único y adorado hijo, Manuelito.

JACINTO. .42/43

L'ai ni peñeñ

Tres mapuches van de prisa y silenciosos por el ancho camino que va de Curaco hacia el pueblo donde está el Internado. Son Jacinto, Clorinda y Gregorio.

Clorinda va adelante, trotando en su bajo caballo Ganelo, con la "ikella" (1) aleteante. Está sentada sobre una ancha silla de bastos. Los pies descalzos van apollados en los redondos estribos de palos. Su cabeza está envuelta en un pañuelo azul. Sobre el pecho suena, sacudido por el movimiento del trote, el tintineo de su "trapel-akucha" (1) En su rostro apenado, en sus ojos ensombrecidos por la pesadumbre, se expresa una profunda inquietud, e inmensa ansia de llegar lo más pronto posible al lecho del hijo enfermo. En las alforjas de lana, amarradas en la parte trasera de la silla, lleva sopaipillas que hizo la noche anterior, después de recibir la triste noticia. Lleva también dos gallinas desplumadas y chamuscadas, para hacerle un caldo a Manuelito.

Tras de Clorinda va Jacinto, abatido por la incertidumbre, y Gregorio, el hermano de Clorinda que se ofreció acompañarlos.

El sol se ha puesto ya. En las cumbres de los dos cordones que se levantan a los lados del camino que va este a oeste, quedan aún suaves reflejos de rosa. Las mansas aguas del río Curaco a cuyas orillas va el camino han tomado un color acero bajo esa pálida luz que precede al crepúsculo. En parte el camino está oscurecido ya por la sombra de los árboles o de las tupidas quilas que en la otra orilla se cimbran levemente con candenciosos movimientos.

El camino es bueno. En algunas partes hay barrizales; pero en general es un camino seco y arenoso, de esa arena finita y blanquecina del río.

Jacinto quiere llegar antes que oscurezca a la casa de Agustín Coliman en Catripulli. La primera parte del viaje de hoy ha sido difícil. Entre Coloco y Curaco hay muchos arroyos hondos que cruzan el camino. Sobre todo el Humilil ha crecido mucho debido a que con los primeros días de calor primaveral se ha comenzado a derretir la nieve en las alturas de la Cordillera.

Jacinto...43/44

Además en la sombría humedad de los bosques se han formado pantanos por la estagnación del agua en esa tierra negra que es el humus de la selva. No era posible esforzar la marcha, porque los caballos están debilitados en esta época del año en que pasan las crudas noches al aire libre. Apenas al abrigo de los árboles en la montaña en esas noches de implacable frío y de torrenciales lluvias y neopiosa nieve.

Por fin Catripulli y la casa de Coliman está cerca. En una media hora más llegarán allí. Se alojarán en la ancha cocina de Colliman que es uno de los mapuches más acomodados de la región. Al día siguiente seguirán viaje para llegar en la tarde al Internado de Indígenas donde Manuelito los espera con ansias.

A esta misma hora, la noticia de la grave enfermedad de Manuelito se ha propagado por las rucas de Coloco y de las regiones vecinas. Es un acontecimiento. El el socorrido tema de interminables conversaciones que se mantiene al amór del fueho, hasta muy avanzadas horas de la noche. Como es natural, van girando sobre los remedios más eficaces que pueden salvar la vida del niño enfermo. Luego se discute la conveniencia de traer al niño a la casa para someterlo al tratamiento de una machi.

Para el mapuche que esté arraigado aún a las ideas de sus antepasados, el machi o la machi es un ser sagrado, de gran poder espiritual, una personificación de la tradición de la raza. Es un ser que está segregado de la multitud humana como medianero entre los frágliles hombres y el mundo de los espíritus; segregado por el proceso de la iniciación. Esta es una serie de ceremonias rituales a que un machi viejo somete a un joven o una joven, con reclusión y ayunos y extracción de sangre de la yema de los dedos hasta que sea capaz de tener el "peuma" o "kuimiñ" que es éxtasis.

La teología del mapuche se resume en muy pocas creencias. Tiene ideas vagas y confusas de un ser Supremo que es dominador del mundo y de los hombres. Falto de inquietudes espirituales, el mapuche no se siente acosado por dudas metafísicas y por consiguiente no se ha visto en la necesidad de formar un concepto más definido de ese Dominador. Como únicos tributos de ese Ser aparecen su grandeza y su bondad para con los hombres. por eso el "nguen pin, o sea, el maestro de ceremonia que usa de la palabra en el "Nguillatún", dirige "ngue-nechen" plegarias en que vibra la ternura y la confianza filial llamándolo rey chau, rey fuke (rey padre, reina madre). Esta ternura

Jacinto...44/45

no se basan probablemente sobre el concepto de un Ser Supremo bisexual, sino más bien sobre la idea de la solicitud paternal y maternal que tiene el "nguenechen por sus hijos de la tierra. Este Dios será el mismo de los "winkas" o ¿será un Ser Supremo especial de los mapuches? El antiguo araucano no busca claridad, pero se inclina más hacia la idea que el "nguenechen es el Dios supremo de su raza. Pues hay solamente dos razas para él en el mundo: Mapuches y winkas..

Fuera del Nguenechen existen otros espíritus: el "pillán" que es un semidios; de su favor depende la producción de los campos y de los animales; habita en los volcanes y descarga a veces su cólera en forma de erupciones. Espíritus malignos son "wekufu" o diablos y frecuentemente también los "am" o sombras de los muertos que se convierten en moscas azules. Cuando estos espíritus envían invisibles flechazos a los hombres, causan enfermedades y muerte.

¿Cómo protegerse contra ese poder de los espíritus malignos? La única persona que puede dar protección es el machi. Está revestido del poder de conjurar a los espíritus dañinos. En su éxtasis ve la causa, el origen, de la enfermedad, y los remedios que pueden salvar al enfermo.

En la región de la Cordillera viven dos machis. Uno de ellos es hombre, un tal Alonso Huete. Ya no ejerce su arte. Vivían antes en una región de la costa, cerca de Toltén. Allí hizo, años atrás, tratamiento a un joven gravemente enfermo. Los padres del joven tuvieron que pagarle anticipadamente un novillo como remuneración de sus servicios. El enfermo murió. Los padres acusaron al machi de haber envenenado a la víctima y, aconsejado por los "winkas", lo denunciaron al juzgado. Alonso fué condenado a tres años de prisión. Vuelto de la cárcel no ejerció más su oficio. Pronto abandonó también su reducción y se vino a la Cordillera donde tenía algunos amigos. Dice que el "wekufú", enojado porque se apartó del machitún, no lo deja en paz. Delante de la ruca se oyen a veces risas burlescas cuando nadie está afuera. Es el "wekufu" que se burla de él y lo persigue con el deseo de hacerle algún mal. Alonso suele quemar entonces ramitas de quilmai, pues, según la experiencia de los antiguos el humo es eficiente para ahuyentar a los espíritus malos. aunque se ha hecho cristiano - hace algunos años que fué especialmente a la Misión para recibir el bautismo- le vienen frecuentes visiones - el "peuma"- y ve los remedios que debe dar a enfermos.

Jacinto...45/4

Son inofensivas yerbas del campo que ve en el sueño, cuando alguna persona le consulta; pero ya no canta sus canciones de machi ni toca el "kuntrún" o tamboril. Ha deshecho su "kuntrún"; la caja de madera la usa la mujer para lavar ropa y la tela que es de cuero de caballo está botada en un rincón de la ruca.

Muy pocas veces consultan a Alonso Huete. La machi en acción y que tiene la confianza de la gente es una mujer, Rosa Painemal que vive en la región de Catripulli. Su ruca está señalada por un "rehue", es este un palo grueso con incisos que sirven de peldaños. Roa Painemal es el oráculo de la región. Mapuches que conservan todavía las ideas de sus antepasados, la llaman para curar a los enfermos. Después de estipular el precio del tratamiento se instala en la ruca del enfermo y allí canta y toca el "kuntrún". Sus canciones son quejas por la enfermedad, conjuraciones para que se aleje ese espíritu o promesas de remedios, el "remedio de las cuatro aguas" - "meliko lawen-"; el remedio de la flor azul, "kallfú rayén lawen", traído de la cascada azul "kallu tragen ko". Al fin ella chupa el mal del cuerpo. Ese mal aparece en forma de una lagartija. Todos los asistentes al machitún le ayudan a perseguir la lagartija que no es otra cosa sino el demonio. Con palos en las manos van todos tras de la lagartija, levantando una gran gritería; pues se trata de auyentar al espíritu maligno. Muerta la lagartija, la queman. La acción de la machi ha tenido éxito; pues el demonio se ha convertido en humo y se retira a sus moradas subterráneas.

Si el enfermo mejora, es obra de la machi. Si muere a pesar de todos los esfuerzos de la machi, muere víctima de nuevos ataques del espíritu maligno,

En la ruca de Mamei Llanquiqueo, en Coloco, lamentan las mujeres con sus voces quejumbrosas la enfermedad de Manuelito.

El viejo Manuel expresa la idea que sería conveniente traerlo más pronto posible al niño para ponerlo en manos de la machi. La idea encuentra luego eco entre los oyentes. Casi todos los habitantes de Coloco están reunidos en la espaciosa ruca de Llanquiqueo para mantener sus largas conversaciones nocturnas.

Manuel Painefilu es el único que se opone al proyecto del viejo Llanquiqueo. En su modo tranquilo y razonable dice que el niño, si Dios quiere, puede mejorar en el Colegio. Cuenta como él mismo cuando niño estuvo gravemente enfermo. Había una epidemia de gripe.

Jacinto. .46/47

Casi todos los niños estaban en cama. Los pocos que quedaron en pie, ayudaron al Hermano Enfermero, a cuidar a los enfermos. Este hizo remedios caseros y al cabo de pocas semanas mejoraron todos .

Domingo Llanquiqueo refuta a Paineñilá. Alega que se debe tomar en cuenta que los mapuches necesitan otra clase de remedios que los "winkas". A nosotros- dice- no nos sirven los remedios de los "winkas", somos otra raza. I agregaba: aunque nos educamos hoy día y hablamos la lengua de los "winkas" no debemos olvidar y abandonar por completo las costumbres de nuestros antepasados. Ellos han tenido su fe en los machis porque así es la muy antigua costumbre de nuestra raza. ¿Para qué tienen entonces los machis su poder contra los espíritus malignos si empleamos los remedios de los "winkas"? Si fuéramos nosotros "Winkas" sería otra cosa. Pero nosotros somos mapuches y por eso necesitamos de los machis que son los médicos de nuestra raza. Cuando yo hacía el servicio militar, se enfermaron también muchos de los conscriptos en el invierno. El médico del Regimiento vino a hacerles remedio. Los "winkas" sanaron, pero uno de los mapuches que hacía conmigo el servicio militar, murió. Así terminaba

Así terminaba en sus reflexiones el viejo Lanquiqueo.

Domingo propone finalmente mandar un mensajero al pueblo y aconsejar a Jacinto que traiga luego al niño enfermo, haciendo el viaje en etapas, para que la machi pueda hacerle tratamiento.

I mientras se sostienen tales conversaciones en todas las rucas de la Cordillera y la machi Rosa Painemal está en conocimiento ya de que probablemente ha de hacer un machitún , Jacinto y Clorinda están desde hace dos días con su pobre hijito enfermo de una aguda gripe.

En los primeros momentos después de la llegada de sus padres parecía asomarse un rayo de esperanza. Sobre el afiebrado rostro del niño se dibujó un destello de alegría, la alegría del niño araucano que vive en un ambiente para él tan extraño y que está agobiado por el dolor , la enfermedad y la sensación del abandono y que repentinamente siente la ternura de su "ñuke" como en los días de su infancia en la solitaria ruca.

Clorinda se colocó detrás de él en la cama, sosteniéndolo sentado. El niño tenía una agitadísima respiración y expectoraba con dificultad. La madre no se movía de allí ni por un solo momento. Jacinto mandó inmediatamente a Gregorio a una médica hierbatera

Jacinto...47/48

del campo que tiene fama de ser muy curiosa, para que examinara la orina del enfermito. Pero la aparente mejoría de las primeras horas fué solamente una llamarada de luz moribunda. La alegría que tuvo Manuelito al estar bajo el tierno cariño de su madre fué el ocaso de un día frío y lluvioso que murió con su esposa.

Ya ha llegado la agonía. Manuelito está insensible a todo lo que lo rodea. Su pecho se mueve con la rapidez del moribundo cuyo corazón hace los últimos esfuerzos para aferrarse a la vida que se aleja. Los ojos de Manuelito están cerrados y sólo se abren de vez en cuando como buscando algo que no encuentra. Sus manos están temblorosas; de su frente corren gotas de sudor frío. De los ojos de Clorinda salen lágrimas que van rodando por sus mejillas. Todavía sostiene a su hijito recostado sobre su regazo.

Los niños del colegio están en la sala de la enfermería asistiendo silenciosos a la agonía de su compañero. El Misionero está cerca de la cama del enfermo, puesta la estola morada sobre el blanco roquete; recita las oraciones para moribundos y da la última absolución. Al lado del Misionero dos monaguillos mantienen en sus manos cirios encendidos.

Al fin se oyen los últimos estertores y el moribundo deja caer su cabeza sobre el pecho. ¡Manuelito ha muerto...!

Clorinda lanza un lastimero llanto con un grito de desesperación y desconsuelo.

- "Lai ñi peñén" - Ha muerto mi hijito.

El Sacerdote reza con los niños las primeras oraciones para encomendar el alma del difunto.

- Dadle, Señor, el eterno descanso.

Sobre este murmullo de voces tristes en oración fúnebre, gime Clorinda su llanto de madre.

Jacinto está de pie al lado de la cama desahogando su dolor en sollozos. De vez en cuando dirige una palabra de cariño a Clorinda para tranquilizarla, pero sus intentos son inútiles, como única respuesta recibe el doloroso: Lai ñi peñén, seguido de interminable llanto.

Para Jacinto, la muerte de Manuelito ha sido un golpe muy fuerte, un machazo, que dejará para siempre una profunda cicatriz en su vida; para Clorinda es más que un golpe: para ella es la noche oscura, la noche interminable, sin aurora.

Jacinto48/49

MONGUELAIAN

En la penumbra de la iglesia misional, severamente enlutada y saturada de aromas de incienso, se pierden los últimos fúnebres acordes de la Misa de Requiem.

El Sacerdote, vestido de la Capa Mayor de seda negra, vuelve con paso lento a la Sacristía. Los niños del Colegio salen de la temblorosa atmósfera del templo al patio, a la luz del día y se desparramaron luego con gritos infantiles, aprovechando los pocos momentos que quedan para correr y jugar, antes que los llame la campanilla a clases. Las voces de ese bullicioso enjambre resuenan risueñas y alegres en el patio, como si no hubiese pasado nada; como si estuviesen todos, sin faltar ninguno.

Los padres de Manuelito se quedaron todavía algunos momentos en la Iglesia, sentados en un banco, tristes y con lágrimas en los ojos. Al fin se levantan también y salen para emprender el viaje de vuelta. En la tarde anterior se había hecho el entierro del niño y esta mañana Gregorio ha traído temprano los caballos para ensillarlos.

Jacinto y Clorinda se despiden del Director del Colegio y luego salen, montados en sus caballos por el ancho portón del patio. Es temprano todavía. Las calles del pequeño pueblo presentan el aspecto soñoliento de una población pereoso que no ha sacudido aún el sueño. Pronto

Pronto dejan nuestros jinetes tras sí las últimas casuchas, las miserables cocinerías y sucios despachos, como eran en todos los pueblos de la región austral. Ellos siguen su viaje camino a Coloco.

Clorinda va adelante y Jacinto la sigue a pocos pasos. Se encuentran en una especie de aturdimiento, abatidos por el dolor, fatigados por las noches pasadas en vela. Clorinda llora, se oyen débilmente sus sollozos.

El tiempo está bueno todavía, pero cambiará luego porque la atmósfera es pesada. El sol arde con un calor prematuro en esa entrada de primavera. El día está abochornado. El cielo despejado después de la noche de helada se va cubriendo de girones de nubes de color blanco ceniciento. Allá lejos se alzan las crestas nevadas de la Cordillera. Las montañas de los

Jacinto. .49/50

alrededores toman toman de un color azul a un negro oscuro y vistas a través del aire saturado de humedad, parecen estar tan cerca que se podrían palpar estirando la mano.

Todo es anuncio de una fuerte y violenta tempestad.

Clorinda empieza a llorar en alta voz y a lamentarse :Lai ñi peñen. Traná kenuéneu. Awunguellán, monguelaián! (ha muerto mi hijo, me ha dejado sola, ¡ay de mí, no viviré más.

Jacinto apura su caballo y acercándose a la madre desdichada trata en vano de consolarla.

El primer día llegan en marcha forzada hasta Curaco y allí alojan en la ruca del viejo longko (1) Eliseo Marillanca.

La noticia de la muerte de Manuelito y más aún el desconsuelo y la desesperación de Clorinda mueven a todos a compasión. Han llegado varios vecinos, hombres y mujeres a expresar a Jacinto y a Clorinda el pésame. El anciano Marillanca recuerda en la conversación de la noche a sus propios hijos muertos, uno de ellos asesinado por los "huinkas".

Al día siguiente, después de una pesada marcha a paso lento llegaron al oscurecer a casa de Manuel Llanquiqueo. Debieron pernoctar allí porque el río estaba muy crecido para cruzarlo de noche y porque en esos momentos se desencadena una tempestad que venían amenazando desde la mañana.

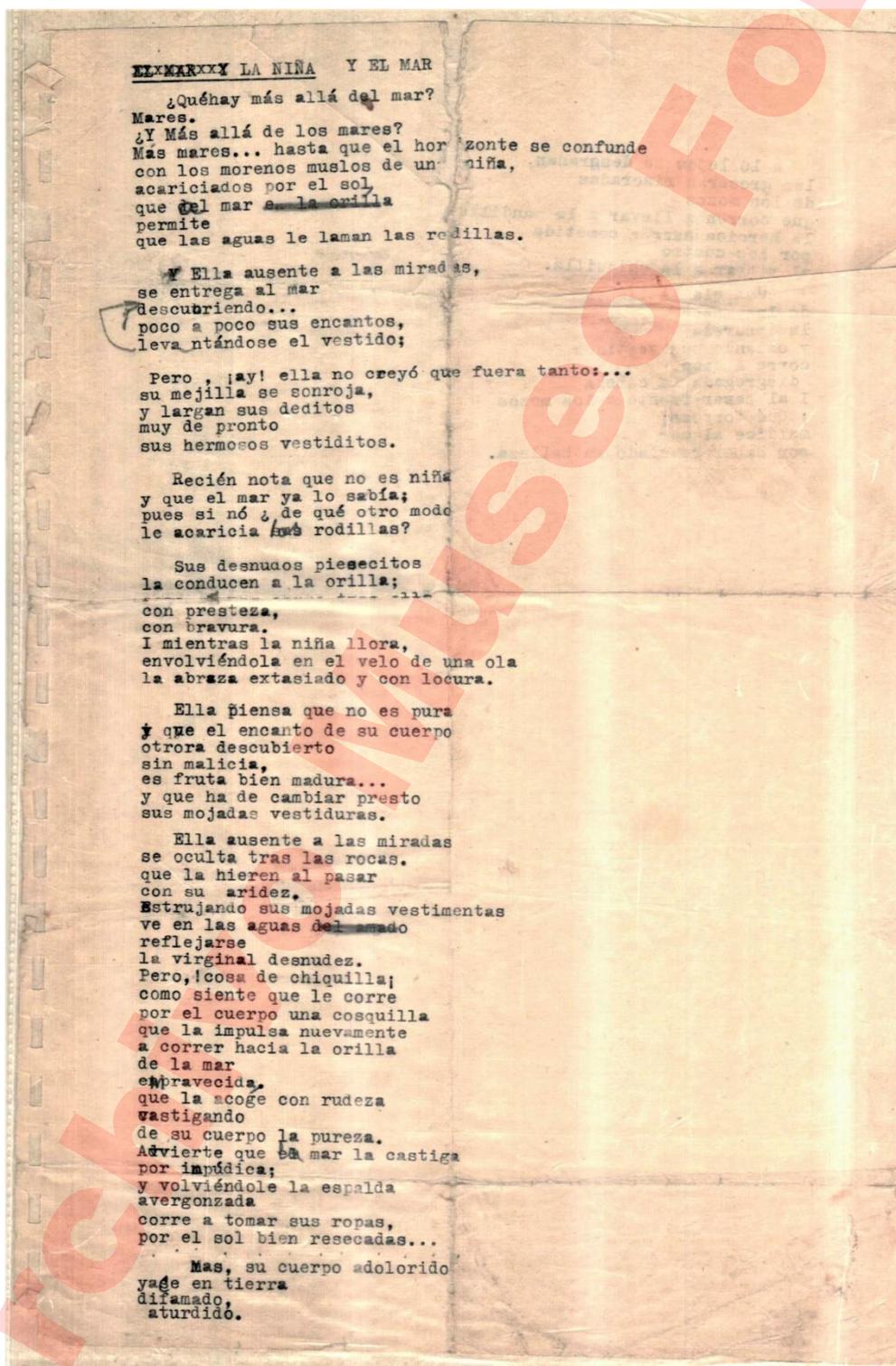
Sentados en la ruca del viejo Manuel secan sus ropas al calor de la fogata mientras cuentan los detalles del viaje y la muerte de Manuelito. Todos les expresan su dolor comentando en términos más elevados que los usuales los lugares comunes de la mortalidad del hombre, de la desgracia que viene de repente y el poder hostil del "weku". Las mujeres levantan sus lastimosas quejas contra el "wukufu", contra ese "wedafina" que le ha quitado la vida a Manuelito.

Clorinda se lamenta nuevamente en monótono quejido y repite una y otra vez su "manguelain" - no viviré más, no puedo, no quiero vivir más.

Al día siguiente pasan al otro lado a su casa de Nometukufu. Están allí el viejo Carinao de Llancañil con su sobrina Rosa que había venido para acompañar a Isabel durante los últimos días.

Un abundante caldillo de charqui de caballo regala a las

15.a.7 — TRES POEMAS Y UNA COPLA PARA REIR



A lo lejos se desgranán,
las groseras risoradas
de los mozos
que corren a llevar a la pandilla
la heroica hazaña cometida
por los cuatro
al violar a la chiquilla.

Una ola la limpia
de los mozos
la impureza
y calando sus vestidos
corre a casa,
disgregada la cabeza
I al pasar frente a los mozos
¡ Qué torpeza;
maldice al mar
por haber revelado su belleza.

LA NIÑA ESPOSA

Corría la niña hermosa
entre pirca y platanales,
junto a parientes y hermanos
en los días otoñales.

Las noches de luna clara
esperó que ésta se entrara,
antes de meterse a cama
rendida y acalorada.

Puntual en sus deberes,
en la escuela era muy lista
revelando en sus quehaceres
una consumada artista.

Su mirada franca y pura
abrió los corazones,
con sus pícaras diabluras
conquistó a unos señores.

Con ellos saltó a la lancha,
con ellos subió al velero,
con ellos cruzó mar ancha,
con ellos el país entero.

Regresó poco después
a sus isleños lares,
relatando mes a mes
aquellos vistos lugares.

Describió la cordillera
describió al gran Santiago,
describió cuanto no viera
describió muchos halagos

Su vida seguía pura
su cuerpo ya bien formado,
no era una travesura
pues pretendía un amado.

Sus padres al verla inquieta,
sufrían de tanto amarla,
y consultando un profeta
resolvieron pronto casarla.

Corría la niña hermosa
en los patios de la Escuela,
sin sospechar una cosa
esa traviesa chicuela.

Por la tarde llega a casa
rendida y acalorada,
la madre ama esa que amasa
le dirige una mirada.

Dijole el padre sin arte:
mañana tendrás catorce años,
hemos resuelto casarte
según costumbre de antaño.

La niña se resistió
alagando poco amor,
del novio que nunca vió
aunque fuera un gran señor.

En vano fueron los ruegos,
en vano su reveldía,
en vano no quiso suegro,
en vano cuanto decía.

Presto las costureras
la vistieron elegante,
pues ya fuera la chicuela
que conocimos antes.

En el domingo siguiente
llegó hasta los altares,
seguida de mucha gente,
inscrita para los amares.

Corre la niña esposa
entre pirca y platanales,
mimada como una diosa,
en los días otoñales.

Y las noches de luna clara,
no espera que ésta se entre.,
antes de irse a la cama
con su marido impaciente.

3.1.b

Corre la niña esposax
entre pirca y platanales,
mimada como una diosa,
en los días otoñales.

Y las noches de luna clara,
no espera que ésta se entre,
antes de irse a la cama
con su marido impaciente.

Final de
"La niña esposa"

SOLEDAD

Amo la soledad porque está poblada de imágenes
tomo al bullicio que no me deja pensar;
corro tras la brisa en mis horas de ocio
pero la coquetona se interna en el mar.

A veces es mar celeste
como el de oceania,
ptras, mar humano
por donde se metía.
Y yo siempre tras ella
como un enamorado
buscando la soledad
que no se me ha otorgado.

Pero yo me desquito sin rezongar siquiera
Y allí donde yo esoy
la soledad me asiste.
¡Bendita la muchedumbre
que mi soledad tolera!

Porque yo soy de aquellos
que nunca se impacientan
porque los demás no realzan
su pequeña existencia.

Mas gozo inadvertido
en medio de la gente;
¡Si amo la soledad!
¿Por qué no se me consiente?

Coplas para reu

- 5/
- /: Me ha pedido María Inés
que le haga unas coplitas;/
 - /: creyéndome de buen humor,
Pero faltan las coplitas :/
 - /: No faltan las humoradas
en el diario convivir;/
 - /: Unos recacos de gorde
y otros parecen vivi;/
 - /: Me han dicho ^{hay} al oído
que un grande señorón;/
 - /: Me pueda dar un paso
sin propia lococión;/
 - /: Las copuchas van y vienen
en este pequeño Eden;/
 - /: Yo también gozo con ellas
y copucheo ideas :/
 - /: Dicen que al Dr. Morales
el hospital lo hace feliz;/
 - /: Porque a falta de res días
siembra papas y maíz :/
 - /: Dicen que en el Hospital
Construyeron una pieza;/
 - /: para que el Dr. Morales
guarde toda su cosecha;/
 - /: Dicen que a Isla de Pascua
han llegado unos bomberos;/
 - /: Preguntando donde hay vino,
para apagar el incendio;/
 - /: Los bomberos de esta Pascua
Ya tienen un reglamento;/
 - /: y tendrán muchas parras,
para chupar el sarmiento;/
 - /: Yo mucho puedo decir,
puedo ser impertinente;/
 - /: que en esta Isla hay que sufrir,
sufriendo hasta el continente;/
- Enrique Baeza Martínez*